

**Manuel
Ugarte**

La Patria
Grande

Colección de la Unidad Sudamericana



Ministerio de Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional y Culto
Argentina

Dirección de Asuntos Culturales

AUTORIDADES

PRESIDENTE DE LA NACIÓN ARGENTINA
ALBERTO FERNÁNDEZ

MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES, COMERCIO INTERNACIONAL Y CULTO
CANCILLER SANTIAGO CAFIERO

SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES
EMBAJADOR PABLO ANSELMO TETTAMANTI

DIRECTORA DE ASUNTOS CULTURALES
PAULA VÁZQUEZ

**Manuel
Ugarte**

La Patria
Grande

Colección de la Unidad Sudamericana



Ministerio de Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional y Culto
Argentina

Dirección de Asuntos Culturales

Ugarte, Manuel

La patria grande / Manuel Ugarte. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 2023.

152 p. ; 23 x 16 cm. - (De la unidad sudamericana)

ISBN 978-987-1767-44-1

1. Historia de América del Sur. 2. Literatura Argentina. I. Título.
CDD 306.098

© 2023, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

Primera edición: septiembre de 2023

Coordinación general: Paula Vázquez, Directora de Asuntos Culturales

Curaduría general de la colección: Víctor Jorge Ramos

Realización gráfica: Editorial Universitaria de Buenos Aires

Diseño de tapa: Alessandrini & Salzman

Impreso en Argentina

Hecho el depósito que establece la ley 11.723



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

EL GRAN VIAJE SUDAMERICANO

Santiago Cafiero

A Manuel Baldomero Ugarte podemos llamarlo el primer socialista criollo y uno de los más adelantados revisionistas históricos de América Latina. Activista incansable de la unidad continental, fue uno de los pensadores latinoamericanos más importantes de su época.

Hijo de terratenientes bonaerenses, las letras lo sedujeron desde muy joven y todo indicaba que París y sus cenáculos literarios estaban hechos a su medida. En la capital francesa se instaló con el despertar del siglo XX para cultivar la amistad de personajes como Rubén Darío, Miguel de Unamuno, Amado Nervo, Manuel Gálvez, Alfonsina Storni, Delmira Agustini y Blanco Fombona, entre otros.

En la primera década del nuevo siglo, Ugarte escribe una docena de obras que le abren un espacio en el movimiento modernista, pero la influencia de algunas relaciones y de lecturas claves lo van empujando a una suerte de “idealismo latinoamericano” que al poco tiempo lo lleva a la acción política.

Va descubriendo que forma parte de un continente balcanizado y que en ese proceso de fragmentación mucho tuvieron que ver los intereses económicos, especialmente los de los Estados Unidos de Norteamérica. En libros de historia percibe cómo la intervención de Washington había impedido a Simón Bolívar extender la ola independentista hasta Cuba y cómo sus agentes habían militado el separatismo de algunas colonias. No puede menos que sorprenderse cuando lee que ya en 1838, el senador Preston decía sin tapujos que “la bandera estrellada flotará sobre toda la América Latina, hasta la Tierra del Fuego, único límite que reconoce la ambición de nuestra raza”.

Los conflictos sociales y políticos que sacudían el mundo en los albores del siglo XX se vivenciaban también en Buenos Aires y

muchos jóvenes comenzaban a ver en el socialismo la mejor respuesta a las injusticias que generaba un capitalismo arrollador. Algunos de ellos (Lugones, Ingenieros, Palacios y el propio Ugarte) se incorporan al Partido Socialista, suponiendo que allí se encontraba la mejor representación de los intereses nacionales del pueblo y la clase obrera. Más temprano que tarde, esa idea entrará en crisis.

En 1907, Ugarte viaja como delegado argentino al congreso de la Segunda Internacional Socialista que se hace en Stuttgart, Alemania, y allí se codea con referentes como Lenin, Rosa Luxemburgo, Kautsky, Plejanov y Jean Jaurès. Este último, puntualmente, lo conmueve: “Amplio, generoso, lírico, la expresión más eficaz y completa del socialismo creador y realizador, quiso llevar al gobierno la fermentación revolucionaria y el deseo de transformación social”, lo describiría años después.

A su regreso de ese congreso publica en el diario *La Vanguardia* (órgano oficial del Partido Socialista argentino) un artículo que chocaba con las posiciones europeizantes e “internacionalistas” de la conducción partidaria: “Las resoluciones del congreso de Stuttgart, forzosamente vagas puesto que tienen que aplicarse igualmente a países muy diversos, no han podido aplacar las polémicas que suscita la pretendida incompatibilidad del socialismo y la patria. ¿Debemos ser antipatriotas? Yo, por mi parte, creo que no”. Y se refería a “un patriotismo que nos hace defender, contra las intervenciones extranjeras, la autonomía del Estado, la libre disposición de nosotros mismos, el derecho de vivir y gobernarnos como mejor nos parezca”, para concluir que “el socialismo y la patria no son enemigos”.

Casi un sacrilegio para los dirigentes de un partido que renegaba del concepto de patria y desconocía el papel del imperialismo. Es más, que en ocasiones llegaba a considerarlo progresista en tanto vehículo de “civilización” contra la “barbarie” nacional...

En 1910 Ugarte publica *El porvenir de América Latina*, un libro que rápidamente alcanza gran repercusión en Europa y América. Allí denuncia el rol expoliador de los Estados Unidos y aboga por la reconstrucción de una “patria superior” al sur del río Bravo como la que alguna vez habían soñado Bolívar y San Martín. Y al mismo tiempo organiza una gira latinoamericana con la intención de entrar en contacto con “cada una de las repúblicas cuya causa había defendido en bloque” para poder “rectificar o ratificar sobre el terreno mi concepción de lo que era la Patria Grande”.

Esa campaña comenzó en 1911 y duró dos años, en los que congregó multitudes de trabajadores y estudiantes. Sus encendidos

discursos en torno a la unidad continental y el peligro imperialista enfervorizaban a los auditorios y sus seguidores se sumaban de a miles. Los medios van registrando la huella de su creciente popularidad: “Su patriotismo es indiscutible; su ideal, sagrado; su obra, inmensa” (decían en Chile); “la huella que ha dejado en el alma nacional debe servir de orientación para siempre” (en Paraguay); “no recordamos un caso semejante en la historia” (en México).

Admirado en Ecuador, Panamá, Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia, Paraguay, Chile, México, Cuba, Santo Domingo, Uruguay, Brasil e incluso en Estados Unidos, Ugarte era ignorado en la Argentina. Por las autoridades, por la mayoría de los medios de comunicación y también por los líderes de su propio partido: sólo es acompañado por un puñado de socialistas, como Palacios, Manuel Gálvez, Alberto Ghiraldo y Ricardo Rojas.

Un editorial en *La Vanguardia* por el décimo aniversario de la secesión de Panamá —una operación orquestada por Washington para arrebatarle a Colombia su provincia norteña y abrir el camino para la construcción del estratégico Canal— fue la causa de la ruptura. El órgano oficial del PS saludaba la creación del nuevo país y su progreso, que lo hacía “entrar de lleno en el concierto de las naciones prósperas y civilizadas”. Ugarte contesta duramente esa postura que ofendía al pueblo y la historia colombiana, “víctima del imperialismo yanqui” por la pérdida de una de sus más importantes provincias.

El divorcio se formalizó al estallar la Primera Guerra Mundial. Ugarte mantuvo una posición equidistante respecto de la contienda, y sólo su amigo José Ingenieros y el puñado de camaradas que compartían sus ideas antiimperialistas, lo respaldan desde el socialismo. El final estaba escrito y el luchador de la causa latinoamericanista fue expulsado de las filas partidarias.

Luego de completar su gira continental por Uruguay y Brasil, Ugarte siente que el ascendiente que había logrado en América Latina no tenía eco en su propio país, donde era desechado y silenciado. En 1919 vuelve a Europa, se instala en Madrid, luego en Niza, e inicia un destierro muy prolífico en cuanto a producción intelectual —publica *Mi campaña hispanoamericana* (1922), *El destino de un continente* (1923) y *La Patria Grande* (1924)—, mientras sigue muy de cerca hechos trascendentales en este lado del Atlántico, como el nacimiento del APRA en Perú, la lucha de Augusto Sandino en Nicaragua y los estertores de la Revolución Mexicana.

Los convulsionados años de la preguerra europea, sus apuros económicos y su creciente añoranza, lo llevan a regresar a Buenos Aires en 1935, en plena Década Infame. El clima político es asfixiante y entre 1937 y 1941 se suicidan varios de los más grandes artistas del Río de la Plata: Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni, Lisandro de la Torre, Enrique Méndez Calzada, Víctor Juan Guillot, Enrique Loncán, Florencio Parravicini, Edmundo Montagne y Eduardo Bosco. Es, literalmente, el aniquilamiento moral de una generación de escritores.

Triste, decepcionado y marginado por la *intelligentzia* porteña, Ugarte vuelve a exiliarse. Corre el año 1939 y esta vez se refugia en Viña del Mar, donde escribe editoriales para diarios chilenos y sigue con preocupación los eventos de la Segunda Guerra Mundial. Con más optimismo vive los acontecimientos que se suceden en la Argentina con el fin de la Década Infame y el surgimiento del peronismo.

Ya contaba con más de 70 años cuando el presidente Juan Domingo Perón lo convoca para que sea su embajador en México, Nicaragua y Cuba. Ciertas “dificultades administrativas” con esos burócratas que siempre merodean en los costados de las revoluciones lo alejan de la diplomacia, pero nunca rompe con el gobierno peronista. En silencio muere en Niza en diciembre de 1951.

Y el silencio y la marginación de la *intelligentzia* porteña parecen ser la venganza a sus audaces posturas e ideas de vanguardia. Al contrario, Haya de la Torre, el fundador del APRA peruano, lo había reconocido como “el precursor de nuestra lucha... Su labor no se ha perdido, sino que reflorece. Vuelve engrandecida”. Como Sandino: “Sus escritos nos han servido de estímulo en nuestra gran jornada libertaria, preliminar de la gran batalla espiritual, moral y material que Indoamérica tiene que empeñar por su independencia”.

Recién al año siguiente de su muerte la editorial Indoamérica publica por primera vez sus obras en la Argentina. Y en 1954 se forma una comisión de homenaje que repatrió sus restos y organizó un justo homenaje en el que hicieron uso de la palabra John William Cooke, Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos.

La publicación de este libro que hoy presentamos –una breve selección de su inmensa obra– y que no podía estar ausente de nuestra Colección de la Unidad Sudamericana, no es sólo un tributo a la figura de Manuel Ugarte sino, principalmente, una contribución al pensamiento político iberoamericano que aún sigue bregando para encontrar el camino hacia su inevitable integración.

PRIMERA PARTE

LA DOCTRINA MONROE

El resurgimiento de esperanzas y reivindicaciones es, en la remoción de valores nacionales que caracteriza el momento actual, una consecuencia inmediata de la conflagración que se liquida. Las guerras se han parecido en todo tiempo a la erupción de un volcán; arrojada la lava y aquietado el cráter, quedan los fenómenos derivados, que llegan a veces a modificar en torno la composición geológica, la formación geográfica y hasta la atmósfera misma.

La sacudida mundial que ha determinado el derrumbamiento de algunas naciones y el ocaso de determinadas ideas, debe favorecer la situación de otros países y el nacimiento de tendencias hasta ahora desconocidas, dentro de una nueva cosmología de la política internacional; y hemos de prepararnos a asistir, no sólo en la zona directamente afectada por la guerra, sino en el mundo entero, a la aparición de corrientes o direcciones que no se habían manifestado aún.

Así vemos que se inicia en América en estos momentos una franca reacción contra un estado de cosas establecido desde el año 1820. La doctrina de Monroe, que excluye a Europa de los asuntos de América y deja a los Estados Unidos la fiscalización de la vida y el porvenir de veinte repúblicas de habla hispana, empieza a encontrar impugnadores, no ya entre los internacionalistas independientes, sino entre los mismos jefes de Estado.

El presidente de México, general Carranza, declaró solemnemente, en un documento público, que desconocía la doctrina y rechazaba sus beneficios —si es que encierra beneficios—, porque veía en ella una forma indirecta de protectorado, y deseaba para el país que gobierna la plena y fundamental autonomía.

Tan enérgica manifestación reviste el carácter de una contradoctrina, puesto que opone a la concepción exclusivista y dominadora del célebre presidente norteamericano una manera de ver más amplia, que abre de nuevo a todos los pueblos la posibilidad de extender su política universalmente.

Todo ello deriva de la lógica de las actitudes dentro de los nuevos fenómenos determinados por la guerra. No cabe duda de que si los Estados Unidos hacen oír su voz en los asuntos de Asia y Europa, Europa y Asia pueden hacer oír la suya en las cosas de América, porque en política internacional, como en ajedrez, no hay, en realidad, más principios que los que establece la convención del movimiento de las fichas, que deben tener acción equivalente dentro de la reciprocidad.

Aprovechando la circunstancia y adelantándose una resolución que pudiera inclinar a la Liga de las Naciones a dar fuerza de ley a fórmulas parciales y desviadas de su primitiva significación, México inicia una reivindicación de derechos hispanoamericanos y llama la atención de las grandes naciones sobre el abandono o la condescendencia que les ha inducido a hacer sentir su acción en el Nuevo Mundo con la ayuda de los Estados Unidos, delegando a menudo en éstos la defensa de sus intereses primordiales.

Hace pocos años, el gobierno mexicano, en una nota dirigida a Inglaterra, dijo que no se avenía a discutir reclamaciones por intermedio de una tercera potencia, y que teniendo Inglaterra representante ante el gobierno mexicano, debía tratar directamente la cuestión que le interesaba.

La entereza con que ese país ha venido encarando los asuntos internacionales en estos últimos tiempos, culmina ahora en una forma concreta, que será apoyada, en cuanto lo permite la situación en que se encuentran, por casi todos los gobiernos de la América española, y que alcanzará la aprobación unánime de los pueblos de nuestro origen. Al tomar esta iniciativa, desafiando las dificultades de orden externo e interno que se pueden prever como represalia, tratándose de un país limítrofe con la potencia cuya primacía se discute, la nación azteca ha realizado un acto histórico. La doctrina Monroe es de tal importancia para los Estados Unidos, que aun en medio de las preocupaciones generales impuestas por la solución de la guerra, el Senado de Washington pareció no tener más objetivo que discutir la situación en que ese postulado quedaría en el futuro.

Para los hispanoamericanos, la doctrina de Monroe es más importante aún. Pudo parecer en los comienzos fórmula adecuada para preservar a todo un continente de una posible vuelta ofensiva del colonialismo; pero se ha transformado en hilo conductor de un daño tan grave como el que se quería evitar. Juzgándola hoy por la gradación de sus aplicaciones y la virtud de sus resultados, no es posible dejar de ver en ella el instrumento de una dominación económica y política que sería fatal para la autonomía y el porvenir de las repúblicas de habla española.

Si formulara el Japón en Oriente una doctrina parecida, si Inglaterra intentara imponer en Europa una fórmula análoga, nos parecería a todos una incongruencia. ¿Cómo no ha de serlo la pretensión que lleva a los Estados Unidos a erigirse en gerentes de la vida del Nuevo Mundo, a pesar de la diferencia de raza, idioma, religión y costumbres que los separa de los países de Sudamérica?

La protesta de México es una tentativa para rehacer el prestigio de nacionalidades disminuidas por injerencias incómodas; y como ella se aplica a la situación de veinte repúblicas, como ella puede servir de bandera a la mitad de un continente contra la otra mitad, se puede decir, sea cual fuere el resultado de la comunicación que comentamos, que frente a la doctrina de Monroe ha surgido la doctrina de México. El hecho es de tal magnitud, que basta llamar la atención sobre él para que todos comprendan la importancia que tiene dentro de la vida americana y dentro de la política internacional.

POLÍTICA COLONIAL

Cuando las grandes naciones tienden sus brazos de conquista sobre los pueblos indefensos, siempre declaran que sólo aspiran a favorecer el desarrollo de las comarcas codiciadas.

Pero, en realidad, bien sabemos todos en qué consiste la civilización que se lleva a las colonias. Los progresos que se implantan sólo son útiles a menudo para la raza dominadora. Se enseña a leer a los indígenas, porque ello puede facilitar algunas de las tareas que el ocupante les impone. Pero la instrucción se limita siempre a lo superficialmente necesario. El maestro olvida cuanto puede contribuir a despertar un instinto de independencia. Los misioneros, laicos o religiosos, infunden resignación. Los mercaderes, que en la mayor parte de los casos son los iniciadores de la empresa, engañan y explotan con productos de venta difícil en la metrópoli. La autoridad impone una legislación marcial.

Y todo el esfuerzo del pueblo civilizador tiende a mantener en la sujeción a la raza vencida, para poder arrancarle más fácilmente la riqueza que devoran los funcionarios encargados de adormecerla.

Si queremos saber en qué se traduce la civilización que ofrecen los conquistadores a los pueblos débiles, interroguemos, en Norteamérica, a las tribus dispersas que sobreviven a la catástrofe; consultemos, en Asia, a los habitantes de la India, diezmados por el hambre; oigamos a cuantos conocen la historia colonial del Mundo.

Los que argumentan que en ciertos casos puede ser útil guiar y proteger a los pueblos jóvenes dan forma al sofisma más peligroso. Nada sería más funesto que admitir, aunque sea transitoriamente, la superstición semicientífica de las razas inferiores. Se podría sacar de esa debilidad un argumento peligroso hasta para la misma

libertad interna de los grandes pueblos. Si admitís que hay grupos nacionales que a causa de su civilización pueden aspirar a conducir ocasionalmente a los otros —dirían algunos— tendréis que reconocer que hay clases sociales dignas de guiar a las menos preparadas; y si en el orden internacional toleráis que un pueblo audaz se substituya a la voluntad de un pueblo inexperto, en el orden nacional tendréis que aceptar también la tutela de una clase dominante sobre la muchedumbre desorganizada.

Desde el comienzo de los siglos ha habido razas y clases sin derechos de ningún género, y éstas han sido explotadas por otras razas o clases más instruidas, más belicosas o más hábiles. No es posible combatir la injusticia de adentro sin condenar la de afuera, o aplaudir la injusticia de afuera sin sancionar la de adentro.

LA MEDIACIÓN DE MÉXICO

Como las distancias enormes, la falta de comercio espiritual y las leyendas que circulan no nos capacitan en general para tener una idea exacta de la situación de algunas repúblicas del continente, hermanas por la filiación, pero extrañas en la realidad de la vida, acaso resulten oportunas —en el desarrollo monótono del endémico conflicto mexicano— cuatro palabras de uno de los pocos argentinos que han visitado aquel país y han conservado lazos de comunicación con él.

La larga gira por América, que realicé en medio de las manifestaciones a que daba lugar, no el humilde viajero, sino la ansiada reaparición concreta de un hondo anhelo continental, me permitió conocer íntimamente el carácter de esos pueblos, en cuyos tumultos ciudadanos me hallé mezclado, y me dio oportunidad para examinar de cerca, en su filosofía y en su proceso evolutivo, los acontecimientos que desde la guerra de Cuba se vienen desarrollando entre el golfo de México y el Canal de Panamá.

Aunque en algunos puntos pueda no coincidir mi manera de ver con las direcciones que algunos diarios argentinos han sostenido, confío en que estos comentarios, despojados de toda pasión, que sólo emanan del deseo de fraternidad que nos anima a todos, serán aceptados como una sincera contribución al mejor conocimiento del asunto que hoy se plantea con caracteres imperiosos ante la opinión pública de Norte y Sudamérica.

Nada más infundado que la versión que presenta a México como un país caótico, rezagado en los primeros escalones de la civilización. Una república habitada por 18 millones de hombres, que tiene quince ciudades de más de 50.000 habitantes, que cuenta con cuatro

universidades, que posee poderosas fábricas de tejidos, cerveza, muebles, armas y tabaco, y cuyo comercio de exportación e importación ha llegado a subir en 1911 más de 1.500 millones de francos, no resulta en ningún momento una entidad incompleta o paradójal.

Podrán multiplicarse en México los errores, podrá haberse sacado un partido insuficiente de las fabulosas riquezas naturales que hicieron que en un tiempo fueran las rejas de los balcones de plata maciza; pero se trata de una nacionalidad perfectamente solidificada, coherente y extraordinariamente próspera, cuya expresión superior culmina en una hermosa capital moderna con amplias avenidas, clubs elegantes, automóviles con taxímetro, grandes teatros y cuanto puede indicar progreso, cultura y bienestar.

El general Díaz, que, desde el punto de vista de las ideas democráticas, realizó el tipo clásico del tirano, pero que desde el punto de vista nacional fue innegable factor de adelanto y vida europea, prolongó en México su pacífica dictadura durante treinta años, hasta 1911, y trató de evitar los peligros y dificultades a que tenía que estar expuesto un Estado en formación, obligado a aceptar del vecino poderoso los mejores elementos de vida.

Su política internacional consistió en plegarse a la “fatalidad geográfica”, abriendo las puertas a los capitales y a las empresas de los Estados Unidos y accediendo a las pretensiones, a veces aventuradas, de ese país. Lejos de pensar como otro mexicano ilustre que la única defensa del pigmeo contra el gigante es la incomunicación, multiplicó los ferrocarriles y las líneas de vapores, intensificando el contacto. Fue así como los Estados Unidos llegaron a tener en sus manos las tres cuartas partes del comercio de México.

A esta estrecha vinculación económica se añadió después una *entente* diplomática, que llevó en varias ocasiones a la república mexicana a acompañar al país vecino en sus intervenciones en Centroamérica y a cubrir con su presencia procedimientos discutibles, que si procuraron a la potencia anglosajona nuevos y poderosos avances de su influencia, no dejaron a México más beneficio que el aislamiento o la animosidad de los pueblos lesionados.

La tendencia amistosa se fue acentuado hasta el punto de que en la Casa Central de Correos había, para dividir la correspondencia, cuatro grandes buzones con estas leyendas: “Ciudad. Provincias, Estados Unidos y Exterior”, estableciendo así un tratamiento especial y dando a la República del Norte un lugar aparte, no incluido entre las naciones extranjeras.

Como corolario de todo esto vino la entrevista del general Díaz con el presidente Taft, entrevista que tuvo lugar con gran pompa en la frontera, y sobre la cual sólo se han podido hacer hasta ahora caprichosas conjeturas. A raíz de ella, en medio de la sorpresa general y por razones ignoradas aún, las cosas cambiaron completamente. El dictador mexicano volvió a la capital con el proyecto de nacionalizar algunos ferrocarriles, arrebatando así esa fuente de riqueza al poder creciente de las compañías norteamericanas; se negó a renovar con la Casa Blanca el contrato de arrendamiento de la Bahía de la Magdalena, en la Baja California, utilizada hasta entonces como depósito naval; intentó, dicen, un tratado secreto con el Japón y prestó visible protección y ayuda al general Zelaya, presidente del Estado centroamericano de Nicaragua, que, por razones a las cuales haré referencia más adelante, se hallaba indispuesto con el gobierno norteamericano.

No falta quien afirma que, ante exigencias crecientes, Porfirio Díaz creyó llegado el momento de resistir y trató de concertar una acción conjunta con los gobiernos de Nicaragua y Venezuela, presididos entonces, respectivamente, por los generales Zelaya y Castro.

La revolución encabezada por Francisco Madero, que estalló poco después, estaba justificada ideológicamente por el régimen opresor que fue la distintiva del general Díaz, pero no se hallaba abonada por un nombre popular, dado que aquel caudillo surgía apenas.

Tuve ocasión de conocer a Madero cuando llegué por la segunda vez a México, y aún me parece estar viendo en el amplio salón del Palacio Nacional la silueta sui generis de aquel hombrecillo nervioso y desorbitado, que aun en la misma presidencia tenía aspecto de conspirador.

Para dar una idea de la situación recordaré que cuando, cerrada la universidad por la fuerza pública, se dirigieron los estudiantes a la Casa de Gobierno para inquirir las razones por las cuales se prohibían mis conferencias, Madero declaró desde el balcón que había subido al poder apoyado por los Estados Unidos. Por otra parte, lo que al día siguiente provocó los grandes tumultos frente a la redacción del diario oficial *Nueva Era* fue un editorial, en el cual se afirmaba que la hegemonía continental era un hecho y que México debía resignarse a su destino.

No me corresponde insistir sobre las incidencias en las cuales fui actor durante aquellos días de fiebre. Basta recordar que en estas condiciones especiales de desorientación se produjo, después de mi salida de aquella república, la contrarrevolución, encabezada por

Huerta, viejo militar del antiguo régimen; el sacrificio de Madero; el levantamiento de Zapata, caudillo de la anárquica repartición de tierras; la inconcebible aventura de Villa y el pronunciamiento del general Carranza, que debía levantar de nuevo las fibras morales del país.

Sin querer interpretar los hechos, porque no es este el lugar para hacerlo, conviene dejar sentado que de la intervención extranjera en tales episodios queda constancia en documentos oficiales.

El agente confidencial de los Estados Unidos, señor Lind, escribe al gobierno de Huerta el 25 de agosto de 1913: “El presidente me autoriza a decir que si el gobierno obra inmediatamente y de acuerdo con las indicaciones mencionadas, el presidente asegurará a los banqueros americanos y a sus socios que el gobierno de los Estados Unidos vería con agrado la contratación de un préstamo inmediato en cantidad suficiente para cubrir las necesidades del momento de México”.

A esta nota contestó el ministro de Relaciones Exteriores, Federico Gamboa, en los siguientes términos: “Cuando la dignidad nacional va de por medio, entiendo que no hay empréstitos suficientes para que con pleno conocimiento de ello los encargados por la ley de mantenerla incólume, la menoscaben. Si en principio siquiera fuéramos a admitir los consejos y advertencias de los Estados Unidos, no sólo vulneraríamos nuestra soberanía, sino que comprometeríamos para un porvenir indefinido nuestros destinos de entidad soberana, y todas las futuras elecciones de presidente quedarían sometidas al veto de cualquier presidente de los Estados Unidos. Y enormidad tamaña, señor agente confidencial, yo le aseguro a usted que, a menos de registrarse un cataclismo monstruoso y casi imposible en la conciencia mexicana, ningún gobierno se atreverá nunca a perpetrarla”.

En este orden de ideas y como antecedente cabe recordar que el ex presidente de Nicaragua, general Juan J. Estrada, que no es un adversario del imperialismo, puesto que se declaró partidario del protectorado, confesaba lo siguiente al *New York Times*, de Nueva York, el 10 de septiembre de 1912: “En la conspiración contra mi gobierno estuvieron interesadas varias compañías norteamericanas. La de Blufields contribuyó con un millón de dólares, la casa Joseph W. Bers, con 200.000, y la de Samuel Well, con 150.000”.

Las revoluciones de Nicaragua, que pueden quedar como tipo en esta modalidad de la influencia comercial y política, empiezan

con la caída de Zelaya, que hizo ejecutar a los conspiradores extranjeros Cannon y Gorce, y llegan, a través de múltiples y sangrientos episodios, a la presidencia impopular de Adolfo Díaz, que enajena las aduanas y acepta para preservarse de sus mismos compatriotas una guardia de marineros norteamericanos en la Casa de Gobierno.

La situación actual de México es ciertamente dolorosa y no puede ser más plausible el pensamiento que pudiera llevar a los neutrales a ofrecer sus buenos oficios con el fin de llegar a un acuerdo. Pero al realizar este propósito no es posible dejar de tener en cuenta las circunstancias que han arraigado la desconfianza en aquel país, ni olvidar la situación diplomática del mismo con respecto a los demás pueblos. Cortadas como están sus relaciones con los Estados Unidos, parece difícil encontrar una fórmula que permita aceptar dignamente la mediación sin previo restablecimiento del estado anterior.

La injerencia de Guatemala, por otra parte, está llamada a fomentar la suspicacia nacional, por cuanto las relaciones entre ambos pueblos han sido a menudo difíciles, y no son precisamente los Estados hostiles los llamados a llenar con prestigio la delicada misión de conciliar voluntades en un conflicto interior.

Otra dificultad desgraciada nace de la circunstancia de que las naciones mediadoras, con excepción del Brasil, carezcan de representación diplomática en México. Esto puede poner a las respectivas cancillerías en la imposibilidad de tener un conocimiento exacto y directo de los antecedentes del conflicto, obligando a todos a juzgar según la atmósfera que reina en el pueblo interesado en la intervención. La influencia de la fuente informativa la comprobamos en la guerra; y los países como el nuestro que no tienen intercambio con México, que nada pueden ganar en el conflicto, que sólo obedecen a un sentimiento humanitario y altruista, evitarán sin duda alguna que se les crea complicados en posibles maquinaciones para no hallarse mañana ante México en la situación en que el mismo México quedó ante la América Central después de su apoyo a las intervenciones imperialistas.

No caben comentarios divergentes, sino contribuciones para puntualizar lo que sería la amistosa actitud de la Argentina en un remolino que afecta no sólo a la vitalidad de una república hermana, sino, en tesis general, a la orientación y los destinos del continente.

Debiendo tener en cuenta los antecedentes, las circunstancias y los fines que conviene perseguir; tratándose como se trata de mi país que, como lo prueba la aventura de Maximiliano, fue siempre

enemigo de injerencias extrañas; y habiendo compañías financieras, especialmente las petrolíferas, interesadas en encauzar los acontecimientos en determinado sentido, parecen insuficientes cuantas precauciones se tomen para evitar tropiezos, malas interpretaciones y olvidos irreparables.

El asunto de México está ligado al vasto problema continental que hemos de resolver en este siglo, y como no es posible desligarlo de precedentes, analogías y prolongaciones que le dan su verdadero valor, la tarea particularmente delicada de solucionar el actual conflicto tiene que girar seguramente alrededor de cuatro preocupaciones, que nacen de las direcciones enunciadas: rechazar en absoluto toda hipótesis, por lejana que sea, de intervención; obtener antes de entablar negociaciones la anuencia de los interesados; tener especialmente en cuenta a la opinión mexicana que se ha mantenido ajena a la ebullición; y recordar constantemente que tan importante como la integridad material o geográfica, suele ser la integridad económica y moral de los pueblos.

México es, como la Argentina, una de esas naciones privilegiadas que tienen todos los climas. Produce el tabaco y la caña de azúcar como Cuba, el algodón como los Estados Unidos, la viña como Francia e Italia, la madera de construcción como California; palmeras, cocoteros y naranjos como Egipto, Argelia o Andalucía; arroz como China; cacao, maíz, cebada y trigo como nuestras repúblicas del Sur. Si examinamos su suelo, encontramos mármoles, basaltos y ópalos en Orizaba; fabulosos depósitos de hulla en la cuenca inferior del Pánuco; célebres minas de oro, plata, cobre, hierro, plomo y mercurio en Guanajuato, y todo indica que ese país puede ser mañana extraordinariamente próspero si a ello no se oponen, como factores disolventes, las ambiciones interiores o las exteriores. Calmar aquéllas y desviar éstas podría ser el programa más noble, no ya de un grupo de repúblicas, sino de todo el Nuevo Mundo, unido en un solo anhelo de solidaridad continental.

PEQUEÑA POLÍTICA

El conflicto entre el Perú y Bolivia y el arbitraje de la Argentina, tan mal recibido por una de estas naciones, nos hizo comprender que si las repúblicas hispanoamericanas son accesibles a los principios nuevos y aceptan teóricamente los métodos tranquilos para dirimir sus dificultades, no se encuentran todavía suficientemente preparadas para aplicarlos.

Bolivia y el Perú tenían una de esas diferencias de límites que son tan frecuentes en nuestras comarcas, casi desiertas. El Perú, en una extensión de 1.800.000 kilómetros cuadrados, cuenta apenas cinco millones de habitantes. Bolivia, en un territorio acaso más vasto, apenas reúne dos millones. Pasará mucho tiempo antes de que lleguen esos países a poblarse, no diré en la proporción de Bélgica, sino a la manera de Noruega o de Finlandia. El Perú tiene dos habitantes por kilómetro cuadrado; Bolivia, uno. Sin embargo, esos pueblos, que están lejos de sufrir un exceso de población, se disputaban una zona de valor escaso.

El origen de la discordia y las razones esgrimidas por cada una de las partes sólo tienen una importancia relativa. Basta saber que los dos países resolvieron someter su pleito a un arbitraje. Pero por una contradicción extraña, fue precisamente ese homenaje a la paz el que estuvo a punto de dar lugar a un conflicto mucho más grave que el que se trataba de impedir.

Errores de forma y de concepto hicieron que una de las naciones se negase a acatar la decisión del árbitro, despertando así rivalidades mal escondidas y poniendo a descubierto las dos llagas de la política hispanoamericana: la de no respetar los compromisos adquiridos, reservándose el derecho de no suscribir más que las decisiones

favorables, y la de elegir juez entre las repúblicas vecinas que, interesadas de una u otra manera en el litigio, no tienen la autoridad ni la imparcialidad necesarias para imponerse.

Las declaraciones que el señor Melitón Arce, hermano del ministro de Bolivia en Chile, hizo a *El País*, de Buenos Aires, nos dejaron ver, con los entretelones del asunto, uno de los peligros que amenazan a nuestros Estados, deseosos de jugar a las grandes naciones. Un tejido sutil de suspicacias ha acabado por hacer del Nuevo Continente un mundo devastado por fuerzas que se combaten, no en la atmósfera sana del pueblo, sino en el ambiente artificial de las cancillerías. Hay países que aspiran a reconquistar provincias perdidas, como el Perú, cuyos más ricos territorios fueron ocupados por Chile después de la Guerra del Pacífico; hay naciones, como Chile, la Argentina y el Brasil, que rivalizan entre ellas, persiguiendo una hipotética hegemonía regional; y hay, en fin, entidades más débiles que, amenazadas por la ambición de los vecinos, se debaten y lo enredan todo para salvar su integridad territorial.

En el desacuerdo de que hablamos, intervinieron todos los factores de debilitamiento y disolución. La Argentina, interesada en contrarrestar la influencia de Chile, ha apoyado a menudo al Perú, y su sentencia arbitral, por correcta que fuera, pudo parecer una confirmación de su tradicional política. Por análogas razones alentó Chile, por su parte, a Bolivia, como lo prueban los telegramas del señor Arce, que fueron publicados. “Me creo autorizado a ofrecer — telegrafiaba el ministro de Bolivia a su gobierno — todo el armamento que pueda ser necesario, y además cien sargentos instructores y cien oficiales chilenos. Por otra parte, se desea saber cuáles son las sumas que pueden ser necesarias”.

Parece ser que el intercambio de comunicaciones belicosas fue sorprendido por el principal interesado. El Perú interceptó y tradujo los telegramas cifrados, se puso de acuerdo con el Brasil y mediante concesiones mal definidas aún obtuvo que esta nación insinuara a Chile que no vería con placer el apoyo prestado a Bolivia.

Así se desvaneció un remolino que pudo llevar a la guerra no sólo a las dos fuerzas interesadas primeramente en el asunto, sino también a otras más importantes que, al apoyarlas, creían defender su prosperidad futura. En realidad, sólo habrían conseguido todas debilitarse. Porque el error fundamental de esta política es el de disociar los intereses de los países hispanoamericanos para oponerlos los unos a los otros en un universo reducido voluntariamente a los

límites de nuestra América. Una especie de miopía batalladora empuja a los gobiernos a creerse amenazados por los vecinos inmediatos, olvidando así la debilidad nacional y continental ante otras naciones y la necesidad de coordinar la acción de los países originariamente idénticos para salvaguardar la integridad común.

Porque después de los acontecimientos de Cuba, Panamá y Nicaragua, la verdadera preocupación no debe ser la de averiguar cómo se han de distribuir los jirones de las repúblicas débiles, sino la de estudiar cómo puede ser detenida la influencia creciente del imperialismo.

Y no será multiplicando las discordias y las pequeñas guerras como la América Latina adquirirá la vitalidad y la cohesión indispensables para acelerar su desarrollo, tener en jaque las asechanzas y asegurar sus destinos.

FRENTE A UN IDEAL

Señor Director de *La Prensa*.
Buenos Aires.

Con profunda pena y al mismo tiempo con vivo reconocimiento, dirijo a usted esta carta en un momento de mi vida que acentúa desengaños, sinceridades y —¿por qué no decirlo?— convicciones y orgullos.

No he de emplear grandes frases, porque ellas no caben dentro de la emoción verdadera. La calumnia ha sido lanzada en mi ausencia, desde lejos, en circunstancias que hacen difícil toda acción legal o personal contra el que me ofende, no sólo por hallarse éste en Norteamérica, haber sido publicada la especie en la Argentina y encontrarme yo en España, sino por revestir el ataque la forma de algo dicho por tercera persona a la cual no se nombra, clásica sutileza que ha servido siempre para diluir al infinito las responsabilidades. Por su parte, *La Prensa*, fiel a nobles tradiciones, ha refutado caballerescamente el despropósito.

Pero sin volver sobre lo que se ha dicho ni descender a justificarse, cabe subrayar la insensatez, en pugna con los antecedentes, la verosimilitud y la lógica.

Mucho antes de estallar la guerra europea, cuando nadie alcanzaba a sospechar la tormenta que debía desencadenarse sobre el mundo, en el año 1911, publiqué *El porvenir de la América Latina*, libro que es un alerta contra lo que he considerado siempre el peligro imperialista. Poco después emprendí, pagado de mi peculio, un largo viaje, que me llevó a pronunciar conferencias en todas las capitales del Nuevo Mundo, sin exceptuar Nueva York, donde hablé,

en la Universidad de Columbia, contra los sucesos de Panamá y la política del señor Roosevelt. A pesar de la vida rápida, no ha de faltar quien conserve este último discurso, impreso en inglés en un folleto que lleva fecha de 1912.

Todo ello no era, por otra parte, más que la continuación de una campaña iniciada en 1900 en *La Época*, de Madrid, continuada en París, en *La Revue*, y acentuada en Buenos Aires en *El País*, que dirigía entonces el doctor Pellegrini. Esta convicción, acertada o errónea, pero honrada e irreductible, se hizo más combativa a mi llegada a Buenos Aires en 1913. Se recordará que renuncié una candidatura a senador, para poder completar mi gira visitando el Uruguay, el Brasil y el Paraguay; que el origen de mi separación del Partido Socialista fue la defensa que hice de Colombia, atacada por el órgano de la agrupación; que di sobre el problema continental una conferencia auspiciada por todos los centros universitarios; que fundé el Comité Pro México, para organizar manifestaciones públicas contra la intervención norteamericana en aquel país, y que fui, por fin, el iniciador de la Asociación Latinoamericana, creada con el propósito de “fomentar el acercamiento de las repúblicas hispanas de América y combatir en todas sus manifestaciones el imperialismo del Norte”.

Al obrar así cumplí con mi conciencia, y no he esperado por ello recompensa alguna; pero después de haber sacrificado durante veinte años mis intereses en aras de una idea, creo tener derecho a la consideración de mis conciudadanos y al respeto de mis adversarios.

Cuando estalló la guerra, fui hispanoamericano ante todo. Defendí la integridad de Bélgica porque vi en ella un símbolo de la situación de nuestras repúblicas. Pero no me dejé desviar por un drama dentro del cual nuestro continente sólo podía hacer papel de subordinado o de víctima; y lejos de creer, como muchos, que con la victoria de uno de los bandos se acabaría la injusticia en el mundo, me enclaustré en la neutralidad, renunciando a fáciles popularidades, para pensar sólo en nuestra situación después del conflicto.

Algunos juzgaron, en el apasionamiento de aquellas horas, que porque los Estados Unidos intervenían en favor de los aliados, la política imperialista se purificaba retrospectivamente, y olvidaron la situación de Nicaragua, el separatismo de Panamá, las invasiones a México, la agonía de Puerto Rico, cuanto nos hiere en nuestra propia carne. Yo no lo olvidé, porque sabía que mientras los imperialistas defendían en Europa la justicia y el derecho de los pueblos débiles, continuaban en América la política de dominación. Para subrayarla, el

15 de mayo de 1916, mientras la opinión mundial soñaba una equidad permanente, desembarcaron tropas en Santo Domingo y arrasaron cuanto quedaba de la autonomía de aquel país. El acontecimiento pasó inadvertido en nuestros pueblos, que olvidaban sus propias reivindicaciones, para defender las de Europa. Pero con ese motivo, aprovechando una invitación de la Universidad de San Carlos, salí, pocos meses después, para las Antillas y México. Atento sólo a los intereses de la América de habla hispana, continué en plena guerra mi prédica de 1900, de 1911, de 1913, de toda mi vida. A mí no me tocaba averiguar si el imperialismo estaba desarrollando en Europa una acción benéfica o no; lo que me concernía era la acción y el reflejo de esa política en el Nuevo Mundo; y como todo continuaba siendo fatal para nuestras autonomías, combatí otra vez, sin cuidarme de problemas extraños, ya que los extraños se han cuidado en todo tiempo tan poco de nosotros.

En el curso de esas conferencias tuve ocasión de puntualizar mi actitud: “Debe saberse, dije, que no tengo más partido que el que deriva de los intereses de mi América”.

Esto no era tomar posición en favor de uno de los bandos; era menester mi actitud de siempre contra una política que iba a robustecerse en la guerra y a salir de ella más peligrosa que nunca para el porvenir de nuestras autonomías.

Partidario de una acción práctica que relegue a segundo término las simpatías ideológicas, consideré que lo que puedan hacer mañana en nuestro favor los pueblos con los cuales simpatizamos, no compensará nunca lo que harán en contra los otros; y que es imprudente olvidar por un bien improbable un mal seguro. En este punto los acontecimientos han fallado, y la misma Francia triunfante tiene que dolerse hoy del egoísmo de sus aliados de última hora.

¿Quién puede sacar de esta perseverante actitud, de esta terca unidad de una vida, argumentos contra mi honradez y mi sinceridad? Si yo fuera servidor de Alemania, estaría ahora con el único país que defiende al imperio vencido. De haber sido negociante, habría ganado sólida fortuna con sólo abstenerme de dar conferencias contra el imperialismo, dado que tantos gobiernos ensayaron todos los medios para impedirlos. Si me sedujera el *arrivismo*, habría tomado precisamente el camino contrario al que llevo, porque levantarse en América contra ciertas corrientes ha sido en todo tiempo un sinónimo de pobreza, ostracismo y, en algunos casos, deshonor y muerte. Los ejemplos abundan, desde San Martín y Bolívar hasta los últimos

presidentes derrocados. Sólo un propósito de faltar a la verdad abiertamente para disminuir la autoridad moral de un hombre, o una ignorancia total de mi pasado, ha podido dar lugar a la afirmación absurda que, contra lo que pensó acaso su autor, ha determinado la protesta de los elementos mejores.

Bien saben en el Nuevo Mundo los ambiciosos que los que pactan con influencia predominante son los que prosperan y triunfan con mayor facilidad. Es un secreto a voces que, para brillar en política, en negocios y en todas las manifestaciones de la vida colectiva, conviene contemporizar con el imperialismo. Y salta a los ojos que, de haber sido yo venal, como se pretende, nadie me habría pagado mejor que él.

En medio de las avideces y los egoísmos confusos que preparan la ruina de nuestra civilización en el Nuevo Mundo, he defendido desde el principio del siglo un ideal superior de concordia ante las injerencias extrañas y de alto patriotismo continental. Mi esfuerzo no ha tendido nunca a alcanzar situaciones, sino a sostener verdades, aun sabiendo que ellas cierran el paso a las más legítimas ambiciones. No he ocupado jamás un cargo público; no he sido objeto de ninguna distinción oficial; no seré nada en mi país; no seré nada quizá en el continente; pero cuando nuestras repúblicas, maniatadas, según las zonas, desde el punto de vista político, diplomático o económico, se vean obligadas, dentro de algunas décadas, a acatar, en una u otra forma, una enmienda Platt continental, alguien recordará que hubo un escritor que, en medio de la mofa, el silencio o la difamación, predicó desde los comienzos la única política que puede salvarnos.

Y entonces saldrán a luz las intrigas, las conspiraciones, las dolorosas pruebas que viene sobrellevando esa individualidad aislada al pasear de ciudad en ciudad, no sólo una aspiración racial, sino el nombre de su propia tierra; porque lo que yo he hecho aclamar en el continente, es necesario que mi patria lo sepa una vez por todas, ha sido a la vez un ideal superior y la bandera argentina.

1920. LA GUERRA, EL SOCIALISMO Y LAS NACIONES DÉBILES

Al hablar de la guerra, conviene abandonar a la masa unilateral y fácilmente impresionable la terquedad en las convicciones, las bruscas parcialidades y los entusiasmos episódicos, para considerar serenamente el alma de los acontecimientos en su suprema esencia y virtud, desligándolos de las objetividades engañosas. El vértigo de la lucha arrebató generalmente a los espectadores en la órbita de uno u otro de los contrincantes, y así ha surgido lo que podríamos llamar la beligerancia mental, que confirma las situaciones coloniales en que se hallan todavía, en lo que se refiere a las ideas, y a pesar de todas las autonomías aparentes, ciertos hombres y ciertos grupos. Como en el conflicto intervienen las más grandes fuentes intelectuales del mundo, los individuos entusiastas y los países menores, atraídos por misteriosas fuerzas, sólo atienden a embanderarse instintivamente con éstos o con aquéllos, sin percibir la posibilidad de tener criterio propio, ya sea desde el punto de vista directo de las conveniencias inmediatas, ya desde el punto de vista superior de la filosofía final del choque.

Los Estados Unidos han sido acaso la única nación neutral que se ha descubierto suficiente vigor y savia para transmutar las impresiones, haciéndose una conciencia especial, que no consultará ni sus simpatías (vano lirismo cuando está en juego el porvenir) ni el derecho (abstracción desvalorizada, como veremos más tarde), sino los intereses, base suprema de la rotación del mundo. Los demás pueblos se van dejando arrebatar, sacrificando sus conveniencias, que, por pequeñas que sean, son esenciales para ellos, en aras (repetimos la palabra) de un colonialismo ideológico, que plantea, para el porvenir nebuloso con que nos amenaza la difícil liquidación de la guerra, el

problema de hacer que a las entidades geográficas diferentes que se salven de la tempestad, corresponda en lo posible, no sólo una independencia económica segura, sino una suprema autonomía de orientación y de pensamiento, que las capacite para pensar por sí.

Las naciones-caudillos, que anulan voluntades y atraviesan las épocas arrastrando en su surco un tropel de pueblos, llenan desde luego una misión propulsora y vital que nadie discute; pero el ideal y la conveniencia de cada núcleo tiene que adquirir lo más pronto posible una consciencia propia y una rotación especial, que le permita evitar las absorciones económicas y mentales, y adquirir ese sentido práctico, un tanto egoísta y ensimismado, que da a los pueblos su verdadera consciencia, su libertad de andares y su eficacia real en la secreta e ininterrumpida batalla de influencias, que es el clásico entrelíneas de la historia.

En momentos en que la propaganda pacifista multiplicaba las instituciones especiales de concordia y arbitraje; cuando poetas, dramaturgos y sociólogos habían dado por cerrado el ciclo de las guerras (los habitantes de Pompeya creyeron siempre que cada erupción del volcán era la última); cuando el socialismo proclamaba la fraternidad indestructible de los hombres y amenazaba a los gobiernos, en caso de conflicto, con la revolución social; cuando la aviación abría un nuevo plano común a la actividad y al orgullo de los humanos; cuando las exposiciones, los congresos, los tratados, las comunicaciones, el movimiento entero del siglo parecían hacer inadmisibles toda hipótesis marcial, se articula de pronto una palanca misteriosa, funciona un engranaje invisible, y se desencadena la conflagración más formidable de todos los tiempos.

La versión según la cual el cataclismo puede ser imputable al capricho de un monarca no es verosímil, por cuanto sabemos que ninguna voluntad, por alta que sea, puede determinar tan vastos movimientos, si éstos no están preparados por la larga y profunda elaboración, por la propicia concurrencia de circunstancias que precipitan los acontecimientos históricos. Si observamos bien el carácter de las relaciones entre las naciones europeas desde hace veinte años, comprobamos que bajo la superficie plácida, bajo la epidermis suave de una concordia verbal, magnificada por el lirismo de los soñadores, circulaban las corrientes discordantes de apetitos y ambiciones que nacían de lo más hondo de las necesidades de cada pueblo. Respirar es ensancharse; y los países pictóricos de vida, henchidos de esperanzas, que, desde el punto de vista político,

comercial y mental, se ahogaban en sus fronteras, acechaban en silencio la hora de burlar a los rivales, de superarlos económicamente, de doblarlos por la diplomacia, de aventajarlos en todas las formas. Intereses vitales los empujaban, no a desear, sino a “necesitar” la ruina de los competidores para seguir existiendo. Y ha sido en nombre de estas exigencias superiores, que en un momento dado se ha roto el equilibrio y han salido bruscamente a la superficie antagonismos e incompatibilidades que tienen que resolverse definitivamente.

Los grandes pueblos de Europa no hacen así, en realidad, más que seguir devorando vida, como todo lo que lucha por subsistir. La paz de los últimos años se mantuvo a expensas de los países débiles del Asia, del África y de América. Los ímpetus de expansión fueron desviados o canalizados sobre núcleos indefensos, abriendo así una época de conquistas coloniales o de protectorados inconfesados, durante la cual las grandes naciones hicieron en cierto modo bloque contra las naciones pequeñas. Pero esta reserva tenía que agotarse, y esta complicidad tenía que ser efímera, porque los mercados abiertos por la presión diplomática o militar daban pie a nuevas rivalidades ásperas, a nuevos choques económicos, a nuevas avideces tenidas en jaque por otras, en el *struggle for life* de la lucha moderna.

Así se inició la gigantesca justa entre Inglaterra y Alemania. Alrededor de estas dos naciones se han agrupado las demás, obediendo éstas al interés económico, evolucionando aquéllas dentro de su foco de atracción, tratando de vengar algunas sus agravios viejos, dando rienda todas a sus esperanzas. Desgarradas las envolturas artificiales, en la era de los pueblos fuertes se ha abierto paso al materialismo político, económico y social que impondrá fisonomía y carácter a la nueva historia.

Considerando el carácter de los acontecimientos actuales y sus visibles prolongaciones, salta a los ojos que la metamorfosis ideológica determinada por la guerra europea se acentuará después de firmada esa paz, todavía lejana, con que soñamos, porque, triunfe quien triunfe, sean los aliados o los teutones, siempre se alzarán en medio del mundo devastado un grupo de potencias que dictará la ley no sólo al bando vencido, que quedará a merced suya, sino también a los neutrales, que lógicamente tendrán que inclinarse ante la fuerza. Las discordancias y acaso las guerras suplementarias a que dará lugar, dentro del mismo núcleo vencedor, la distribución de la influencia material o moral que éste ejercerá sobre el mundo, contribuirán a fomentar el poder bélico, sin el cual, por otra parte,

se desvanecerían los beneficios alcanzados. En esta atmósfera de soberbia y de dominación se rehabilitarán muchas ideas olvidadas. El autoritarismo triunfante tenderá a extenderse de las cosas exteriores a las cosas interiores, del orden colectivo al orden individual, y la humanidad volverá tras rápida e inútil perturbación anárquica, a retroceder por algunas décadas hacia el punto de partida, hasta que otro cambio brusco de los vientos le haga dar un nuevo salto victorioso hacia el indescifrable porvenir.

Por el momento hay que prepararse para una reacción general, y no será la época que se inicia la más propia para disquisiciones. Por otra parte, la acción mundial del grupo vencedor acentuará el carácter de los tiempos. La historia nos dice que son siempre los mismos mecanismos, idénticas sutilezas y parecidos resortes los que emplean los humanos para establecer supremacías o preeminencias, que el destino barre después. Desde los argonautas que parten a la conquista del vellocino de oro, hasta los colonialistas últimos, que iban a “civilizar” a los africanos o a los asiáticos, pasando por Napoleón, que se erigió en generalizador de las doctrinas de la Revolución de Francia, siempre empiezan por dar los hombres a la guerra un motivo aparente de indiscutible altura, para arrebatar a las masas y obtener la simpatía de los espectadores o neutrales. En el fondo, todos sabemos que obedecen a una necesidad colectiva cada vez más acentuada, cada vez más temible, porque cada vez ensancha más el radio de los que pueden resultar favorecidos si llega a ser satisfecha. El imperialismo de Alejandro fue el de un hombre; el de César, el de una ciudad; el de Napoleón, el de un país, y el que en estos momentos inunda de sangre al mundo, podría ser el de una raza. Inglaterra o Alemania, triunfantes, ejercerán una acción excluyente, que fijará el ritmo de la respiración universal, y todos tendremos que sentir, más o menos lejana o risible, la presencia de una mano de hierro.

Así como el siglo XVI fue el de los debates religiosos, y el siglo XVIII el de los debates políticos, el siglo en que estamos resultará el de los debates internacionales. Toda otra preocupación será desoída y sacrificada, porque las nuevas influencias dominantes y el desplazamiento producido por las modificaciones del mapa después de terminada la guerra mantendrán en constante inquietud y movimiento a las naciones. Las repetidas refundiciones, anexiones y segregaciones, que reducirán o aumentarán el número de entidades autónomas existentes, darán a las rivalidades indestructibles mayor amplitud y tenacidad. Con ello coincidirá una pavorosa expansión económica; y

como es cosa sabida que para dominar virtualmente a un país basta con apoderarse de determinados resortes financieros, empezará la silenciosa y desesperada defensa de los débiles, empeñados en evitar la captación de sus riquezas para que no desaparezca la autonomía real, dejando sólo en pie menguadas nacionalidades de cartón. En medio de los conflictos provocados por esta actividad substancial, encaminada a evitar vasallajes y a mantener la integridad de los grupos, surgirá una concepción nueva de la política, y de más está decir que de las ya mentadas ideologías de la juventud sólo quedará la tendencia a la democratización total de la vida, no en nombre de ideales remotos, sino en nombre de intereses inmediatos, más que para rendir culto a la justicia, para llenar una de las condiciones de la grandeza general.

Aunque se halla al margen de los conflictos actuales, la Argentina no puede dejar de presentir desde ahora la zona difícil en que tendrá que evolucionar, dado su vigor naciente y su falta de desarrollo industrial. Reaccionando contra ciertas costumbres peligrosas, empezará a examinar prolijamente los hechos para crearse un punto de vista especial, de acuerdo con intereses tan inconfundibles que no pueden encontrar verdadera concordancia más allá de la América española. El severo mantenimiento de la más estricta neutralidad le dará reposo para estudiar una actitud dentro de todas las hipótesis, sin sentimentalismos anacrónicos, sin entusiasmos disonantes, de acuerdo con sus necesidades vitales y con la tendencia experimental del siglo. Paralelamente a la previsión diplomática, se acentuará, naturalmente, la previsión económica que, empujada con decisión y método, podría hacer de un país por donde la riqueza pasa, un país donde la riqueza quede. En todos los órdenes, tendrá que ser de nuestra conveniencia bien entendida por donde saquemos las inspiraciones necesarias para salvaguardar el porvenir, con el criterio independiente que es la marca inconfundible de toda verdadera autonomía.

La misma evolución que desde ha poco advertimos en el campo de la actividad económica, donde hemos visto que los pequeños negocios se marchitan y mueren absorbidos por los grandes, puede hacerse sentir dentro de poco en la política internacional, donde férreas naciones, poseedoras de todos los resortes intelectuales, bélicos, financieros e industriales, dueñas de las fábricas, los capitales, las vías de comunicación y hasta de las fuentes culturales del mundo, se hallarán capacitadas para hacer imposible el desarrollo y la existencia de las nacionalidades en formación.

Nuestra vieja concepción de las autonomías nacionales figura entre las ideas muertas de que conviene desembarazarse también en esta renovación de perspectivas. Una bandera, una demarcación geográfica y un gobierno nativo no bastan en modo alguno para caracterizar a una colectividad independiente, si a estas condiciones no se unen el predominio racial, la capacidad financiera, la originalidad mental y la iniciativa diplomática. En defender la integridad de algunos de estos resortes y en propender a la creación de los otros estribará el mérito de los estadistas sobre los cuales pese la responsabilidad de gobernar naciones débiles durante el régimen que empieza. No es indispensable anexar un país para usufructuar su savia. Los núcleos poderosos sólo necesitan a veces tocar botones invisibles, abrir y cerrar llaves secretas, para determinar a distancia sucesos fundamentales que anemian o coartan la prosperidad de los pequeños núcleos. La infiltración mental, económica o diplomática puede deslizarse suavemente, sin ser advertida por aquellos a quienes debe perjudicar, porque los factores de desnacionalización no son ya como antes, el misionero y el soldado, sino las exportaciones, los empréstitos, las vías de comunicación, las tarifas aduaneras, las genuflexiones diplomáticas, las lecturas, las noticias y hasta los espectáculos: todo lo que una alta comprensión de los destinos de un conjunto no sepa dosificar, diluir, controlar, desviar o captar a la manera del Japón, que supo burlar elegantemente las redes que le tendían aprendiendo los secretos de todas las civilizaciones y armándose, a la par de ellas, con los mismos sistemas, sin enajenar un ápice de su porvenir.

En medio de sus horrores, la guerra europea nos habrá prestado así el servicio fundamental de alejarnos de las ideologías para darnos un alerta y hacernos emprender la obra de construcción que impone. Sirva esto de compensación a los que, apegados a un concepto más literario que sociológico, lamentan el naufragio de las barcas aventureras.

La humanidad ha ido a menudo a la justicia y al bien por el *chemin des ecoliers*, por la ruta más larga; y acaso volverán a hallar, corriendo el tiempo, ambiente favorable los idealismos que tanto seducen. Hoy por hoy, conviene tener la concepción clara de las realidades presentes, futuras y pasadas, para ser prácticos y atenernos a lo posible. Por otra parte, hay que abrir el espíritu a todas las formas de la elevación moral, y ninguna grandeza podrá ser mayor que la de una juventud que, sintiendo las palpitaciones de su tiempo, se declare

preparada para afrontar las situaciones difíciles y para encararse con los obstáculos, como los atletas que doblaban la arremetida de las fieras en la pista del circo romano. Los que respiran en una época de excepción como la nuestra, lejos de epilogar sobre los acontecimientos, deben vivirlos; lejos de juzgar la historia, deben hacerla.

CUESTIONES ECONÓMICAS. EL PETRÓLEO

Después de la guerra, la política internacional gira casi exclusivamente alrededor de cuestiones económicas, y los debates que se prolongan entre las grandes naciones exteriorizan, ante todo, la preocupación de mejorar el estado de las finanzas, abrir mercados a la exportación o fiscalizar las fuentes de la riqueza del mundo. El hierro, el carbón y, sobre todo, el petróleo constituyen la inquietud esencial de una diplomacia orientada hacia la captación de elementos de vida y de lucha. Las cifras se sobreponen a los postulados del derecho, y todo se ajusta a lo que podríamos llamar el espíritu realista de la era nueva. Para nosotros, los latinoamericanos, lo que está en tela de juicio es, más que el presente, un porvenir cuyas prolongaciones apenas se alcanzan a vislumbrar. Y en este sentido debemos seguir los acontecimientos con especial interés.

Antes de 1914, la Standard Oil Company tenía en México, como rivales, a la Royal Dutch, de origen holandés; la Shell transport, la Mexican Eagle, de filiación inglesa; la Burman Oil, y algunas otras compañías menores. Después de la convención de San Remo entre Inglaterra y Francia, realizada la fusión entre la Royal Dutch y la Shell, quedan sólo en presencia dos grandes entidades, y de esta conglomeración de fuerzas irradiarán incalculables consecuencias comerciales y políticas para las naciones donde existen yacimientos de petróleo. Rumania, Turquía, Rusia, se hallan envueltas en combinaciones y dificultades que con distintos nombres y apariencias derivan más o menos directamente de la riqueza y el poder que supone su producción de combustible. En esta movilización general, las repúblicas hispanoamericanas tienen que desempeñar un papel importante. Hasta ahora sólo cuatro han descubierto y han iniciado

la explotación de sus yacimientos petrolíferos (México, Venezuela, Perú y Argentina); pero todo indica que otras se hallan favorecidas también por esa riqueza, y el problema del petróleo podría tener una faz latinoamericana si llegase a ser encarado de una manera general y armónica por nuestros diferentes gobiernos.

La república de México es desde luego la que acusa una producción más importante y una proporción más extraordinaria en el progreso de su producción. De 444.000 toneladas métricas en 1910, pasa en 1913 a 3.457.000 y en 1918 a 9.510.000. Hoy ocupa el segundo lugar entre los países productores de petróleo. Claro está que comparando las cifras con las de los Estados Unidos, se atenúa esta importancia. Sin embargo, de México sale el 13,6 por ciento de la producción mundial, y si se tiene en cuenta que sólo consume una pequeña parte, se alcanza fácilmente una idea de la importancia que tiene como factor en la lucha que se anuncia. Esta exportación va en primer término a los Estados Unidos, después a Inglaterra, subrayando la rivalidad entre el grupo norteamericano y el grupo europeo. Pero la Mexican Eagle, englobada en la coalición de la Royal Dutch Shell, tiene una potencia inferior a la de las filiales mexicanas de la Standard Oil. En realidad, el 70 por ciento de la producción va a los Estados Unidos, y muchas de las exportaciones a la América del Sur se hacen por intermedio de aquel país, confirmando la preeminencia de los intereses norteamericanos sobre los intereses ingleses. Si seguimos la progresión de las cifras, comprendemos la excepcional importancia de esta situación. México ha sustituido a Rusia, cuya producción decreció en medio de las agitaciones de la política interna. Aprovechando la demanda, se han triplicado las cifras en estos últimos años, y de 9.540.000 toneladas métricas que, como hemos visto, producía en 1918 México, ha pasado en 1919 a 12.000.000 y en 1920 a 23.200.000. Esto equivale al 36 por ciento de la producción norteamericana. Si existiera equilibrio entre las dos fuerzas que se disputan el rendimiento de la riqueza, y por ende la influencia que de esa explotación resulta, las perspectivas del país no podrían ser más halagüeñas. Pero los Estados Unidos han sido hasta ahora los más grandes proveedores de Inglaterra. En 1913 proporcionaron el 55 por ciento de la importación total. Y todo indica que en México, donde no es posible prever por ahora la formación de empresas nacionales, que exigen capitales cuantiosos, auxiliados por flotas especiales, la fiscalización del petróleo acabará por caer bajo el radio exclusivo y directo de la república norteamericana.

La producción actual del Perú y de Venezuela es mucho menos importante. Las cifras exactas y oficiales faltan, y apenas sabemos que el Perú produjo en 1913 la cifra insegura de 284.000 toneladas, y en 1917 y 1918 alcanzó a 340.000, sin que se advierta progreso entre el rendimiento de estos últimos dos años. El informe elevado a la Sociedad de Naciones apenas hace mención de estos países. Sin embargo, no es aventurado suponer que, una vez explorado el subsuelo y organizada la explotación, esas nuevas regiones, insuficientemente conocidas, puedan añadir reservas cuantiosas a la riqueza universal.

En la Argentina, que aparece en la citada comunicación con 19.000 toneladas, la explotación se organizó en 1910 con un presupuesto de un millón de pesos nacionales. Del informe de la dirección de los trabajos se deduce que aquellos yacimientos pueden figurar entre los más ricos y los más extensos del mundo. Según la Memoria elevada por el ingeniero Huergo al gobierno en 1913, durante los primeros ensayos un solo pozo produjo en una semana la cantidad de 2.900 metros cúbicos. En ese mismo documento encontramos la información de que si la Argentina produjera al año dos millones de toneladas de petróleo, se emanciparía de toda importación de carbón. Ello exigiría naturalmente una instalación especial de maquinarias, puertos, cabeceras de ferrocarril, tanques, depósitos y barcos construidos especialmente. El Estado, propietario de los yacimientos, no ha hecho en favor de su explotación un esfuerzo proporcionado a la importancia del asunto. Aun dejando de lado el alcance que podría tener en nuestro siglo una empresa de este género dirigida por los propios nacionales, hubiera sido desde los comienzos un negocio de resultados seguros. La dirección del Ferrocarril del Sur Argentino, que contrata con una Compañía de México la entrega de 70.000 toneladas de petróleo anuales al precio de 43 chelines, ofreció su clientela al gobierno. La Compañía Alemana de Electricidad manifestó su deseo de obtener 100.000 toneladas, comprometiéndose a construir vapores tanques para el transporte. Sin embargo, el presupuesto de explotación fue reducido de un millón de pesos a 500.000. Después ha sido aumentado de nuevo. Pero aún no sabemos cuándo se iniciará una acción metódica para dar a la Argentina los beneficios de tan portentosa riqueza. Varios sindicatos extranjeros han obtenido concesiones en la zona petrolífera; la *Petroleum Review* del 30 de diciembre de 1911 hace mención de cierto "Argentine Gulf Oil Syndicate", que poseía más de 80.000 hectáreas en las cercanías de los yacimientos nacionales. La ley de minas del país está felizmente basada en el

trabajo, y esa circunstancia puede permitir declarar caducas las concesiones en cualquier momento. No deja de sorprender, a pesar de todo, que estas reservas se hallen ahogadas y como aplazadas en su valorización, en momentos en que el mundo se afana por descubrir, retener o explotar las fuentes de lo que dará mañana a los pueblos la riqueza y la dominación.

No es mi propósito juzgar la actitud de los gobiernos que, de acuerdo con circunstancias locales y directas, han evolucionado en uno u otro sentido, pero al presentar objetivamente una situación, debemos aportar elementos de juicio, y sólo a título de información mencionaremos un artículo del doctor L. Lara Pardo, publicado en *El País*, de México. Comentando el favor que el general Porfirio Díaz prodigaba a la empresa inglesa de Pearson, dice: “Era sin duda un regalo regio, pero por lo menos tenía el mérito de romper el monopolio de la compañía norteamericana”. Después de lo cual añade, refiriéndose a la política de la revolución encabezada por D. Francisco Madero: “Se concedió a la Standard Oil Co. el derecho de la explotación de las minas de petróleo en México sin la menor restricción, mientras que a las demás compañías existentes o en formación se les imponían derechos prohibitivos. En la actualidad, el petróleo bruto se exporta de México y luego vuelve a ser importado y vendido a precios fabulosos”. El articulista termina en esta forma: “Para realizar este programa, han corrido torrentes de sangre mexicana, se han despertado las pasiones del pueblo, hasta entonces dominadas; se han asesinado héroes, se han torturado inocentes, se han encarcelado millares de ciudadanos pacíficos, se ha comprometido seriamente la independencia del país y se han destruido pueblos enteros”.

Acaso en estas afirmaciones entra un fermento de hostilidad partidista. Las luchas civiles suelen alcanzar en nuestras repúblicas tanta virulencia, que no siempre se advierte el límite entre los intereses de la nación y los del grupo. Pero no cabe duda de que en medio de las complicadas agitaciones por las cuales ha atravesado México, los intereses extranjeros pueden haber hallado más de una vez una ocasión para abrirse paso. Al margen, como hemos dicho, de toda preferencia en lo que se refiere a los asuntos interiores, sólo atendemos a poner en evidencia una cuestión de interés general. Si en algún momento se han cometido imprudencias, el porvenir se encargará de puntualizar las responsabilidades.

En lo que se refiere a la Argentina, cabe destacar del informe presentado al ministerio respectivo por el jefe de la Sección de

Hidrología en enero de 1913, las siguientes palabras: “El anuncio del descubrimiento del petróleo de Comodoro Rivadavia produjo alarma en el extranjero, y las grandes compañías petroleras mandaron urgentemente comisionados caracterizados con amplias facultades para acaparar en cualquier forma los nuevos yacimientos, si presentaban una competencia seria a sus intereses, o aniquilar el desarrollo de la explotación, aun cuando no fueran muy temibles”. Corroborando este pensamiento, el director general de la explotación dice en su informe del 8 de abril de 1913: “La necesidad de evitar los grandes acaparamientos de la tierra petrolífera y prevenir los abusos es evidente, y la idea del señor ministro de no registrar en adelante nuevas concesiones de cateo hasta que una legislación petrolífera adecuada proteja suficientemente esta riqueza pública, no ha podido menos que encontrar en esta Dirección General su más decidido apoyo”. Por ese tiempo un grupo de representantes elevó al Senado argentino un proyecto de ley autorizando al Ejecutivo para enajenar los yacimientos de Comodoro Rivadavia, y fue debido a una protesta popular, encabezada por la Asociación Latinoamericana, que presidía el autor de este libro, que fracasó tan funesta iniciativa.

La conflagración reciente ha puesto de manifiesto la importancia suprema que puede alcanzar el petróleo en sus diversas formas, desde el refinado hasta el *mazout*, y no cabe duda de que todas las repúblicas hispanoamericanas tendrán que considerar como un asunto de la mayor trascendencia la posesión y la explotación del combustible líquido. Pero es difícil volver sobre los actos pasados. El impulso existe, las zonas están distribuidas, las corrientes son poderosas. Sería desconocer las realidades suponer que está todavía en nuestras manos recuperar, en las regiones en que han sido enajenadas, la posesión de esas riquezas, o asumir el cuidado de su explotación en las jurisdicciones sujetas a compañías extrañas. En realidad, sólo queda en algunas zonas el derecho a la opción entre el trust norteamericano o el trust británico. En otras, el conflicto está resuelto. Sin embargo, sería injustificado el pesimismo. En un continente enorme y en parte inexplorado, quedan riquezas infinitas que duermen en el fondo de la tierra, ignoradas hasta hoy por sus mismos dueños. Y acaso en ellas residen las posibilidades que podrían dar mañana a la América Latina un contrapeso en las luchas por la posesión del petróleo. Lo que la inexperiencia sacrificó en el pasado, escapa a nuestra voluntad y es cosa juzgada; pero de esa primera inexperiencia puede nacer la previsión que ayude a defender el porvenir.

TEMAS ARGENTINOS

PROGRAMA ¹

Los pueblos necesitan razones de vivir y razones de morir; las razones de morir son las pasiones, las razones de vivir son los ideales.

A raíz de la revisión de valores determinada por la guerra, al hallarnos los argentinos ante nuestra verdadera situación, advertimos que en momentos en que Europa lanza sus muchedumbres al sacrificio, empieza a surgir aquí, en las conciencias, como movimiento instintivo de conservación, el deseo vehemente de suscitar al fin la nacionalidad completa.

La Patria nace para ponerse al servicio de ese empuje. Un país que sólo exporta materias primas y recibe del extranjero los productos manufacturados, será siempre un país que se halla en una etapa intermedia de su evolución. Y esa etapa conviene sobrepasarla lo más pronto posible, fomentando, de acuerdo con las enseñanzas que surgen del enorme conflicto actual, un gran soplo reparador de los errores conocidos, un sano nacionalismo inteligente que se haga sentir en todos los órdenes de la actividad argentina.

Algo nos grita en estos momentos en que todos los pueblos recapacitan sobre su destino, que hemos hecho en los últimos años demasiada política y demasiada especulación, que hemos vivido más de lo que esperábamos que de lo que teníamos, que falta todavía

¹ Artículo-programa del diario *La Patria*, que el autor funda en Buenos Aires, en 1916. Algunos de los textos siguientes fueron publicados como editoriales.

un esfuerzo análogo al que desarrollamos en las mejores épocas de nuestra historia.

Las fuerzas de que disponemos estarán al servicio de esa causa. Intérpretes de las aspiraciones de la enorme masa ajena a los partidos, propiciaremos ante todo el desarrollo de las industrias nacionales, fomentaremos el florecimiento de las iniciativas argentinas y ayudaremos todo empuje que tienda a revelar o desarrollar fuerzas propias, subrayando el nacionalismo político con el nacionalismo económico y haciendo que las iniciativas que nacen, evolucionan y quedan en el país sustituyan por fin a las fuerzas económicas que vienen del extranjero y vuelven a él, llevándose gran parte de nuestra riqueza.

En política internacional seremos partidarios de mantener relaciones cada vez más estrechas y fraternales con los países vecinos; nos opondremos, venga de donde viniere, a todo acto de carácter imperialista que pueda lastimar los derechos de las repúblicas hermanas, y abogaremos por el mantenimiento del actual equilibrio entre los diferentes países proveedores, para evitar la influencia comercial preeminente, siempre perjudicial, de una sola bandera extranjera.

Estaremos en comunión y en contacto constante con la juventud estudiosa, eje, base y motor del porvenir, y abogaremos por las reformas educacionales que tiendan a acortar el término de los estudios, a escalonarlos en una forma logística, y a determinar una alta concepción, a la vez idealista y práctica, que haga de la escuela una cátedra de civismo y de carácter y capacite a los argentinos para encabezar y dirigir todas las fuerzas de la actividad nacional, reaccionando contra el prejuicio de ir a buscar especialistas del otro lado del océano.

Lucharemos por que se rodee de creciente afecto al extranjero arraigado y se le den toda clase de facilidades para continuar la acción fecunda que ha determinado buena parte de nuestro progreso actual, pero combatiremos los monopolios y los abusos de las compañías radicadas fuera del país, abusos que a menudo derivan, más que de la mala voluntad de aquéllas, de la incapacidad de las autoridades para contralorearlas con la severidad debida.

LA BANDERA Y EL HIMNO

Cierta asociación acaba de formular una petición en el sentido de que se prohíba ejecutar el himno nacional y llevar la bandera argentina en las manifestaciones públicas. A pesar de las razones que

se aducen y del pretendido “respeto hacia los símbolos nacionales”, la simple enunciación de esta idea levantaría en cualquier país de Europa un inmediato clamor hostil.

Aquí vemos con indiferencia que en vez de la bandera nacional, ondee al viento una tela desteñida, unas veces gris, otras verde y otras completamente blanca; asistimos, sin inmutarnos, a la apología del antipatriotismo, permitiendo que se levanten tribunas desde las cuales se ridiculizan nuestras glorias y se abomina la idea de patria; leemos, sin indignación, que hay regiones de nuestro territorio donde niños nacidos en este suelo, y por lo tanto ciudadanos argentinos, no saben articular una palabra en el idioma nacional; y estamos tan adormecidos y dispersos, que esta nueva fantasía no nos conmueve.

Sin embargo, somos hijos de un país cosmopolita, donde la nacionalidad se viene acumulando con ayuda de aportes disímiles, y a veces contradictorios, que exigen un especial esfuerzo de conglomeración; y la lógica más elemental debiera decirnos que lo que aquí se impone antes que nada es difundir y afianzar el sentimiento nacionalista por medio del razonamiento, el color, el sonido, los recuerdos y cuanto concurre a mantener en el alma esa maravillosa emoción colectiva que se llama el patriotismo.

Así vemos, por ejemplo, que Norteamérica, país de inmigración como el nuestro y colocado por los hechos ante el mismo problema, lejos de hacer de la bandera y del himno un artículo de lujo, reservado a circunstancias y clases determinadas, entrega los símbolos y las concreciones de la nacionalidad a la masa popular, que al adoptarlas y al hacerlas suyas en todas las circunstancias de la vida, les da su verdadero alcance y su significación final.

La bandera norteamericana la vemos en el escenario de los teatros, en los artículos de comercio, hasta en los cigarrillos y en los pañuelos de manos. Quien desembarca en Nueva York no halla otra cosa en las vidrieras, en los balcones de las casas, en los tranvías y en los carteles.

Lo mismo ocurría, antes de la guerra, en Alemania y en Francia. En Buenos Aires mismo, ciertos productos extranjeros usan en su propaganda, para atraer las simpatías de los connacionales, el símbolo del país de origen.

La bandera y el himno son, en realidad, la mirada y la voz de un conjunto nacional. Aquí se pretende que nuestra nacionalidad sea sorda y ciega, o, por lo menos, que sólo recupere el uso de esos sentidos en circunstancias especiales.

Si la fantástica petición que comentamos fuera aceptada, llegaríamos a sancionar inverosímiles paradojas. Las colectividades extranjeras residentes entre nosotros podrían desfilar libremente a la sombra de sus banderas, y los únicos que no podrían desplegar la suya serían los argentinos. El himno francés, es decir, la Marsellesa, resonaría en las calles cada vez que así lo quisieran los transeúntes, pero nos estaría vedado lanzar al aire las notas del himno argentino. La bandera roja, símbolo de los ensueños internacionalistas y de la negación de la patria, podría ser levantada en todas las plazas públicas, y la bandera argentina, representación de nuestro núcleo independiente, no podría salir a la calle.

Parece inútil insistir sobre las consecuencias que crearía semejante estado de cosas. Si hay núcleos políticos que abusan de los símbolos nacionales, el buen sentido público se encargará de hacer justicia. Pero no pongamos en el comienzo de una nacionalidad que necesita como pocas ensancharse y afirmarse por la virtud de los símbolos, la traba incomprensible y peligrosa que nos proponen.

Lo que nuestra república cosmopolita y poco coherente exige, no es que se concrete la nacionalidad en un grupo dirigente, que en ciertos momentos ha estado lejos de ser la mejor expresión de nuestro conjunto, sino que se expanda y se difunda hasta invadir todos los cerebros y todos los corazones para amalgamarlos, no ya en un simple conglomerado material, sino en un conglomerado más completo y más alto, que dé a todos un punto de partida en el pasado y un punto de mira en el porvenir, sancionando la verdadera continuidad solidaria que ha sido el secreto de las más grandes fuerzas históricas.

INDUSTRIAS NACIONALES

Alguien ha venido hoy a verme y me ha dicho:

-Juzgue usted mismo, señor. Yo había fundado con mis ahorros y algunos pequeños capitales amigos una fábrica; pero fueron tales los impuestos y las trabas, que me arruiné, y tuve que renunciar a ser fabricante. Ahora vendo el mismo producto importado, y gano el dinero que quiero. ¿Qué criterio económico es éste? Un argentino fracasa cuando elabora productos nacionales, cuando aumenta la riqueza común, cuando da ocupación a los obreros del país; y ese mismo argentino prospera cuando se pone al servicio de una fuerza económica extraña, cuando contribuye a que su país sea tributario,

cuando alimenta a los obreros de Londres o de Nueva York. Confieso, señor, que no comprendo una palabra. Los programas financieros, ¿se harán en el manicomio?

La protesta no puede ser más justificada. Lo que ocurre entre nosotros con las industrias nacionales es algo paradójal.

En momentos en que los pueblos llegan hasta a desencadenar guerras enormes para dominar los mercados mundiales y colocar el excedente de los productos de su industria, nosotros estamos sofocando y combatiendo la vida propia que surge en el país espontáneamente. En Europa y Norteamérica se rodea a la industria de cuidado; aquí se la hostiga.

Un extraño idealismo librecambista ha llevado a ciertos hombres públicos a ahogar por teoricismo los brotes que surgen al conjuro de la fuerte salud de nuestra tierra, olvidando que los pueblos que no manufacturan los productos nunca son pueblos verdaderamente ricos, sino *pueblos por donde la riqueza pasa*, puesto que, lejos de quedar ésta en el país, tiene que ir al extranjero, a cambio de lo indispensable para subsistir.

“Nuestra fortuna, dicen algunos, está en la tierra, y como ésa ha sido la fuente de la prosperidad argentina, no debemos pensar en otra cosa.” Olvidan que, hasta hace cincuenta años, los Estados Unidos fueron un país exclusivamente ganadero y agrícola; pero que su verdadera grandeza no empezó hasta que, después de fabricar lo que necesitaban para su existencia, derramaron los frutos de su labor y de su inventiva sobre el mundo.

En la Argentina tenemos casi todas las materias primas, y ahora, con el petróleo, hasta el combustible barato. ¿Por qué hemos de renunciar al deseo de igualar a otros pueblos, al orgullo de bastarnos, a la fabulosa prosperidad que nos espera? El grado de civilización, de capacidad económica, de eficacia activa de los países, se mide por su aptitud para transformar los productos de la tierra. Los que sólo exportan materias primas son, en realidad, pueblos coloniales. Los que exportan objetos manufacturados son países preeminentes. Sin dejar de fomentar la ganadería y la agricultura, base de nuestra vida, podemos, para bien de todos, ensanchar gradualmente el radio de las actividades, hasta ser al fin un país completo, digno de su pasado y de su porvenir.

No nos dejemos detener por las observaciones primarias de los economistas, que sólo ven el momento en que se encuentran y la ventaja inmediata.

Los que arguyen que aumentará el precio de los artículos olvidan que, precisamente, desde el punto de vista obrero, la industria resulta más necesaria. Abaratar las cosas en detrimento de la producción nacional es ir contra una buena parte de aquellos a los cuales se trata de favorecer, puesto que se les quita el medio de ganar el pan en la fábrica. Disminuir el precio de los artículos y aumentar el número de los desocupados resulta un contrasentido. Interrogüemos a los millares y millares de hombres que hoy pululan en las calles buscando empleo a causa de las malas direcciones de la política económica; preguntémosles qué es lo que elegirían: vivir más barato o tener con qué vivir. ¿De qué sirve al obrero que baje el precio de los artículos, si no obtiene con qué comprarlos?

El temor a la vida cara es uno de los prejuicios económicos más atrasados y lamentables. La vida es siempre tanto más cara cuanto más próspero y triunfante es un país. Todo se abarata, en cambio, en las naciones estancadas y decadentes. La vida es barata en China y cara en los Estados Unidos. Pero como los salarios van en proporción con la suma de bienestar de que esos grupos disfrutan, la única diferencia es que unos pueblos viven en mayúscula y otros mueren en minúscula.

Todo esto, sin contar con que las colectividades tienen intereses superiores a las conveniencias de sus miembros. Ningún estadista merece crédito si no sabe ver a cincuenta años de distancia. Y nosotros debemos encarar estos asuntos con los ojos puestos en la Argentina de 1980, en el fabuloso foco de riqueza, de abundancia y de felicidad que puede ser esta tierra si, abandonando la política de la casualidad, entramos de lleno en la vía experimental, estudiando lo que se ha hecho en otros casos y trazando verdaderos planes de engrandecimiento.

Pese a los intereses que habrá que herir irremediablemente, la Argentina tendrá que ser cada vez más parca en sus importaciones y cada vez más abundante y magnífica en su producción industrial, en su irradiación sobre el mundo. Metales, maderas, cueros, lanas, productos de todo orden y todo género tendrán que ser trabajados y valorizados por la fuerza y el ingenio de nuestros compatriotas, hasta llegar, no sólo a suplantar a nuestros proveedores actuales, sino a competir con ellos fuera del país en uno de esos empujes poderosos y creadores de los grandes pueblos.

Aprovechando la situación especial que determina la guerra, debemos hacer, pues, lo posible para crear los resortes que nos faltan

y no pasar de la importación europea a la importación norteamericana, como un cuerpo muerto que no puede moverse por sí mismo, y siempre tiene que estar empujado por alguien.

El país exige una política práctica. En vez de gastar millones de pesos para hacernos representar en la Exposición de San Francisco con simples fines de vanidad superficial, debimos hacer en nuestro país, con la modestia que impone la crisis mundial, una gran exposición general de productos industriales argentinos, para revelar a nuestro propio pueblo su capacidad, hacer que nuestras industrias puedan salir a la calle sin disfraz, destruir el prejuicio contra los productos nacionales y fomentar el desarrollo de las mejores fuerzas.

Basado en estas consideraciones, vengo a dar el grito de alarma. No se trata de teorías de proteccionismo o libre cambio. Se trata de una enormidad que no puede prolongarse; el proteccionismo existe entre nosotros para la industria extranjera, y el prohibicionismo, para la industria nacional. Si queremos favorecer, no sólo los intereses de los habitantes de nuestro territorio, sino las exigencias superiores de la patria; si deseamos trabajar para el presente y para el porvenir, tendremos que prestar atención a lo que descuidamos ahora. Se abre en el umbral del siglo un dilema: la Argentina será industrial, o no cumplirá sus destinos.

UN BOICOT INADMISIBLE

Una compañía ferroviaria que saca de nuestra sangre nacional los dividendos cuantiosos que paga en el extranjero, pretende boicotear los productos argentinos imponiendo a los concesionarios de sus cafés y restaurantes el compromiso de no comprar nada a los fabricantes del país. En este hecho sintomático, que no comprendemos cómo ha permanecido ignorado hasta ahora, hay dos severas enseñanzas para nuestro gobierno.

La primera es el ejemplo que deriva de la vigorosa solidaridad de los ingleses, que, aun en tierra lejana, viajan, por así decirlo, con su nacionalidad y con su atmósfera, llevando a todas partes la voluntad inquebrantable de ensanchar su comercio y proteger su producción.

La segunda subraya el visible abandono argentino, sin el cual no se producirían estas incongruencias. Aquí cualquier concesionario obtiene sin dificultad permiso para introducir, sin gastos de aduana, útiles, víveres o materiales de construcción que podría adquirir en el país.

Cuando hacemos un contrato con capitalistas o ingenieros extranjeros, no estipulamos nunca en qué proporción se favorecerá la producción argentina, cuál será el porcentaje de los nacionales en el personal, ni en qué forma se evitará que la empresa sea un canal de infiltración y un tentáculo para absorber nuestras fuerzas económicas. Hacemos las cosas a la buena de Dios, salga lo que saliere, sin la más vaga sospecha de concepción general, atendiendo sólo a ventajas subalternas y apresuramientos pueriles.

Y es tiempo de que reaccionemos contra la desidia que nos abandona al capricho de los capitalistas internacionales, no sólo en lo que se refiere al consumo de nuestros productos, sino también a las tarifas, reglamentos y cuanto debiera ser base de prolijas estipulaciones.

Así se explica que las grandes empresas que se enriquecen en nuestro país, nos traten con un desdén que en cierto modo merecemos por nuestra incapacidad para la defensa. Empleando una frase familiar, podemos decir que nos llevan a remolque, sin guardar la consideración que tendríamos derecho a exigir como una nación autónoma.

Las malas costumbres que imperan y contra las cuales conviene reaccionar si queremos mantener erguido nuestro orgullo, han llevado a algunos hombres públicos a supeditar su acción a la de esas empresas, aceptando puestos de abogados consultores u otros análogos que los incapacitan para resolver imparcialmente los asuntos que más hondamente afectan al Estado.

Esa confusión de los intereses nacionales con los intereses particulares es la que ha hecho posible, en último resorte, la situación extraña en que nos coloca la preeminencia de varias entidades extranjeras, que se olvidan de la ley y del público, seguras como están de contar con apoyos superiores.

La opinión reclama desde hace tiempo una reacción contra estas prácticas lamentables. El pueblo argentino ha soportado en silencio el aumento de tarifas y todo género de molestias, pero no puede inclinarse cuando los extraños vienen a declarar en el propio seno de la república un boicot inadmisibles a nuestros productos, hiriendo así a la vez los intereses y la dignidad de la nación.

Los derechos de transporte que oprimen a la producción nacional y crean anomalías tan extrañas como la que hace que una botella de vino argentino se venda en la Asunción del Paraguay a más alto precio que una de vino francés, constituyen una especie de prohibición mediante la cual ciertas naciones obstaculizan en nuestro

propio suelo el desarrollo de las fuerzas vitales. Y esto es tanto más inadmisible cuanto que, como consecuencia de las nuevas tarifas, los argentinos estamos pagando indirectamente un impuesto de guerra en favor de los que tan extrañamente nos olvidan.

Nuestro país no puede ser campo abierto a las especulaciones sin contralor, y en la sana reacción nacionalista que hoy enciende al mundo, ha llegado el momento de que nuestros hombres de gobierno dejen de lado simpatías y amistades, conveniencias y ambiciones, para velar, estricta y severamente, sobre el porvenir del grupo cuyos destinos dirigen.

NEUTRALIDAD

En estos momentos angustiosos en que un conflicto sin precedentes revoluciona las conciencias, nada es más difícil que observar la serenidad y mantener la estricta equidistancia entre los bandos. De acuerdo con las circunstancias individuales, las analogías, las lecturas o las inducciones, el ánimo de los que nos hallamos al margen de la acción obedece a la ley fatal de las simpatías, ley que nos lleva en todo momento o lugar a tomar partido, aun en las cosas que son ajenas a nuestros intereses o atribuciones. El derecho de opinar es una de las prerrogativas sagradas del individuo, y en medio de un terremoto de nacionalidades, durante el cual pueden encumbrarse o naufragar enormes núcleos humanos que representan las fuentes principales de la civilización contemporánea, sería vano exigir una actitud indiferente y fría, ajena a las corrientes de la atmósfera y a la trepidación del planeta en que vivimos. Pero dada la situación especial de la Argentina, donde, rindiendo culto a la amplitud de nuestra Constitución, se han acumulado todos los componentes étnicos y donde, confiados en nuestra hospitalidad, coexisten importantes núcleos de las diferentes naciones que hoy se hallan en lucha, sería oportuno prevenir incidentes que pueden nacer de los más nobles entusiasmos y evitar que la natural gradación de las noticias y el creciente interés que ellas despiertan nos lleven a apasionamientos que, al lastimar el legítimo patriotismo de algunos, darían a la discordia, enseñoreada del mundo, el refuerzo de nuevas animosidades, suscitadas por reflejo y sin razón fundamental entre nosotros.

Nos hallamos en uno de los momentos más graves de la historia de la humanidad. Muchos millones de hombres, que representan a

las naciones más fuertes del mundo y hacen flamear las banderas más prestigiosas del planeta, van a cruzar las armas en un vértigo de muerte, y las vastas extensiones cultivadas, las capitales universales, los emporios de riqueza, pueden ser barridos por el ala oscura en medio del clamor de las mujeres, los niños y los ancianos, que en muchos casos rodarán también, sujetos a la ciega fatalidad de las catástrofes. Todos, sea cual sea el grupo nacional a que pertenecen, cumplen con su deber defendiendo los intereses de la colectividad dentro de la cual han nacido; y en el intenso dolor de estas horas en que se desvanecen los ensueños pacifistas de los últimos años, merecen, sin distinción de raza ni de idiomas, el sentimiento de respeto que inspiran los sacrificios trascendentales.

Habitantes de un continente que escapa al contagio del flagelo que va atacando una a una a todas las naciones de Europa, conviene que nos dispongamos a asistir al imponente espectáculo con recogimiento, porque hasta nuestras mismas predilecciones ganarán eficacia y prestigio si las acompañamos constantemente de cortesía para todos los pueblos y si las despojamos de inútiles tendencias retadoras. Lejos de entregarnos a ciegos apasionamientos, observemos las fases del conflicto, salvaguardemos nuestros intereses en la espantosa crisis mundial que se anuncia y tengamos un punto de vista propio, para completar nuestro aprendizaje de nación con las enseñanzas que fluyen de la contienda. Así fortificaremos la salud del país, desgarrando falaces ilusiones, derribando inútiles prejuicios, adquiriendo mayor experiencia, robusteciendo el deseo de perdurar y alcanzando el vigor definitivo que pondremos al servicio del ideal que nos seduce.

LA PAZ EN AMÉRICA

Señor presidente de la Federación Universitaria Argentina:

Leo en los diarios la feliz resolución que ha tomado la Federación Universitaria en lo que se refiere a la paz en América, y me permito enviar a usted, y por intermedio de usted a todos los estudiantes argentinos, las más entusiastas felicitaciones.

Las dificultades que existen entre Chile, Perú y Bolivia pueden ser discutidas y resueltas al margen de violencias inútiles, dentro de la fraternidad hispanoamericana, en un ambiente de deferencia y respeto. Provocar nuevas guerras sería ofrecer a los extraños fácil

oportunidad de censura, y hasta propicia ocasión para intervenciones contrarias a nuestra dignidad continental. Lo que nuestra América necesita es paz, trabajo y cordura: paz, para estabilizar la vida; trabajo, para valorizar la riqueza; y cordura, para prever el porvenir. Una desavenencia como la que nos amenaza destruiría cuanto somos y cuanto podemos ser, cuanto ha realizado cada república aisladamente y cuanto pueden alcanzar mañana todas en conjunto.

La guerra mundial que acaba de extinguirse no ha hecho más que descontentos, y debiera alejar a la humanidad de la violencia por muchos siglos. Nuestra tendencia a imitar no puede ser tan incurable que nos lleve a pretender tener también una hecatombe para competir con Europa en civilización. Durante un momento de locura universal, nuestra superioridad ha consistido precisamente en abstenernos de arrojar leña a la hoguera en que se consumía la prosperidad del mundo. Los que en Europa nos llaman salvajes tuvieron que reconocer, aunque fuera tácitamente, que fuimos, por lo menos en un instante, más sensatos que ellos.

Pero si nos lanzamos a nuestra vez al precipicio, no tendremos siquiera la excusa que pudo ser en su tiempo el contagio del desequilibrio general, y seremos para la historia los aturridos y los empecinados que ven descarrilar el convoy que les precede y siguen por el mismo viaducto, presas de una fatalidad suicida.

El verdadero problema de América no es el de saber quién extenderá más sus límites a costa del vecino, cosa que sólo puede dar por resultado una ampliación en el mapa, dado que se trata de países de por sí tan vastos, tan poco poblados y tan sobrados de riquezas no valorizadas aún; el verdadero problema de América no es el de destruir, sino el de crear realmente las nacionalidades en sus fundamentos económicos, diplomáticos y culturales, emancipando a las patrias jóvenes de sujeciones y apoyos molestos, y coordinando la acción superior de ellas para que puedan tener mañana una voz propia y una actitud independiente en los debates del mundo.

Mantener la discordia, con cualquier pretexto que sea, es olvidar lo grande por lo pequeño y prolongar la debilidad en que nos encontramos todos ante las potencias imperialistas. Por eso es digna de encomio la actitud de una juventud que levanta en medio de las pasiones una amplia bandera de paz, bajo la cual puede cobijarse el derecho y la dignidad de todos, y a cuya sombra se ensancha nuestro propio patriotismo argentino, manifestando una inquietud solidaria ante el porvenir de los pueblos hermanos.

25 DE MAYO DE 1810

Tengamos una política de previsión y no de lamentaciones. Nosotros no podemos ver mañana con indiferencia que el archipiélago de Galápagos pase a ser dominado por otra raza, ni que una nación extraña a nuestro grupo cobre gran influencia en las bocas del Orinoco o del Amazonas. No temamos dar opinión en política internacional. Seamos audaces y viriles. Y tratemos de vivir cada vez más noblemente, porque estamos viviendo en presencia de toda la América Latina, y debemos justificar el concepto en que los otros países nos tienen, viviendo una vida superior.

Al margen de todas las ideologías, agrupémonos en torno de la bandera. Hay en los Estados Unidos una costumbre que debiera adoptarse entre nosotros. En la escuela, en mitad de la clase, o interrumpiendo el recreo cuando el niño menos lo espera, el maestro le hace poner bruscamente de pie para prestar una vez más el juramento de servir a su tierra en todos los momentos de su vida. Transportemos esta práctica a nuestras repúblicas, y en medio de los tumultos de la lucha nacional y continental, en las múltiples incidencias de nuestra acción interior y exterior, pongámonos intelectualmente de pie para saludar a cada instante, como lo hacemos hoy, el símbolo sagrado de la nacionalidad y su prolongación en el continente, la Patria Grande.

SEGUNDA PARTE

MÉXICO, NICARAGUA Y PANAMÁ: EN EL CORAZÓN DE LA AMÉRICA LATINA

Manifiesto a la juventud latinoamericana, 1927

Tres nombres han resonado durante estos últimos meses en el corazón de la América Latina: México, Nicaragua, Panamá. En México el imperialismo se afana por doblar la resistencia de un pueblo indómito que defiende su porvenir. En Nicaragua el mismo imperialismo desembarca legiones conquistadoras. En Panamá impone un tratado que compromete la independencia de la pequeña nación. Y como corolario lógico cunde entre la juventud, desde el río Bravo hasta el estrecho de Magallanes, una crispación de solidaridad, traducida en la fórmula que lanzamos en 1912: la América Latina para los latinoamericanos.

Hace veinte años que clamo contra nuestra dispersión y nuestra inmovilidad. Por denunciarlas he sacrificado fortuna, porvenir político, y me hallo pobre, expatriado, difamado. Desde mi retiro reivindico el honor de haber continuado sin interrupción desde 1905 la tesonera prédica, de haber publicado cuatro libros sobre el asunto, de haber fundado en Buenos Aires la primera asociación latinoamericana, y de haber recorrido el continente repitiendo mi terca certidumbre. Al margen de las efímeras vanidades, invoco el antecedente para que la probada fidelidad a un ideal dé a la palabra el peso que necesita tener en esta hora.

Por encima de los episodios de la lucha que se prolonga desde hace tantos años, hay que considerar los hechos desde el origen y en su significación virtual.

Los pueblos son grandes, más que cuando juzgan airadamente a los demás, cuando aquilatan severamente sus errores. Y en la nueva

era que se abre, contra lo que más vigor debemos levantarnos es contra aquellos de nuestros propios dirigentes que no supieron prever las consecuencias de sus complacencias, que no tuvieron una visión continental de nuestros destinos, que obsesionados por la patria chica y por los intereses de grupo, motejaron desdeñosamente de “poetas” a cuantos elevaron el espíritu hasta una concepción superior.

Parecerá monstruoso mañana a los que nos juzguen, pero fue considerada como signo de incapacidad para el gobierno toda tendencia hacia una política global. Cada hombre obedecía a sus ambiciones, cada grupo a sus propósitos partidistas, cada nación a sus odios minúsculos. La América Latina se devoraba a sí misma, como los galos en tiempos de César, o como los aztecas cuando llegó Hernán Cortez. Y para los grupos predominantes resultaba inexperiencia, lirismo, suprema locura cuanto tendiese a una política de solidaridad.

En esa orientación equivocada hay que buscar el origen de los atentados que hoy motivan nuestra protesta. Los primeros responsables son los hombres o los núcleos que, guiados por un falso concepto de nuestras necesidades, por impacencias de figuración, por apasionamiento de bando, o por rencores regionalistas, enajenaron nuestras riquezas, sancionaron el postulado protector de Monroe, y colaboraron con el imperialismo en los congresos panamericanos, mientras se agrandaba en la sombra el cáncer que debía poner en peligro la vitalidad común.

Las culpas que han originado la situación actual nacen de una visión inexacta o de una pequeñez de propósitos, y esas son culpas exclusivas de los gobiernos. Nuestros pueblos fueron siempre grandes y generosos. Aunque se les mantuvo ignorantes de la verdadera situación, tienen el pensamiento de lo que debe ser el porvenir. Si no se opusieron con más ímpetu a la política nefasta, fue porque no se dejó llegar hasta ellos la verdad. Pero los dirigentes *debían* saber. Y la primera conclusión que podemos sacar de los acontecimientos actuales es que nos hallamos en presencia de la bancarrota de una política.

Hablo para toda la América Latina, sin exceptuar las regiones hoy aparentemente indemnes; y hablo sin encono contra nadie, ni contra nada. Los hombres habrán sido malos o buenos. Lo que la evidencia dice es que resultaron insuficientes. Rindiendo culto, más a las apariencias de la patria que a su realidad, creyeron que gobernar consiste en mantenerse en el poder, en multiplicar empréstitos,

en sortear las dificultades al día. En sus diferentes encarnaciones —tiranos, oligarcas, presidentes legales— se afanaron ante todo por defender privilegios de grupo o susceptibilidades locales, sin sentido de continuidad dentro de la marcha de cada país, sin noción de enlace con las regiones limítrofes. Fue la imprevisión de ellos la que entregó en el orden interior, a las compañías extranjeras, sin equivalencia alguna, las minas, los monopolios, las concesiones y los empréstitos, que deben dar lugar más tarde a conflictos, tutelas y desembarcos, haciendo patrias parálíticas que sólo pueden andar con muletas extranjeras. Fue su falta de adivinación de las necesidades futuras la que multiplicó entre las repúblicas hermanas los conflictos que después resuelve como árbitro el imperialismo devorador. No hay ejemplo de que una región tan rica, tan vasta, tan poblada, se haya dejado envolver con tan ingenua docilidad. Cuando algunos de nuestros diplomáticos nos hablan del coloso del norte, confiesan una equivocación trágica. El coloso del norte lo han creado ellos, cuando abandonaron a los bancos y a las compañías extranjeras cuanto representaba el desarrollo futuro del país. El coloso del norte lo han creado ellos, cuando en un continente dividido por la raza, la lengua y la vitalidad, desdeñaron todo concierto con los grupos igualmente amenazados y se pusieron a la zaga del organismo conquistador.

A principios de este siglo la América Latina pudo apoyarse en la masa poderosa de una Europa intacta, deseosa de ganar mercados y financieramente omnipotente. La lógica más elemental aconseja una actitud de parcialidad hacia ella. A muchos de nuestros dirigentes les faltó el valor moral necesario para hacer esa política. Y no se arguya que por aquellos tiempos el imperialismo no se había desenmascarado aún. Sin remontar a la anexión de Texas, California y Nuevo México, acaba de dar ese imperialismo la medida de sus ambiciones imponiendo a Cuba la Enmienda Platt y desmembrando a Colombia. Sin embargo, el ex presidente Roosevelt, cuya frase famosa “me quedé con Panamá” resonaba en todos los ámbitos, fue recibido en nuestras capitales con honores de emperador. La única excusa que podrán aducir nuestros políticos, es que no sospecharon las consecuencias que tendría su actitud. Pero la excusa misma se vuelve contra ellos. Los que no saben ver a veinte años de distancia, no deben dirigir los destinos de una colectividad.

Para clarificar un estado de espíritu, me bastará con citar una anécdota entre tantas.

Cuando en 1917 fui llamado por la Universidad de México para dar una serie de conferencias, bajo el gobierno de Carranza, el ministro argentino acreditado ante aquel país fue a ver espontáneamente al ministro de Relaciones Exteriores de México, para decirle que si, en vista de las reclamaciones que la invitación había levantado, el gobierno mexicano resolvía impedir mi entrada a México, él, como representante argentino, no entablaría la menor reclamación. Vivo está el general Aguilar, que puede dar fe de la veracidad de mis palabras. Nuestro sur olvidaba así, no sólo el respeto debido a un ciudadano del país, sino sus propios intereses y su misión en América. Fue tal la pusilanimidad, que para acabar con la prédica molesta se trató de desacreditar al propagandista. Así nacieron las leyendas miserables que me pusieron en el caso de dudar si debía despreciar más profundamente a los hombres sin escrúpulos que las pusieron en circulación o a los hombres sin perspicacia que se dejaron engañar por ellas. Por encima de la misma injusticia, me agobió el dolor de asistir a la disminución de mi tierra. Porque un país donde la calumnia llega a ser omnipotente, es un país que lleva plomo en las alas.

La emoción tardía de algunos gobernantes no alcanza a rescatar errores que pesarán sobre el porvenir. Los equilibrios no son los mismos a medida que los años pasan. La política aconsejada en 1914 no es posible ya. Han cambiado las circunstancias y, triste es decirlo, resulta cada vez más difícil contrarrestar en bloque y de una manera total el empuje del imperialismo. Por culpa de los que no maniobraron a tiempo, nos hallaremos acaso obligados a negociar mañana con él. Pero esa nueva política, más delicada que la anterior, no la pueden hacer los que en vez de adelantarse a los acontecimientos los siguen a distancia y pretenden ensayar ahora los procedimientos que sólo fueron realizables antes de la guerra, dispuestos, desde luego, a intentar vanamente dentro de otros veinte años, lo que urge hacer en este mismo instante.

Es indispensable que la juventud intervenga en el gobierno de nuestras repúblicas, rodeando a hombres que comprendan el momento en que viven, a hombres que tengan la resolución suficiente para encararse con las realidades.

Se impone algo más todavía. El fracaso de la mayoría de los dirigentes anuncia la bancarrota de un sistema. Y es contra todo un orden de cosas que debemos levantarnos. Contra la plutocracia, que en más de una ocasión entrelazó sus intereses con los del invasor. Contra la politiquería que hizo reverencia ante Washington para

alcanzar el poder. Contra la descomposición que en nuestra propia casa facilita los planes del imperialismo. Nuestras patrias se desangran por todos los poros en beneficio de capitalistas extranjeros o de algunos privilegiados del terruño, sin dejar a la inmensa mayoría más que el sacrificio y la incertidumbre.

Al margen de los anacrónicos individualismos que entretuvieron durante cien años nuestra estéril inquietud, hay que plantear al fin una política. Hay que empezar por crear una conciencia continental, y por desarrollar una acción que no se traduzca en declamaciones, sino en hechos.

El acercamiento cada vez mayor de nuestras repúblicas es un ideal posible, cuya realización debemos preparar mediante un programa de reformas constructoras dentro de cada uno de los estados actuales. Entre esas reformas debe figurar en primera línea una disposición que otorgue, a cargo de reciprocidad, derechos y deberes de ciudadanía a los nativos de las repúblicas hermanas, con la limitación, si se quiere, por el momento, de la primera magistratura del país y los principales ministerios. Esto facilitará una trabazón de fraternidades. Es necesario reunir también una Comisión Superior Latinoamericana, encargada de estudiar, teniendo en cuenta las situaciones, un derrotero internacional común, una política financiera homogénea, un sistema educacional concordante. Su misión, por el momento, sería aconsejar proyectos, aplicados después por los gobiernos respectivos. Hay que proceder sobre todo, sin perder un minuto, dentro de nuestra familia latinoamericana, a la solución equitativa y pacífica de los pequeños conflictos de frontera que entorpecen la marcha armónica del conjunto y permiten injerencias fatales.

La hora es más difícil de lo que parece. No esperemos a estar bajo la locomotora para advertir el peligro. Nos hallamos ante un dilema: reaccionar o sucumbir.

La salvación de América exige energías nuevas, y será obra sobre todo de las generaciones recientes, del pueblo, de las masas anónimas eternamente sacrificadas. Una metamorfosis global ha de traer a la superficie las aguas que duermen en el fondo para hacer al fin, en consonancia con lo que realmente somos, una política de audacia, de entusiasmo, de juventud. Sería inadmisibles que mientras todo cambia, siguieran atadas nuestras repúblicas a los tiranos infecundos, a las oligarquías estériles, a los debates regionales y pequeños, a toda la rémora que ha detenido la fecunda circulación de nuestra

sangre. Hay que inaugurar en todos los órdenes un empuje constructor. Porque la mejor resistencia al imperialismo consistirá en vivificar los territorios y los almas, haciendo fructificar los gérmenes sanos que existen en la masa abstencionista o escéptica, en el fondo aborigen, en los vastos aportes inmigratorios, en todos los sectores de una democracia mantenida hasta hoy en tutela, con unas o con otras artes, por hombres, grupos o sistemas que acaparan el poder desde que nos separamos de España.

Yo he tenido ocasión de decir que el derecho no es hoy una ley moral infalible, sino una consecuencia variable de los factores económicos y de la situación material de los pueblos. El imperialismo realiza su obra hostil; iniciemos nosotros la nuestra reparadora. Clamar contra los atentados es un lógico desahogo y un santo saber. Pero hay que hacer sobre todo un esfuerzo para que los atentados no se puedan realizar. Y ese resultado no lo hemos de esperar de la generosidad ajena, sino de nuestra resolución, de nuestra flexibilidad de espíritu para aceptar soluciones apropiadas a los hechos a medida que éstos se manifiestan.

Quien escribe estas líneas en la hora más grave porque ha atravesado nuestra América, no aprovechó nunca las circunstancias para buscar encumbramiento o aclamaciones. Con razón o sin ella, por disentimientos con el partido al cual pertenecía, declinó en su país una candidatura a diputado y otra a senador. Con razón o sin ella, durante la guerra grande se lanzó a predicar la neutralidad contra un torrente que lo sepultó bajo su reprobación. Nunca hice lo que me convenía; siempre hice lo que consideré mi deber, afrontando la impopularidad y las represalias. Y al dirigirme como hoy a la juventud y al pueblo, no entiendo reclamar honores. Los hombres no son más que incidentes; lo único que vale son las ideas. Vengo a decir: hay que hacer una política aunque la hagan ustedes sin mí. Pero hagan la política que hay que hacer, y háganla pronto, porque la casa se está quemando y hay que salvar el patrimonio antes de que se convierta en cenizas. Si no renunciamos a nuestros antecedentes y a nuestro porvenir, si no aceptamos el vasallaje, hay que proceder sin demora a una renovación dentro de cada república y a un acercamiento entre todas ellas. Entramos en una época francamente revolucionaria por las ideas. Hay que realizar la segunda independencia, renovando el continente por la democracia y por la juventud.

Basta de concesiones abusivas, de empréstitos aventurados, de contratos dolosos, de desórdenes endémicos y de pueriles pleitos

fronterizos. Ya hemos arrojado buena parte de nuestro porvenir por todas las ventanas de la locura. Que se levante el espíritu nacional como en las grandes épocas. Que cada cual piense, más que en sí mismo, en la salvación del conjunto. Opongamos al imperialismo una política seria, una gestión financiera perspicaz, una coordinación estrecha de nuestras repúblicas. Remontemos hasta el origen de la común historia. Volvamos a encender los ideales de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo, de Morazán. Superioricemos nuestra vida. Salvemos la herencia de la latinidad en el Nuevo Mundo. Y vamos resueltamente hacia las ideas nuevas y hacia los partidos avanzados. El pasado ha sido un fracaso. Sólo podemos confiar en el porvenir.¹

1 *Amauta*, año II, número 8, 1927, Lima (Perú). Manifiesto escrito a petición de Víctor Raúl Haya de la Torre.

EN APOYO DE SANDINO

Manifiesto de Ugarte y los estudiantes de Madrid, París y Berlín, 1928

Después del Congreso Panamericano de la Habana, que puso en evidencia la incapacidad de la mayor parte de nuestros dirigentes, se anuncia el simulacro de elección en Nicaragua, que implica un nuevo desprestigio para la América de origen hispano.

El patriotismo ha consistido a menudo, en ciertos círculos, en negar las realidades. Es patriota quien sostiene que la intervención extranjera no importa limitación de soberanía. Es patriota quien arguye que la nacionalidad queda intacta aunque se hallen las aduanas en poder de otro país. Es patriota quien cultiva la confianza jactanciosa de las naciones débiles. Así han creído algunos suprimir los peligros, fingiendo no verlos; así han disimulado las derrotas, negándose a mirarlas; así nos han traído hasta esta situación de vasallaje económico y político, que los directores de la opinión, en nuestras repúblicas, nunca advirtieron ni denunciaron, y que pone hoy al borde del abismo la existencia autónoma de Centro y Sudamérica.

Rechazamos, a la vez, la politiquería que desquició el porvenir y la disimulación, a veces interesada, que envenenó nuestra atmósfera. Queremos afrontar las realidades, por penosas que ellas sean, con los ojos puestos en la patria grande del futuro.

La crisis de Nicaragua deriva de tres factores evidentes. Primero: la ambición de la plutocracia de los Estados Unidos, ansiosa de acentuar su irradiación imperialista. Segundo: la indiferencia de los gobiernos oligárquicos de la América nuestra, incapaces de comprender los problemas del continente. Tercero: la exigüidad de visión de

los políticos nicaragüenses, afanosos de llegar al poder, aunque sea en desmedro de los intereses de su patria.

La simple enunciación de estos fenómenos basta para dictarnos una actitud frente al problema de Nicaragua.

Invadido como se halla gran parte del territorio de esa república por tropas extranjeras, imposibilitados como están para votar los elementos patriotas que forman en las guerrillas defensoras de la tierra natal, toda tentativa de elección resulta una injuria para la dignidad de ese pueblo.

Que la masa incontaminada de nuestras repúblicas no se deje engañar por una rivalidad de avideces entre dos bandos tradicionalmente sujetos a la influencia de los Estados Unidos. No nos deslumbre el sofisma de unas elecciones triplemente falseadas: primero, por la presencia de tropas de desembarco; segundo por el sometimiento de los dos grupos a los intereses del invasor; y tercero, por el mutismo a que se hallan condenados los elementos más dignos de respeto. Fiscalizar esas elecciones o discutir sobre ellas sería darles apariencia de legalidad y conceder jerarquía a minorías claudicantes, que se disputan el poder amparadas por el enemigo nacional.

El caso de Nicaragua no se puede resolver electoralmente. No hay más que dos divisiones en aquel país: *de un lado, los que aceptan la dominación extranjera; del otro, los que la rechazan*. Como estos últimos no pueden votar, no cabe engañar a la opinión con vanos simulacros.

No admitamos, pues, diferencia entre liberales y conservadores y hagamos bloque contra los derrotistas, contra los presidentes ungidos por la Casa Blanca, contra todas las encarnaciones que toma en nuestras repúblicas el mísero egoísmo de los caudillos subalternos.

El único que merece nuestra entusiasta adhesión es el general Sandino, porque el general Sandino representa, con sus heroicos guerrilleros, la reacción popular de nuestra América contra las oligarquías infidentes, y la resistencia de nuestro conjunto contra el imperialismo anglosajón.

La comedia de las elecciones nicaragüenses no hace más que poner de manifiesto la caída irremediable de los que, entre su interés y la patria, optaron por su interés. El porvenir dejará caer sobre ellos la reprobación que merecen. Y ese mismo porvenir sabrá también elevar la figura altruista de Sandino.

La sangre nuestra fue derrochada hasta ahora en luchas civiles estériles que sólo trajeron ventaja para los tiranos o para las

oligarquías. La acometividad, el valor, el espíritu de sacrificio de nuestros pueblos, todo lo que tiene de grande el alma iberoamericana, se malogró en agitaciones suicidas, que ora pusieron frente a frente dos fracciones dentro del mismo país, ora devastaron a dos o más repúblicas limítrofes. Si fuera posible reunir en un haz de heroísmos todas las inmolaciones inútiles, habría fuerza para nivelar los Andes. Pero los hombres que tuvieron en sus manos ese tesoro popular, en vez de emplearlo en favor del bien común, lo malgastaron al servicio de sus egoísmos personales. Por primera vez desde hace largas décadas, corre esa sangre al margen de las ambiciones mezquinas, y en beneficio de todos. Por eso estamos con Sandino, que al defender la libertad de su pueblo, presagia la redención continental.

Manuel Ugarte Federación Universitaria Hispanoamericana (Madrid). Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (París). Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (Berlín). Federación Universitaria Escolar. Adhesión de los estudiantes españoles (Madrid).¹

1 *Amauta*, año III, número 16, 1928, Lima (Perú).

INDUSTRIA PROPIA O EXTRANJERA

Mientras falte la industria pesada no podremos tener verdadero ejército, porque comprar armamentos equivale a moverse en la órbita de rotaciones extrañas. Sólo se obtiene cuando la finalidad perseguida favorece las intenciones de la nación que los facilita. Si no construimos locomotoras, tampoco existirán ferrocarriles de pura esencia nacional.

Por otra parte, la fachada no nos ha de engañar. No basta que las fábricas se instalen en nuestros territorios para que resulten nuestras realmente. Pueden representar, en cierto caso, una habilidad de la industria extranjera para evitar fletes onerosos o recias tarifas de aduana. Pueden recibir los objetos a medio manufacturar. Porque es dudoso que el capitalismo que impone al mundo su producción nos provea de instrumentos para hacerle competencia renunciando a los beneficios que hasta ahora percibe y a clientela creciente en el porvenir. La creación de filiales con nombres adaptados a la región no es un comienzo de libertad, sino una confirmación de tutela.

Casos recientes permiten observar cómo puede surgir una empresa en Iberoamérica. Un grupo oligarca-plutocrático se pone en contacto con una gran entidad de Inglaterra o de Estados Unidos o, lo que es más frecuente, la entidad extranjera busca en una de nuestras repúblicas al grupo que debe secundarla. No falta el banco, sociedad de fomento o lo que sea de la república en cuestión que facilite para el negocio cincuenta millones. La corporación extranjera se inscribe con veinte millones que resultarán nominales, después diremos por qué. El público de la república iberoamericana puede llegar a suscribir en acciones otros veinte millones. Son pues noventa millones de pesos que van a ser administrados por un extranjero, jefe invariable

de la empresa. El primer acto de la nueva compañía consistirá en comprar maquinarias en Estados Unidos o Inglaterra, maquinaria por la cual se pagarán cincuenta millones de pesos. De suerte que los veinte millones que suscribió la firma siempre quedarán fuera de Iberoamérica, más los treinta millones que salen para completar los cincuenta, valor de la maquinaria, cuyo modelo ha sido a menudo sobrepasado en el país de origen por otras más recientes. La ganancia para los de afuera es siempre segura. Si hay albur, pesará sobre la república iberoamericana. Así suelen fundarse, con ostentosos nombres locales, algunas fábricas que nos dan la ilusión de tener industrias y que sólo constituyen nuevos canales de absorción.¹

¹ *La reconstrucción de Hispanoamérica* (póstuma). Coyoacán, Buenos Aires, 1961.

BRASIL, HERMANO EN LA GRAN FAMILIA

La República del Brasil tiene que ser considerada como parte integrante de nuestro conjunto, dentro de un hispanismo que sale del radio de las ideologías para convertirse, por causas geográficas e internacionales, en determinismo vital. No es en la raza, sino en la situación; no es en el pasado, sino en la realidad del momento, donde se halla en último resorte la imposición suprema que debe hacernos incluir al Brasil dentro del conglomerado superior que formamos moralmente.

El mayor error sería creer en la posibilidad de un latinoamericanismo parcial que obligaría a la nación aislada a desarrollar una política hostil, prestando asidero a todas las intrigas. Pueblo de otro origen y de otro idioma, limítrofe por su extensión con todas las repúblicas sudamericanas, el Brasil debe ser retenido en el seno de nuestro núcleo y tratado como hermano dentro de la gran familia.¹

¹ *El destino de un continente*, Editorial Mundo Latino, Madrid, 1923.

LA ENAJENACIÓN DE LA RIQUEZA NACIONAL

Como en tiempo de la Colonia, los países han continuado cambiando las materias primas por productos manufacturados, ajenos a toda reflexión y todo precepto de economía política moderna. ¿Cómo explicar satisfactoriamente el contrasentido de que naciones exportadoras de oro hagan empréstitos en el extranjero, y de que las riquezas de América se nos escapen, por así decirlo, de las manos, sin dejar, en algunos casos, en nuestras arcas ni el surco misérrimo de un impuesto a su exportación? Haciendo coincidir con esta impericia la inclinación a enajenarlo todo, desde los frutos hasta las minas, desde los campos hasta las obras de utilidad pública, se aclara el enigma de las dificultades financieras.

Si los países más ricos del mundo tienen hoy que pedir prestado hasta pagar los intereses de sus deudas —nos referimos en general a toda la América Latina—, arrebatados por el engranaje de un eterno déficit, es porque no han sabido levantar el andamiaje de la verdadera nacionalidad. Cuando dentro de nuestro propio territorio nos servimos de un ferrocarril, subimos a un tranvía, edificamos una casa o compramos un par de zapatos, pagamos indirectamente un impuesto al extranjero, puesto que esas empresas, constructoras o manufactureras, tienen su asiento o envían sus beneficios fuera del país. No hablaré de los bancos, ni de las compañías de seguros, que extraen anualmente sumas fabulosas.

Nuestros economistas sostienen que necesitamos capitales. Como si la riqueza no fuera capital. La teoría ha sido, por lo menos, mal aplicada, y lo que pudo ser expediente en los comienzos se ha transformado en sistema. En la mayor parte de los casos no hemos contraído deudas para poner en circulación nuestros tesoros, lo cual

II | La enajenación de la riqueza nacional

es una operación lógica de comercio, lo mismo en el orden nacional que en el orden individual. Esos tesoros han sido enajenados y su explotación incumbe a otros países. Minas, grandes plantaciones, vastas empresas de transportes terrestres y marítimos, etcétera, fructifican tan lejos de nuestro radio, que a veces somos impotentes hasta para imponer a las compañías el acatamiento de las leyes nacionales.¹

¹ *El destino de un continente*, Editorial Mundo Latino, Madrid, 1923.

EDUCACIÓN Y LATINISMO

Si examinamos, aunque sea superficialmente, la vida americana, comprendemos que el origen del mal arranca de la concepción y los métodos de nuestra educación.

No nos referimos sólo a la instrucción en sus formas directas y aplicadas, sino a los puntos de vista superiores que inspiran, dentro de un conjunto, la acción general, creando corrientes colectivas y orientando hasta a aquellos que no han pasado por la escuela. Un plan educacional es un programa de acción en vista de un desarrollo en el porvenir.

Y el mayor error de la América Latina fue trasplantar la fachada de métodos anticuados. Un continente virgen, con fabulosas riquezas por explotar, nacido de circunstancias nuevas y de factores sociales divergentes, al calor de concepciones democráticas, en un siglo de batallas económicas, necesitaba encarar la vida con un criterio experimental y práctico para crear ciudadanos a la altura del esfuerzo impuesto por las circunstancias.

Lo que se difundió, en cambio, fue la rutina de los pueblos que ya habían realizado su destino. El latín, las bellas letras, la erudición, son valiosas contribuciones y exponentes preciosos de una cultura superior, pero poco o ninguna influencia podían ejercer en el desarrollo de sociedades en construcción que, en lucha con la barbarie de la naturaleza, debían atender ante todo a defenderse, a situarse, a hacerse dueñas por la virtud de su perspicacia y de sus músculos, de su propio patrimonio. De esta antinomia entre las necesidades reales y la enseñanza empírica, nacieron todas las dificultades.

Al recordar que a nuestras generaciones les enseñaron la historia argentina, la griega y la romana, pero no les dijeron una sílaba de la

del resto de América, no es posible contener cierta irritación contra los profesionales de la didáctica.¹

¹ *El destino de un continente*, Editorial Mundo Latino, Madrid, 1923.

ESTADOS UNIDOS Y NOSOTROS

De dónde sacarían los Estados Unidos la eficacia de su acción, la fuerza de sus penetraciones, el éxito inagotable de su perpetua intriga, sino de la avidez de nuestros hombres de negocios, de la ambición subalterna de nuestros políticos, de la falta de conciencia superior de los pequeños grupos nacionales, de las discusiones entre las repúblicas hermanas, de nuestro caos social en fin, donde todos dentro de la ciudad aspiran a gobernar, donde todas las regiones dentro de la nación se disputan la primacía, donde todas las naciones dentro de la América hispana se despedazan en la inconsciencia de un delirio fratricida que nos lleva a abrir las puertas al enemigo de afuera para saciar rencores, apetitos o represalias en detrimento del hermano.

Los Estados Unidos han hecho y seguirán haciendo lo que todos los pueblos fuertes en la historia, y nada es más ineficaz que los argumentos que contra esa política se emplean en la América Latina. En asuntos internacionales, invocar la ética es casi siempre confesar una derrota. Las lamentaciones, a menos que sean recogidas por otro poderoso que aspira a usufructuarlas, no han pesado nunca en el gobierno del mundo. No hay que decir “eso está mal hecho”, hay que colocarse en la situación de que “eso no se puede hacer”; y para conseguirlo, es inútil involucrar el derecho, la moral y el razonamiento, como recurrir al apóstrofe, la imprecación o las lágrimas. Pueblos que esperan su vida o su porvenir de una abstracción legal o de la voluntad de los otros, son de antemano pueblos sacrificados.

Es de la propia entraña de donde hay que sacar los elementos de vida; de la previsión para ver los peligros, de la fortaleza para encarar las dificultades, del estoicismo para conjurar los fracasos, de

todo lo que surge de la vigilancia vivificadora del propio organismo, ocupado, antes que nada, en respirar. Cuando cesa la autodefensa de los hombres y de los pueblos, cesa la palpitación misma que los mantiene dentro de la naturaleza o de la historia.

Odiar a los Estados Unidos es un sentimiento inferior que a nada conduce. Despreciarlos, es una insensatez aldeana. Lo que debemos cultivar es el amor a nosotros mismos, la inquietud de nuestra propia existencia.¹

¹ *El destino de un continente*, Editorial Mundo Latino, Madrid, 1923.

CONOCEMOS LO AJENO E IGNORAMOS LO PROPIO

Debido a la escasez de ferrocarriles, telégrafos y líneas de navegación, nuestros países se han desarrollado tan independientemente los unos de los otros, que a pesar de la identidad de origen y la comunidad de esperanzas, evolucionan en órbitas distintas. Sólo los más vecinos están en contacto.

Cada pueblo gesticula y se desenvuelve en la sombra. Nos unen maravillosas vías de comunicación con el resto del mundo, pero entre nosotros no hay corrientes de intercambio. Sabemos lo que pasa en China, pero ignoramos lo que ocurre en nuestro propio continente.

De aquí, ya lo hemos dicho, que las repúblicas que brotaron de la misma revolución no sean más homogéneas. Cada una se ha hecho dentro de sus límites, multiplicándose por sí misma, sin recibir más influencia exterior que la que venía de Europa en forma de inmigraciones ávidas.

De suerte que algunas de esas sociedades, abandonadas por los españoles en plena niñez, han seguido repitiendo los ritos de coloniaje, sin tratar de relacionarse entre sí y sin tener la noción clara de que forman parte de un conjunto enorme.

La independencia sólo se tradujo a veces en un cambio de esclavitud, porque pasaron de manos del virrey, responsable ante el monarca, a las de una oligarquía que no tiene que rendir cuentas a nadie. Así se explican los altibajos entre países que ostentan un punto de partida común.¹

¹ *El porvenir de la América española*, Prometeo, Valencia, 1910.

LA NATURALEZA DEL IMPERIALISMO

Los métodos se han perfeccionado a lo largo de los siglos. El imperialismo se anexaba en las primeras épocas a los habitantes en forma de esclavos. Después se anexó la tierra sin los habitantes. Ahora se aclimata el procedimiento de anexar la riqueza sola, sin la tierra y sin los habitantes, reduciendo al mínimo el desgaste de la fuerza dominadora. Una nación que tiene en sus manos el contralor de la riqueza y el comercio de otro país es, en realidad, dueña de él y de los que en él viven, no sólo en lo que al orden económico se refiere, sino hasta en los asuntos de política interior y exterior, dado que el andamiaje de una patria en la vida moderna reposa sobre las finanzas y son éstas las que regulan sus diversos movimientos.

El imperialismo habría podido, sin esfuerzo, duplicar o triplicar en los últimos años la extensión oficial de sus territorios, pero ha comprendido el peligro de añadir a su conjunto grandes masas de otro origen. La ocupación integral de pequeños territorios habitados por población blanca poco densa no ofrece dificultades; pero la conquista de vastas zonas de carácter refractario entraña peligros que no escapan a la perspicacia más elemental. De aquí la solución oportunista de reinar sin corona, bajo la sombra de otras banderas que el determinismo de las realidades acaba por hacer ilusorias.

La acción que se hace sentir en forma de expresiones financieras, tutela internacional y fiscalización política, concede todas las ventajas sin riesgo alguno. Es en el desarrollo de esa táctica donde ha evidenciado el imperialismo la incomparable destreza que sus mismas víctimas admiran. En el orden financiero tiende a acaparar los mercados con exclusión de toda competencia, a erigirse en regulador de una producción, a la cual pone precio, y a inducir a las pequeñas

naciones a contraer deudas que crean después conflictos, dan lugar a reclamaciones y preparan injerencias propicias a la extensión de la soberanía virtual.

En el orden exterior se erige en defensor de esos pueblos, obligando al mundo a aceptar su intervención para tratar con ellos y arrastrándolos en forma de satélites dentro de la curva de su rotación. En el orden interno propicia la difusión de cuanto acrece su prestigio, ayuda a las ambiciones de los hombres que favorecen su influencia y obstaculiza toda irradiación divergente, cerrando el paso de una manera perentoria a cuantos, más avisados o más patriotas, tratan de mantener incólume la nacionalidad.

Es en esta última zona de acción donde mejor podemos observar la maestría del imperialismo. La sutil intrusión en los asuntos privativos de cada pueblo ha invocado siempre, como es clásico, la paz, el progreso, la civilización y la cultura; pero sus móviles, procedimientos y resultados han sido a menudo la completa negación de esas premisas.

Aquí fomenta las tiranías, allá apoya las intentonas revolucionarias, erigiéndose siempre en conciliador o en árbitro, y empujando infatigablemente los acontecimientos hacia los dos fines que se propone: el primero, de orden moral, acrecentar la anarquía para fomentar el desprestigio del país, justificando intervenciones, y el segundo, de orden político, desembarazarse de los mandatarios reacios a la influencia dominadora, hasta encontrar el hombre débil, o de pocas luces, que por inexperiencia o apresuramiento será el auxiliar de la dominación.¹

1 *El destino de un continente*, Editorial Mundo Latino, Madrid, 1923.

PANAMERICANISMO Y LATINOAMERICANISMO

Los congresos panamericanos reposan sobre una ficción y un olvido voluntario de las realidades. Sabemos que hay dos Américas y que entre ellas no asoma ningún lazo común. El origen, el idioma y la religión son diferentes. ¿Cómo discutir en conjunto el porvenir de dos países, de dos razas, de dos civilizaciones? Obstinar-se en que los Estados Unidos y nuestras repúblicas tienen idéntico destino porque se desarrollan en un mismo continente, equivaldría a pensar que Francia y Alemania deben seguir una política única porque ambas son naciones europeas.

La proximidad, lejos de favorecer la paz, la dificulta, y el panamericanismo es el engaño más peligroso, el error más funesto y capital. En nombre de él elaboramos nuestra ruina y favorecemos los intereses de la nación que nos amenaza. ¿Cuáles han sido hasta ahora los beneficios? El hecho de agruparnos de tiempo en tiempo bajo la tutela de los yanquis no ha contribuido a resolver ninguno de los problemas que nos sitian. Antes bien, las manifestaciones reglamentadas desde Washington sólo han servido para subrayar nuestro papel de satélites.

Lejos de nosotros el pensamiento de criticar la recepción dispensada hace algún tiempo a Mr. Root en las diferentes capitales. Aunque algunas de éstas acentuaron las genuflexiones con un apresuramiento de pueblo chico, acordando aturdidamente a un secretario de Estado los honores de jefe de nación (¿cómo marcaríamos ahora la diferencia si nos visitara Mr. Taft?), conviene admitir que todo ello fue obra de nuestro carácter obsequioso. Otra vez seremos más protocolares.

Lejos también la idea de atribuir a impericia de nuestros hombres la responsabilidad del papel a que nos vimos reducidos. El talento

no basta en ciertos casos. Y el mal deriva de la falta de orientación general que nos consume. No tenemos, como los demás países, un plan común que amalgame los actos en vista de propósitos más o menos remotos. De aquí la falla de prosecución y el estado inseguro que disminuye nuestro prestigio.

Las susceptibilidades son, al fin de cuentas, secundarias. Lo que importa es la inclinación que pudo quedar en el ambiente detrás del humo de las demostraciones fáciles. Una vez apagadas las iluminaciones y muerto el rumor de las arengas imprecisas, los latinoamericanos trataron de desentrañar la esencia de lo que acababa de ocurrir.

Dos cosas saltaban a los ojos: el avance evidente de los Estados Unidos y la vaguedad de las frases dirigidas por el hombre que encarnaba la idea de los congresos panamericanos a los jefes de las diversas repúblicas. Basta recordar que a los vecinos del Norte no nos atan ni los lazos del intercambio ni las vías de comunicación, ni el idioma, ni los atavismos, ni las costumbres, ni las ambiciones, ni los ideales, para comprender cuán huecas, cuán antojadizas fueron las “comunidades de intereses” y las “identidades de porvenir” multiplicadas al descorchar cada botella de champaña. De toda esa retórica atrayente no quedan más que vanas suposiciones. Apuntemos la más verosímil.

Como la política yanqui no ha sido nunca una escuela de lirismo, parece evidente que algún fin práctico debió determinar la visita de Mr. Root. Y en la opinión de muchos, no pudo ser otro que el que condensó un célebre escritor español en la frase que transcribo textualmente: “Este diplomático parece una cañonera disfrazada de yacht de recreo que entra a sondear los ríos de la opinión sudamericana”. Bien sé que después de tantos entusiasmos la opinión tiene que desafinar un poco. Pero en tan graves asuntos incumbe a cada cual el deber de decir su pensamiento, sin atender a los comentarios o los ataques que con él pueda levantar.

El mejor modo de poner de manifiesto la independencia de que nos jactamos, es discutir al aire libre los asuntos que nos conciernen. Nada puede impedimos tratar estos tópicos con independencia y repetir que lo único que amenaza comprometer la suerte de las repúblicas de la América Latina es la intrusión de los Estados Unidos. La habilidad de que los gobernantes de esta nación vienen dando prueba desde hace tanto tiempo, podrá marear a los hombres, ganar las voluntades, desbaratar las resistencias y hasta extraviar la opinión. Pero el hecho es evidente y hay que proclamarlo cada vez que asoma una oportunidad.

El que estas líneas escribe tiene para insistir así sus razones. Ha estado en Cuba y ha palpado la desdeñosa superioridad con que el “Libertador” desgarraba el sueño de un pueblo que puede competir en heroísmo con los más altos ejemplos de la historia. Ha departido largamente en París con personalidades centroamericanas y aún oye el relato conmovedor de los sucesos de Panamá, donde una empresa financiera organizaba la revolución. Ha ido a México, en fin, y sabe que las tropas yanquis logran violar los límites para sofocar en territorio mexicano una huelga de obreros mexicanos cuando ésta puede perjudicar a los accionistas de Nueva York. Y en todas partes ha advertido los mismos proyectos ambiciosos y el mismo desdén hacia nuestras naciones.

Por eso es por lo que, desde tierra remota, con la serenidad del que ve las líneas a través del océano, no puede menos que gritar a su pueblo, a su raza, al conjunto de que forma parte y cuyas vicisitudes compartirá siempre, que no se deje seducir por vanas insinuaciones y que afirme su prescindencia entre Europa, que acaso nos tenga que defender de los Estados Unidos, y los Estados Unidos que, en un caso improbable, también pudieran defendernos de Europa. Nuestra táctica debe inspirarse en la que Francia siguió durante el último conflicto: ni con aquéllos ni con éstos.

Claro está que como demócrata soy partidario de la unión universal y confío en el advenimiento de una época feliz que reconcilie a los hombres bajo una misma bandera. Pero mientras se elabora la metamorfosis, tenemos el deber de defender la autonomía de nuestros grupos etnológicos, casi tanto para salvaguardar la independencia colectiva como para evitar la acumulación de los grandes imperios, que son la negación de la libertad. Por eso es por lo que en las luchas que se desencadenarán mañana entre las dos entidades —la del Norte engreída y ávida de expansión y la del Sur recelosa y cohesionada ante el peligro— no seremos nosotros los últimos en agitar la opinión gritando a los cuatro vientos que no debemos pensar en más solidaridades que las que impone la comunidad de origen y de historia entre los pueblos que ocupan la parte inferior de América.

Si los congresos panamericanos son estériles, los congresos latinoamericanos tienen que dejar gérmenes fecundos. En vez de ir a la zaga de los extraños en asambleas confusas que sólo tienden a mantener el prestigio de un tutor y a dar atmósfera a sus ambiciosos ímpetus, fortifiquemos nuestra simpatía de raza, multiplicando las conferencias internacionales dentro de la nacionalidad superior.

Nada de confundir los intereses con los del vecino, nada de discutir los asuntos bajo la presidencia injustificable de un maestro. Las repúblicas latinoamericanas no deben dejarse deslumbrar ni ensordecen por el tumulto del Norte. El punto de reunión y de mira está al Sur, en el centro mismo de nuestra tradición y nuestra cultura.

En las previsiones de la diplomacia, América Latina ocupa un lugar que todavía no está delimitado. Somos aún algo neutro, como lo prueba el detalle de que la conferencia de La Haya ha tardado mucho antes de incorporarnos a sus deliberaciones. Los prejuicios puestos en circulación por los que tienen interés en seguir hablando en nuestro nombre, colocan a la mayoría de las repúblicas al margen de la vida internacional, en una zona donde ni se les niega la personalidad ni se les reconoce tampoco.

Ese mismo aislamiento debiera contribuir a acercarnos en un congreso anual, donde discutiríamos el modo de dar a nuestra América una representación de conjunto, con ayuda de una política solidaria y armónica. La periodicidad de las reuniones permitiría conciliar los intereses forzosamente diversos, combinar medidas de utilidad común, prevenir los conflictos locales, difundir una conciencia continental y crear dentro de las fronteras ensanchadas, bajo la autoridad de las veinte repúblicas, un esbozo de tribunal de arbitraje encargado de solucionar todos los roces.

Se me dirá que tales asambleas degenerarían en instrumentos de dominación en manos de los más fuertes. Pero eso es poner en duda nuestra voluntad de vivir. Los que quisieran ensayar intrigas y encarar las cosas desde la oscuridad de su egoísmo, no sólo traicionarían la causa común, sino la propia, porque ningún país de la América del Sur está preparado para resistir aisladamente a los peligros futuros, y el que, cegado por los apetitos, quisiera sacrificar a los otros, sólo lograría precipitar su propia pérdida.

Además, hay que tener confianza en nuestras aptitudes para la vida libre. Si dejáramos entender que los congresos tienen que degenerar en tumultos siempre que sus deliberaciones no se hagan a la sombra del *big stick* de los Estados Unidos, daríamos razón a los que defienden las soluciones extremas. Pero no somos una muchedumbre suicida. Y no creo equivocarme si afirmo que esas reuniones escalonadas a lo largo de una década acabarían por establecer de nuevo la atracción molecular.

La urgencia de tales deliberaciones se hace sentir cada vez con mayor vigor. Algo nos dice a todos, desde el norte de México hasta

el estrecho de Magallanes, de un límite a otro de las comarcas donde triunfa el alma latina, que hay que coordinar el empuje y reunir el pensamiento de los países que se debaten en la sombra. Y algo que parece un estandarte hecho con todas las banderas empieza a flotar sobre los odios del continente fraccionado. Si los hombres que dominan faltan a su misión y persisten en prolongar el aislamiento que nos disminuye, fuerza será que el apóstrofe a los intereses supremos de la raza lo lancen las generaciones últimas.

Por más vivo que conserve el recuerdo de las querellas históricas, nadie puede dejar de sentir las brisas de fraternidad que nos inclinan los unos hacia los otros. El buen sentido exige los congresos latinoamericanos. Si no los abre el presente, los madurará el porvenir; si no los realizan los gobernantes, los reunirá la juventud.¹

1 *El porvenir de la América Española*, Prometeo, Valencia, 1910

RENUNCIA A UNA CANDIDATURA DEL PARTIDO SOCIALISTA

Muy estimado compañero:

Agradezco profundamente el honor que me hace el Centro Socialista de la circunscripción 20 al elegirme como candidato para las próximas elecciones legislativas, y aprecio en lo que vale la nueva prueba de estimación que me dan los correligionarios. Enemigo de la injusticia social, estoy dispuesto a ser útil al proletariado en todas las circunstancias, pero por razones que voy a exponer sucintamente, me veo obligado a rogar a ustedes que renuncien a sostener mi candidatura.

Cuando un hombre nacido dentro de la burguesía se apercibe de que son abusivos los privilegios de su clase, y comprendiendo los dolores de la masa popular va hacia ella, atraído por un gran ideal de reparación y de concordia igualitaria, debe hacerlo como simple soldado, y no como jefe.

Al renunciar a los beneficios que le procura una organización social caprichosa, renuncia también al privilegio de gobernar y vuelve a entrar en las filas.

Si conservase, aunque de una manera indirecta, sus prerrogativas de clase, y siguiese siendo director en el nuevo medio elegido por él, los malintencionados podrían hacerle el reproche de que su conversión no fue leal y de que la consumó con el fin ambicioso de apoderarse de una fuerza inexplorada y abrirse ruta al abrigo de la competencia.

Además, los obreros deben defenderse de la excesiva bondad que les mueve a colmar de favores a los recién llegados y a seguir confiando sistemáticamente la dirección de sus asuntos a hombres nacidos fuera de su clase social, cuando ya tienen ellos la preparación y la responsabilidad necesaria para conocer sus exigencias y traducirlas.

El socialismo sería una ficción si, bajo otro nombre y con modificaciones de lenguaje, el poder y la influencia siguieran en manos de una minoría, y si, con pretexto de aptitud, continuaran presidiendo los mismos.

Claro está que se hallan más preparados para gobernar los que han gobernado siempre; pero si el proletariado abriga el propósito irreductible de emanciparse, sólo lo conseguirá afrontando al fin la responsabilidad de conducir sus propios asuntos.

Bien sé que hay hombres valiosos por su habilidad y su resolución, y desde aquí aplaudo y sostengo sus candidaturas. Pero al lado de esos intelectuales, deben figurar algunos proletarios, iniciando así su aprendizaje político.

Mi deseo sería que nuestra circunscripción fuese representada en la Cámara por un obrero que, sencillamente, con la fresca audacia de la sinceridad, revelase a los pudientes los sufrimientos y las aspiraciones de sus compañeros.

Los desertores de la burguesía no deben ser el lujo del partido, sino sus servidores más humildes, y yo tengo placer y orgullo en ceder el puesto de honor a uno de esos héroes de la labor diaria.

Como escritor y como ciudadano, he dicho cuanto he podido en favor de la causa que creo justa; pero cumplir con un deber no es hacerse acreedor a una recompensa.

Cuando haya una dificultad que vencer, una opinión que dar, una fatiga, un conflicto, acuérdense ustedes de mí; pero olvídenme en los honores.

Convencido de que el escritor debe ser un ciudadano, continuaré difundiendo en mis crónicas, en mis libros, en mi labor tenaz de publicista y de poeta nuestro alto programa de transformación social, y difundiendo las verdades que deben hacer de nuestra vida torpe el alegre jardín de todos los sueños. Aunque pueda parecer ambicioso, sólo aspiro a una alta recompensa: ver en torno menos desigualdad y menos injusticias dolorosas.

Sea usted, mi estimado compañero, el intérprete de mis sentimientos de fraternidad social, y diga a los amigos de la circunscripción que les acompaño en sus luchas, y que dispongan de mí en cuanto pueda serles útil.¹

1 De *El arte y la democracia*, Sempere, Valencia, 1909.

LA GUERRA DE INDEPENDENCIA FUE UNA GUERRA CIVIL

Al llegar a esta ciudad, cuyos progresos rivalizan con las improvisaciones de mi América, al respirar un ambiente donde el espíritu hispano ha sabido reaccionar contra todos los desfallecimientos, al hallarme en contacto con el cuerpo y con el alma de la capital febril donde los barrios parecen crecer espontáneamente como brotes de la tierra, donde se multiplica la producción bajo el humo espeso de las fábricas y donde, al conjuro de la confianza en las propias fuerzas, ha surgido maravillosamente todo un mundo, lejos de sentirme inclinado a evocar glorias antiguas, como se creen obligados a hacerlo cuantos hablan de España en este siglo, experimento el entusiasmo de las realidades modernas, la alegría de los triunfos actuales, y no puedo contener la impaciencia de saludar con el corazón y con la palabra, no sólo a los hombres resueltos que al implantar una industria han abierto un horizonte a su país y a su raza, sino a la masa modesta y anónima, a las muchedumbres obreras, a las clases más numerosas de la población, que han hecho posible con su sangre, con su esfuerzo y con su sacrificio, la trepidación enorme que da a la ciudad el aspecto que nos asombra.

Cuando la Sociedad de Estudios Americanistas me pidió que viniese a Barcelona a dar una conferencia sobre la emancipación americana, confieso que dudé antes de aceptar. Claro está que nada podía ser más honroso y halagüeño, claro está que la perspectiva de volver a encontrarme con el público que aprendí a conocer hace cinco años en el Ateneo, tenía que serme particularmente simpática.

Pero ante mí se abría el dilema más premioso. Había que elegir entre dos actitudes. O hacer un discurso imperioso y grandilocuente, fomentando así la atmósfera falsa que nos marea, o descubrir toda la

áspera y fecunda realidad, hiriendo, allá y aquí, algunas fibras vibrantes, pero poniendo a salvo los derechos superiores de la conciencia.

Me bastó recordar el carácter del pueblo catalán para elegir lo último. En este centro de trabajo y de lucha, donde cada hombre sabe el valor de los gestos y de las palabras, tiene que ser posible renunciar a los convencionalismos.

Nuestra raza —y al decir nuestra raza, me parece abarcar a España y a América en un calificativo común—, nuestra raza está cansada de que la adulen. En su instinto oscuro, en su conciencia profunda, comprende su estado actual, mide las consecuencias de sus fracasos, abarca las perspectivas del porvenir y, levantada por su orgullo, disminuida, pero humillada no, prefiere las duras advertencias que la lastiman a los elogios vanos que parecen agrandar la distancia entre lo que somos actualmente y lo que esperamos volver a ser.

El centenario de la independencia argentina es una fecha que se presta a profundas reflexiones sobre el estado presente y sobre los destinos del conjunto. La chispa desprendida de España se ha transformado, del otro lado del mar, en una gran nación próspera y triunfante que avanza, a grandes pasos, hacia un porvenir grandioso. Pero, dado el número reducido de sus habitantes, dado su volumen de hoy, su acción mundial depende, en cierto modo, de la suerte de los países afines, y no es posible hablar de sus destinos sin hablar de todos los pueblos que en el Nuevo y en el Viejo Continente se expresan en español.

Además, España y América no forman para mí dos entidades distintas. Forman un solo bloque agrietado. De aquí que entre resueltamente en materia, aceptando en común, con los de este lado y con los del otro lado del mar, todas las glorias y todos los pecados de la raza.

Si examinamos el fondo de los acontecimientos que se desarrollaron hace un siglo, comprenderemos que el movimiento de la independencia sólo fue un gesto regional, como el que pudiera hacer aquí mañana una provincia. Los españoles de la Nueva España se sintieron sacrificados a los de la España Madre. Una parte de la nación juzgó excesivos los privilegios de la otra. Estalló un conflicto de intereses y de esperanzas. Pero no hubo choque entre dos organismos. Ninguna fuerza puede ir contra sí misma, ningún hombre logra insurreccionarse completamente contra su mentalidad y sus atavismos, ningún grupo consigue renunciar de pronto a su personalidad para improvisarse otra nueva.

Españoles fueron los habitantes de los primeros virreinos y españoles siguieron siendo los que se lanzaron a la revuelta. Si al calor de la lucha surgieron nuevos proyectos, si las quejas se transformaron en intimidaciones, si el movimiento cobró un empuje definitivo y radical fue a causa de la inflexibilidad de la metrópoli. Pero en ningún caso se puede decir que América se emancipó de España. Se emancipó del estancamiento y de las ideas retrógradas que impedían el libre desarrollo de su vitalidad.

El grito que partió en 1810 de Buenos Aires y de Caracas y que determinó el incendio formidable de un continente, es una prueba del empuje de nuestro conjunto, que, en los momentos difíciles, cuando siente que el aire le falta, sabe sacar de su fondo más secreto una rebelión de vida. Yo no soy un patriota profesional; pero Gerona y Zaragoza aquí y, en 1807, durante las invasiones inglesas, Buenos Aires y Montevideo allá, han mostrado las reservas de energía que llevamos dentro. La insurrección americana nació de un ímpetu como éste.

Las colonias que se ahogan bajo el peso de las prohibiciones tenían la noción de su grandeza futura y para no morir se sublevaron. Pero repito que el movimiento no fue un ataque a España. ¿Cómo iban a atacar a España los mismos que en beneficio de España habían defendido algunos años antes las colonias contra la arremetida de Inglaterra? ¿Cómo iban a atacar España los que, al arrojar del Río de la Plata a los doce mil hombres del general Whiteloke, habían firmado con su sangre el compromiso de mantener la lengua, las costumbres y la civilización de sus antepasados?

Recordemos la confusión que provocó en el Nuevo Mundo, en aquellas épocas en que las comunicaciones llegaban con largos meses de atraso, deformadas y aumentadas por la distancia, la noticia de los sucesos que se desarrollaban en la Península. Cuando se supo que Fernando VII había abdicado y que los ejércitos de Napoleón estrangulaban a la metrópoli, hubo en las Indias un remolino de conciencias. Unos pensaban que las colonias debían seguir la suerte de España y que si ésta caía en poder de los franceses, ellas debían someterse también. Otros juzgaron que América había recibido el legado de la civilización hispana y que debía ponerlo a cubierto, rompiendo con el intruso, salvando el alma de la raza y haciendo revivir en la tierra nueva lo que parecía estar a punto de perecer aquí.

Así nació la revolución. Hidalgo la encabeza en México al grito de: ¡Viva Fernando VII!; en Venezuela el pueblo maltrata a los comisionados que vienen a anunciarle el advenimiento del nuevo estado

de cosas; la Junta Provisoria de Bogotá abre suscripciones en todo el país para ayudar al gobierno español en su lucha contra el invasor; y de un extremo a otro de los virreinos, sube una ola de cólera contra el César que quería subyugar al mundo.

Si se hubiera tratado de una lucha entre peninsulares y americanos, no habría habido tantos españoles que, como el marqués de Selva Alegre y el padre Castañeda, encabezaran la insurrección, ni tantos criollos que, como el general Goyeneche, la combatieran. Lo que estaba en lucha era el espíritu oficial y el instinto popular; de un lado el sometimiento a las jurisdicciones y del otro la imborrable fidelidad a las ideas.

La revolución se hizo, en resumen, con los hombres y con la cultura de España.

¿Dónde, sino en la Península, cuya tradición continuaba, había descubierto Bolívar el secreto de sus frases llenas de verdades, que subían serenamente en la atmósfera y se abrían en abanico como una bandada de águilas? ¿Dónde había aprendido San Martín la ciencia militar y el ímpetu heroico que le permitía vencer los imposibles, sino en las propias filas del ejército de España, en las cuales había combatido contra los ejércitos de Napoleón? ¿Y de dónde sacaba el pueblo las altiveces, las discordias y las rivalidades que arremolinaron la marcha de la revolución, sino de las raíces mismas de nuestra común historia, de las luchas que desgarraron a los conquistadores, de la tradición violenta y levantisca del conjunto?

La revolución sudamericana era un resultado de los orígenes. Era nuestra raza entera con todas sus llagas, con todas sus grandezas, con su espíritu complejo y atormentado, que daba en la tierra nueva, ante horizontes salvajes, bajo otro clima, en territorios más amplios, la medida de su valor, de su indisciplina, de su lirismo y de su demencia.

¡Ah! Mi noble y contradictoria España, en las luchas de la independencia y en las guerras civiles que siguieron después, en el medio siglo de desorden que fue como la expiación de la herida necesaria que te habíamos inferido, aparecías toda entera, con tu espíritu apasionado y desigual, con tus ímpetus y con tus caídas, con tu oscurantismo y con tus rebeliones, con tu cara negra y con tu cara roja, como si por inconcebible sortilegio, se reflejara un continente en otro y hubiera dos Españas, desgarradas al mismo tiempo por la lucha de un pueblo reformador y democrático contra la oligarquía pretenciosa y tiránica.

Esa era la única división que por entonces existía: la división entre dos concepciones diferentes. Unos vivían con las ideas modernas, otros con los prejuicios viejos. Y esa demarcación se hacía sentir igualmente en España y en las colonias. En las alturas predominaba el autoritarismo. En la masa fermentaban las ideas democráticas. Si el movimiento de protesta contra los virreyes cobró tal colosal empuje, fue porque la mayoría de los americanos ansiaba obtener las libertades económicas, políticas, religiosas y sociales que un gobierno profundamente conservador negaba a todos, no sólo a las colonias, sino a la misma España.

Los que pedían allá un régimen colonial más amplio, se alzaban contra la misma fuerza opresora que combatían aquí los que reclamaban una constitución. La revuelta fue un paso dado hacia las ideas liberales y democráticas que defendían en España muchos patriotas ilustres. Y lo que se reflejó, agrandado por la distancia en el nuevo mundo, lo que se encarnó en dos símbolos, el virrey y el comerciante, el pesado engranaje administrativo y las ágiles fuerzas productoras, fue la rajadura que dividía a la raza en dos porciones antagónicas. No nos levantamos contra España, sino a favor de ella y contra el grupo retardatario que en uno y en otro hemisferio nos impedía vivir.

Una España liberal y democrática a la manera de Inglaterra, hubiera retardado en algunos puntos y evitado quizá completamente en otros la separación. Pero, ¿qué podían hacer en favor de la concordia los capitanes y los funcionarios a la antigua, que cuando derrotaban a los insurrectos y recuperaban un territorio, restablecían como en Nueva Granada, en 1816, la Inquisición y mandaban quemar todos los libros que no estuvieran escritos en español o latín? ¿Qué podían hacer en favor de la unión los que destruían, como en Chile, en 1812, todo lo que llevaba la marca de las ideas nuevas, bibliotecas, colegios, instituciones científicas, juzgando acaso que el terror y la sombra era lo único que podía mantener la obediencia de los pueblos?

Si examinamos bien los hechos comprendemos que la insurrección no fue al principio un grito de libertad, sino un movimiento político como el que estalló en España casi simultáneamente. El primer acto de la Junta de Buenos Aires es decretar la creación de una biblioteca; la de Chile proclama la libertad de imprenta y apunta la necesidad de abrir colegios en todo el territorio; la de Venezuela suprime los impuestos fiscales, crea una escuela de matemáticas, prohíbe la introducción de esclavos, proclama la libertad de comercio y la América toda parece vibrar en un ímpetu hacia la igualdad y hacia la justicia.

Todo esto sin contar con que los hombres de ideas avanzadas de aquí y los de allá se tendían la mano en aquel tiempo, como ahora, por encima de las divisiones artificiales, como lo prueba el hecho de que fueran españoles recién llegados de la metrópoli, españoles procesados en España y expulsados de ella a causa de sus ideas republicanas, los que intentaron en Venezuela, en 1796, el primer levantamiento revolucionario y como lo prueba el hecho de que los insurrectos americanos que estaban en las cárceles de Cádiz fueron puestos en libertad, en gesto grandioso de solidaridad fraterna, por los españoles que, como Riego, reclamaban la Constitución de 1812.

Los que combatían el movimiento regional americano eran también enemigos de la reforma interior de España, como el virrey Sámano, que se negó a jurar en Caracas la nueva constitución; y los que se alzaban contra el gobierno de España simpatizaban con los insurrectos americanos, como las tropas que en vez de partir a someterlos se sublevaron, a su vez, pidiendo reformas nacionales.

Eran dos concepciones en lucha. A la revolución americana correspondía la revolución española y con las naturales modificaciones que implica un movimiento tan vasto, la larga y sangrienta guerra que marca una de las páginas más tristes de nuestra historia, la guerra odiosa siempre, y más odiosa aun en aquel caso, sólo puso frente a frente las dos fuerzas seculares que aún continúan en lucha: el Minotauro del absolutismo y el Hércules de la libertad.

Claro está que no olvido las divergencias y las incompatibilidades que asoman entre los dos grandes grupos separados por la distancia y por el mar. Desconocerlas sería negar las certidumbres históricas y las verdades más visibles. El español de las colonias miraba con enojo la arrogancia del español de la metrópoli. El español de la metrópoli veía con desdén las mezclas y las promiscuidades del español de las colonias. El elemento indígena representaba un factor nuevo con el cual había de contar también. Algunos virreinos, cuya prosperidad aumentaba a pesar de todas las restricciones, empezaban a descubrirse músculos de nación. Pero, aunque en todas las partes apuntaba, más o menos franco, más o menos visible, el empuje, extraño a la voluntad de los hombres, que nos llevó a la independencia, en ninguna había cesado de latir la emoción y el pensamiento de España.

Tampoco olvido la influencia poderosa que ejerció la Revolución Francesa. El estallido de 1789 había difundido una inusitada efervescencia en el mundo y tenía que determinar en América también una ebullición cerebral. Pero, privadas como estaban las colonias de todo

intercambio material e intelectual con las naciones reformadoras, las doctrinas democráticas no pudieron ir siempre directamente hasta ellas. Los jirones que llegaron antes de la emancipación, llegaron por intermedio de los que simpatizaban en España con la renovación grandiosa que debía cambiar la faz del mundo. Y si después de rotos los lazos, al abrir las puertas, entró a los virreinos confusamente y en una sola vez toda la audacia de Europa, no se borró por ello la marca del origen, como lo prueban las pasiones y las debilidades que asoman a través de los progresos de hoy.

Al llegar a este punto, séame permitido recordar, especialmente a los argentinos, que no estamos aquí para asombrarnos de la altura a que hemos subido, sino para preguntarnos por qué no hemos subido más aún. Toda admiración incondicional es un peligro para una nación, y yo quiero suficientemente a América para comprender que al lado de los hechos que la enaltecen, al lado de los triunfos de que nos enorgullecemos todos, asoman los errores que han impedido la victoria total. La independencia no es dogma; es un acontecimiento humano que tiene sus cosas buenas y sus cosas malas y que debe estimular nuestra costumbre de examinarlo y discutirlo todo.

Nada me sería más fácil que trazar un cuadro esplendoroso de la metamorfosis que se ha operado en las antiguas colonias. Las inclinaciones de nuestro carácter nos llevan generalmente a amplificar lo que nos halaga, a dejar en la sombra lo que nos disgusta y a modificar casi inconscientemente los hechos para apagar las inquietudes secretas y dar libre campo al orgullo nacional. Pero yo creo que el mayor homenaje que se le puede hacer a un país es el homenaje a la verdad. Y al lamentar el desorden de nuestros mejores años, al condenar las rivalidades que nos dividieron, y nos dividen, no haré más que seguir en parte las huellas de hombres que tenían una extraña autoridad para escribir la historia, porque eran en cierto modo, historia ellos mismos.

Claro está que si consideramos aisladamente a la Argentina y a algunas otras repúblicas que se hallan en pleno milagro de prosperidad, la independencia es una victoria de la sangre hispana. Rara vez se ha visto una improvisación tan maravillosa como la que ha hecho surgir esa portentosa fuente de la riqueza. Pero desde el punto de vista de la grandeza y la vitalidad de la raza, olvidando los detalles para abarcar el conjunto, ¿se puede decir que el movimiento separatista ha sido en todas partes un bien?

Yo contesto rotundamente que no.

No podemos regocijarnos completamente de una emancipación que ha puesto en peligro el predominio de nuestra lengua en las Antillas, que nos ha hecho perder en México cuatro millones de kilómetros cuadrados, que pone hoy en tela de juicio la suerte de toda la América central y que multiplicando el desmigajamiento de los antiguos virreinos en repúblicas a menudo minúsculas e indefensas, ha venido a sembrar el porvenir de imposibilidades históricas.

Contemplemos con la imaginación el mapa de América. Al norte bullen cien millones de anglosajones febriles e imperialistas, reunidos dentro de la armonía más perfecta en una nación única; al sur se agitan ochenta millones de hispanoamericanos de cultura y actividad desigual, divididos en veinte repúblicas que en muchos casos se ignoran o se combaten.

Cada día que pasa marca un triunfo de los del norte. Cada día que pasa registra una derrota de los del sur. Es una avalancha que se precipita. Las ciudades fundadas por nuestra raza, con sus nombres españoles y con sus recuerdos de la conquista, de la colonia o de la libertad, van quedando paulatinamente del otro lado de la frontera en marcha. San Francisco, Los Angeles, Sacramento, Santa Fe, están diciendo a gritos el origen. El Canal de Panamá y los últimos sucesos de Nicaragua, anuncian nuevos atentados. Nadie puede prever ante qué río o ante qué montaña se detendrá el avance de la nación que aspira a unificar el nuevo mundo bajo su bandera. Y la emancipación soñada, la resplandeciente hipótesis de la libertad de todas las colonias, va resultando un instrumento de dominación que precipita la pérdida de muchos.

Lejos de mí la fantasía de lamentar la independencia. La historia no se llora, ni se modifica. Cuando depende de nosotros, se hace. Cuando nos viene de otras generaciones, se soporta y se corrige en la medida de nuestras fuerzas. El pesimismo es la enfermedad de los débiles; pero, ¿qué son nuestras repúblicas de uno o de seis millones de habitantes ante la masa enorme de la nación más productora, más audaz y más progresiva que existe hoy en el mundo? ¿Qué valen las vanas y prematuras divisiones que queremos multiplicar dentro de la América española, ante el peligro seguro que entraña para todos el avance de un pueblo que, aun en los países que se hallan momentáneamente al abrigo a causa de la distancia, aun en ese extremo sur del cual nos enorgullecemos con razón, nos perjudica en el porvenir y nos hiere en la marcha armónica de nuestro bloque moral?

Supongamos que la América de origen español es un hombre. Cada república es un miembro, una articulación, una parte de él. La

Argentina es una mano. La América central es un pie. Yo no digo que porque se corte un pie deje de funcionar la mano. Pero afirmo que después de la amputación el hombre se hallará menos ágil y que la mano misma, a pesar de no haber sido tocada, se sentirá disminuida con la ausencia de un miembro necesario para el equilibrio y la integridad del cuerpo. Una nación conquistadora nos puede ahogar sin contacto. Si le cortan al hombre el otro pie, si le apagan los ojos, si anulan sus recursos más eficaces, si lo reducen a un pobre tronco que se arrastra, ¿para qué servirá la mano indemne, sino para tenderla al transeúnte pidiendo la limosna de la libertad?

Entre las naciones existe también lo que podríamos llamar un proletariado. Para comprenderlo, basta recordar el caso de Polonia, desmembrada por los apetitos de las grandes potencias; basta rememorar la guerra del Transwaal, durante la cual vimos caer al débil bajo la rodilla del poderoso; y basta contemplar actualmente la situación de la India, donde trescientos millones de hombres sufren, se debaten y mueren sin lograr sacudir el yugo de Inglaterra. La existencia de los pueblos, como la existencia de los individuos, está sembrada de odiosas injusticias. Así como en la vida nacional hay clases que poseen los medios de producción, en la vida internacional hay naciones que esgrimen los medios de dominación, es decir, la fuerza económica y militar, que se sobrepone al derecho y nos convierte en vasallos.

Y como nosotros no podemos ser cómplices de los piratas de la humanidad, como por más urgentes que sean los problemas interiores no podemos olvidar las acechanzas que ponen en peligro la existencia de nuestro conjunto, como la libertad, que es el derecho de disponer de sí mismo, tiene que ser reconocida igualmente a los hombres y a las colectividades, entiendo que en nuestras preocupaciones debe entrar la resistencia a los potentados de adentro y a los potentados de afuera, y que, si en el orden nacional combatimos a los que acumulan su fortuna con el sacrificio y con el hambre de los pobres, en el orden internacional tenemos que ser enemigos de los imperios, que engordan con la esclavitud de las naciones indefensas.

Cuando el canal de Panamá entregue a la actividad norteamericana todo el comercio del Pacífico, cuando el ferrocarril intercontinental que debe atravesar la América española de norte a sur derrame sobre aquellos territorios la producción, las costumbres y la lengua de una nación extraña, cuando los Estados Unidos se inclinen a recoger lo que hemos sembrado en tantos años de esfuerzo, entonces, recién

entonces, sentiremos en toda su intensidad viviente la atracción salvadora de la raza, entonces, recién entonces, comprenderemos la solemnidad del instante por el que atravesamos hoy.

Las divisiones y las guerras civiles nos han imposibilitado en muchos puntos para desarrollar una acción verdaderamente fecunda, y —ya he dicho que voy a formular verdades severas— no somos ante el bloque anglosajón más que un nacimiento desigual, donde existen maravillosos centros prósperos y lamentables llanuras abandonadas, que obedecen a las leyes y gobiernos distintos, en una confusión favorable a todas las hecatombes.

Pero los pueblos tienen que estar siempre a la altura de los conflictos que los cercan. La dificultad debe centuplicar el empuje. Y el peligro que evocamos en este día para romper con los engreimientos prematuros, el peligro que compromete no sólo el porvenir de la América española sino el desarrollo de la raza entera, cuyos destinos son solidarios, no es un peligro irremediable. En nuestras manos está evitarlo. En el fondo de la democracia existen las energías para rehacer el porvenir.

Yo no he creído nunca que nuestra raza sea menos capaz que las otras. Así como no hay clases superiores y clases inferiores, sino hombres que por su situación pecuniaria han podido instruirse y depurarse y hombres que no han tenido tiempo de pensar en ello, ocupados como están en la ruda lucha por la existencia; no hay tampoco razas superiores e inferiores, sino grupos que por las circunstancias particulares en que se desenvolvieron han alcanzado mayor volumen, y grupos que, ceñidos por una atmósfera hostil, no han podido sacar a la superficie toda la savia que tienen dentro.

El hecho de que los norteamericanos, cuya emancipación de Inglaterra coincide casi con la de las antiguas colonias españolas, hayan alcanzado en el mismo tiempo, en parecido territorio y bajo idéntico régimen, el desarrollo inverosímil que contrasta con el desgano de buena parte de América, no se explica a mi juicio ni por la mezcla indígena, ni por los atavismos de raza que se complacen en invocar algunos, arrojando sobre los muertos la responsabilidad de los propios fracasos. La desigualdad que advertimos entre la mitad del continente donde se habla inglés y la mitad donde se habla español, deriva de dos causas evidentes.

Primero, las divisiones. Mientras las colonias que se separaron de Inglaterra se unieron en un grupo estrecho y formaron una sola nación, los virreinos o capitánías generales que se alejaron de

España no sólo se organizaron separadamente, no sólo convirtieron en fronteras nacionales lo que eran simples divisiones administrativas, sino que las multiplicaron después, al influjo de los hombres pequeños que necesitaban patrias chicas para poder dominar. El contraste entre los dos grupos no puede ser más completo. Los cien millones de hombres que viven en las trece jurisdicciones coloniales que se independizaron de Inglaterra tienen, desde el punto de vista nacional, una sola voluntad y un solo fin. Los ochenta millones que viven en las ocho jurisdicciones que se segregaron de España forman veinte repúblicas distintas y tienen, por lo tanto, veinte voluntades y veinte fines antagónicos.

La segunda causa de esta desigualdad es la orientación filosófica y las costumbres políticas que han predominado en el grupo. Mientras los Estados Unidos adoptaban los principios filosóficos y las formas de civilización más recientes, las repúblicas hispanoamericanas, desvanecido el empuje de los que determinaron la independencia, volvieron a caer en lo que tanto habían reprochado a la metrópoli. Aquí el autoritarismo, allá la teocracia, en todas partes hubo una ligadura que detuvo la libre circulación de la sangre. Una oligarquía temerosa y egoísta se apoderó de las riendas del gobierno en la mayor parte de los Estados. Y como un pueblo sólo puede desarrollarse integralmente dentro del libre pensamiento y dentro de la democracia, como sólo en las ideas modernas y en los actos emancipadores está el secreto de las grandes victorias colectivas, las repúblicas hispanoamericanas, que no supieron vencer o moderar a tiempo su orientación errónea, se han dejado adelantar por la república anglosajona que, aligerada de todas las supersticiones, avanza resueltamente hacia el porvenir.

Pero repito que el hombre puede modificarlo todo. La vida depende de nosotros. Son nuestros músculos intelectuales y morales los que forman la historia. No avanzamos al azar en un carro sin riendas cuyos caballos, desbocados, nos arrastran a su capricho. Somos dueños de nuestra acción colectiva. Nuestra voluntad es el eje del mundo en que nos movemos. Y, si existe bien arraigada la idea de evolucionar, si vemos hervir dentro de nosotros una sinceridad, una convicción y una fe profundas en el progreso, si nos sentimos levantados por una de esas grandes olas históricas que, al subir, se hielan, a veces, y se convierten en pedestal de una generación, no cabe duda de que podemos hacer brotar de nuevo, de nuestras propias entrañas, el ímpetu esplendoroso que no tuvo rival en otros tiempos.

II | La guerra de independencia fue una guerra civil

Pero ello sólo florecerá a condición de que sepamos claramente lo que nos falta y lo que nos sobra. Hay que modificar muchas ideas corrientes.

Recordemos que el obrero, que el asalariado, que el hombre que alquila sus músculos o su inteligencia a los que poseen el dinero, no es una simple herramienta que se arroja después de conseguir lo que se apetece, no es un útil de carne cuyas funciones se limitan a favorecer el triunfo de los otros, sino un organismo completo y viviente que, desde el punto de vista humano, tiene necesidades, pasiones, ensueños y esperanzas, y que, desde el punto de vista económico, es el elemento creador, el verdadero dueño de todas las riquezas que nos circundan.

Estrechemos cada vez más los lazos que nos unen porque, así como los americanos no podríamos ver a España en peligro, sin sentir que peligraba con ella nuestro origen y el manantial de nuestra vida, los españoles no pueden ver comprometido el porvenir de América, sin asistir a la muerte de sus más íntimos deseos, de sus nuevas encarnaciones y de su prolongación histórica.

Reprobemos la violencia de los que recurren a la persecución y a la matanza para acallar las reclamaciones populares, cavando así un abismo en medio del país y comprometiendo el desarrollo del conjunto al crear, dentro de las propias fronteras, dos naciones antagónicas.

Multipliquemos las iniciativas, pongamos en juego todos los resortes de nuestra actividad y nuestro ingenio, modifiquemos el andamiaje carcomido de nuestras costumbres, seamos ágiles y emprendedores y llevemos al grado máximo el desarrollo y la riqueza nacional, convencidos de que el bienestar del pueblo deriva del adelanto general, y de que sólo puede existir un proletariado capaz de hacer valer sus reivindicaciones en una nación próspera, respetada y triunfante.

Vigoricemos nuestro empuje, rivalicemos con los más altos en las luchas modernas de desarrollo y de vitalidad. Una nación no puede vivir de sus recuerdos heroicos, ni de sus aptitudes para el arte o para la elocuencia. Es necesario tener vida actual, industrias florecientes, riqueza desbordante, fuerza aplicable al siglo en que vivimos. Hay que competir en acción práctica con nuestros adversarios a los cuales no es posible vencer con personajes de leyenda, con pinceles o con lirás. Claro está que una nación sin arte y sin ideal es una nación sin alma. Pero en nuestras épocas rudas y especulativas,

¿qué logran conseguir el arte y el ideal, sin una base de prosperidades materiales que sostengan y preserven lo que sólo puede ser cúpula y complemento de una civilización?

Iluminemos los cerebros y las conciencias, difundamos la educación y el saber en todas sus formas para suscitar hombres nuevos y para acabar con las supersticiones, que son anacronismos, en una época en que, después de haber vencido la distancia, empieza a apoderarse el hombre del espacio y a forzar los límites de lo desconocido.

Seamos todos los días más dueños de nosotros mismos, tengamos la confianza y la voluntad de vencer y trabajemos incansablemente en favor de la grandeza hispanoamericana, no sólo desde el punto de vista intelectual y moral, no sólo considerada como tema de discurso y ampliaciones, sino en lo que ella puede tener de tangible y práctico, dando tregua en el Nuevo Mundo y aquí a las pasiones minúsculas para edificar al fin, sobre el futuro, sentando así las bases de la democracia ideal.

La vida nos demuestra que el triunfo o la derrota no dependen de las circunstancias extrañas, sino de nosotros mismos. En el tiempo y en la historia no existen las loterías. No hay guerras desgraciadas, ni banderas sin suerte; lo que hay son pueblos preparados y pueblos analfabetos, gobiernos previsores y gobiernos incapaces, conjuntos bien organizados y multitudes dispersas.

No digo que para robustecernos volvamos a reconstruir el grupo que formábamos antes. La independencia de las antiguas colonias, aun de aquellas que se han separado hace poco de España, es un hecho irrevocable sobre el cual no es posible volver. Tampoco insinúo una corriente insensata hacia bélicos ardores. Las rivalidades y las luchas por la expansión industrial, intelectual y lingüística son más terribles y más mortales que todos los choques sangrientos.

Lo que creo indispensable es que nuestra raza se fortifique, cobre el volumen, se levante, y rivalice con las mejores en todos los órdenes de actividad, no para preparar la guerra, sino para asegurar la paz, no para intentar preeminencias, sino para evitar humillaciones, no para imponer su voluntad a los otros pueblos, sino para impedir que los otros pueblos le impongan a ella la suya, en estas terribles colisiones silenciosas de la política de nuestro siglo.

Reunidos en dos grandes grupos, independientes entre sí pero solidarios, refundidos allá en una sola coordinación, renovados aquí por la democracia y por el libre pensamiento, podemos ascender paralelamente hasta las cimas más altas, reconquistando así el

vigor necesario para defender nuestras costumbres y para tener a raya la presión de los otros grupos, hasta que lleguen las épocas de la fraternidad definitiva y podamos entregar intacta nuestra contribución de pensamiento y de gloria, en el instante supremo de la fusión universal.

En este día que recuerda un hecho memorable de nuestra historia, un saludo a Cristóbal Colón es un saludo a España, y un estrecho abrazo de todos los pueblos que se expresan en su idioma. Por eso quiero terminar evocando esa gran sombra para que, domando otra vez las olas tumultuosas que mecieron las sublimes carabelas, zarpe esta noche del puerto de Palos el recuerdo del gran almirante y para que, después de reconciliar a los pueblos de Sudamérica, después de restablecer allá la noble comunión de los orígenes, se vuelva resueltamente hacia España, y, con la autoridad del que figura entre los hombres más grandes de la historia, tendiendo un puente de concordia con los dos brazos extendidos, como si tocara ambos continentes con los dedos, empuje la marcha armónica de las dos grandes fracciones de la raza, hacia la fecunda labor que nos espera.

Si sabemos ser modernos, el porvenir nos pertenece.¹

1 Conferencia pronunciada en el Ayuntamiento de Barcelona el 25 de mayo de 1910. (De *Mi campaña hispanoamericana*, Editorial Cervantes, Barcelona, 1922)

LOS PUEBLOS DEL SUR ANTE EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO

Mi más vivo deseo, mi aspiración más honda, habría sido poder hablar aquí en inglés, para ser comprendido por el mayor número posible de personas. Desgraciadamente me veo obligado a decir mis argumentos y a exponer mis ideas en nuestro buen español sonoro y quijotesco, que se presta, por otra parte, a maravilla para semejantes aventuras. Para los oyentes que sólo entienden inglés se ha hecho traducir e imprimir la conferencia en los folletos que todos han tenido oportunidad de reclamar en la entrada y cada cual puede seguir en ellos las gradaciones de la doctrina que vamos a desarrollar. Además, es bueno también que los latinoamericanos confirmen su nacionalidad, defendiendo su lengua y rompiendo con la debilidad que les ha llevado hasta ahora a inclinarse y a someterse a los idiomas extranjeros, desdeñando injustamente uno de sus más valiosos patrimonios.

De más está decir que esto no significa que yo venga a hablar aquí como adversario de un pueblo. Vengo a hablar como adversario de una política. El sólo hecho de haberme presentado a gritar mis verdades desde tan enorme metrópoli, indica que tengo amplia confianza y completa fe en el buen sentido y en la honradez fundamental de este admirable país que, ocupado en su labor productora y benéfica, no sabe el uso que se está haciendo de su fuerza en las comarcas limítrofes, no sabe que está levantando las más agrias antipatías en el resto del Nuevo Mundo, no sabe la injusticia que se está cometiendo en su nombre, no sabe, en fin, que sin que él lo sospeche, por obra de los políticos expeditivos y ambiciosos, se está abriendo en América una era de hostilidad, un antagonismo inextinguible, cuyas consecuencias tendrán que perjudicarnos a todos.

La paz y el buen acuerdo entre los pueblos sólo pueden estar basados sobre la justicia; y donde no hay equidad, no existe nunca el orden, ni la amistad durable. Si yo vengo a hablar aquí contra el mal del imperialismo no es para desafiar vanamente a la opinión; es porque acaricio el deseo de contribuir a desvanecer los antagonismos, es porque abrigo la esperanza de ver a toda América fraternalmente unida en el futuro como lo estuvo en las épocas de la independencia, cuando, sin distinciones de lengua ni de origen, las colonias que descendían de Inglaterra como las que se agregaban de España y de Portugal, las de procedencia anglosajona como las de filiación latina, se lanzaban en bloque a la conquista de su personalidad.

Tal es el sentido superior del viaje que vengo realizando a través de América. En el curso de él he tenido ocasión de decir muchas veces que no soy un adversario de los Estados Unidos. Quiero y admiro a esta gran nación, pero por encima de todas las simpatías está la legítima defensa de mi nacionalidad; y el norteamericano, tan patriota siempre, no puede asombrarse de que nosotros seamos patriotas también, y tengamos el culto inextinguible de nuestras banderas. Los hombres que defienden contra la inundación y contra el viento su hogar, sus creencias y la cuna de sus hijos, acaban por hacerse simpáticos hasta a la misma tempestad. Y lo que nosotros estamos haciendo, es lo que los norteamericanos harían en un caso análogo, si sintieran que peligraba su autonomía. Por eso han de ver nuestra cruzada con interés. Los pueblos, como los hombres fuertes, quieren hallar más bien un adversario que los mire cara a cara, que viles traidores que tiemblan y se humillan.

Desde hace seis meses recorro las repúblicas latinas sin mandato de ningún gobierno, sin subvenciones de ninguna firma social, por mi propia cuenta y riesgo; y este viaje que empezó siendo viaje de estudio, va resultando como una emanación de la conciencia colectiva, porque traduce y concreta en un gesto de vigilancia y de protesta, la sorda inquietud que nos conmueve a todos, desde la frontera norte de México, hasta el estrecho de Magallanes. Se trata de un fenómeno que tiene que hacer reflexionar a ciertos políticos. He pasado por Cuba, Santo Domingo, México, San Salvador, Honduras y Costa Rica; y sin ser orador, sin tener una representación dentro de la política internacional, careciendo de todas las condiciones para arrastrar a las multitudes, me he visto levantado en todas partes por grandes olas de pueblos que se arremolinaban espontáneamente

en torno mío, porque encontraban en mi actitud un reflejo de sus preocupaciones más íntimas.

El movimiento ha tomado proporciones especiales. En cada capital ha quedado uno o varios centros de defensa latinoamericana que están relacionados entre sí, y en muchos de ellos se han celebrado después de mi partida mítines de protesta contra los atropellos de que son víctimas ciertos grupos de América. Es un clamor colectivo que se levanta de norte a sur de las tierras de origen hispano. Es el anuncio de un problema vital que habrá que resolver dentro de muy pocos años. Por eso es que he creído que debía venir al foco mismo de donde parte la amenaza, no en son de guerra, sino serenamente, para decir: aquí está la cuestión, examinémosla.

Cuando hace más de un siglo cundió la idea separatista, el Nuevo Mundo estaba dividido por la raza, por la religión y por las costumbres en dos porciones muy fáciles de delimitar. Al norte, las colonias inglesas, al sur los países donde dominaban España y Portugal. Eran dos mundos que reflejaban dos direcciones diferentes de la civilización europea. Al norte los que prolongaban la cultura anglosajona, al sur los que eran producto del pensamiento latino.

No vamos a hacer un estudio de los caracteres que revistió la lucha en las dos regiones. Baste recordar que el imperio colonial inglés se conglomeró en una sola nacionalidad y que el imperio colonial español se subdividió en veinte nacionalidades distintas, creando así el desequilibrio que debía dar margen a la situación de hoy. Lo que importa establecer es que durante los primeros tiempos, en lo que podríamos llamar años principistas de las primeras décadas del siglo XIX, los dos grupos se mantuvieron dentro de la fraternidad y el respeto que convenía entre colectividades que aspiran a desarrollarse al margen de los procedimientos de Europa, depurando las concepciones del mundo viejo, renunciando a la injusticia que da a ciertos pueblos un derecho superior sobre otros y reaccionando, en suma, contra los errores que habían dado lugar precisamente a la ruptura y la emancipación.

Fue en esas épocas de austeridad y de lógica, cuando aprendimos los hispanoamericanos a admirar a Norteamérica. El hálito de equidad de que apareció animada la joven nación nos inspiró la simpatía más desbordante y más sincera. Cuando los Estados Unidos obtuvieron de España la venta de Florida y de Francia la cesión de la Luisiana no vimos en este engrandecimiento formidable más que el justo deseo de borrar los vestigios de la dominación de Europa. Nos

inclinábamos ante el hermano mayor y nos enorgullecíamos de sus triunfos. Pero las víctimas de ayer tienen a menudo una tendencia a transformarse en verdugos. Y los súbditos emancipados, los colonos libres, una vez fortalecidos, olvidaron las declaraciones severas de sus héroes y empezaron a abusar, a su vez, de la fuerza.

La anexión de los territorios mexicanos en 1845 y 1848 fue la revelación de una política que debía extenderse después de una manera lamentable. Sin embargo, como una novia fiel que trata de excusar y de disimular con laboriosos silogismos las consecuencias y las faltas que su prometido comete contra ella misma, la América Latina habría seguido enamorada de los Estados Unidos si lo que juzgó excepción no se hubiera transformado en sistema. Pero las heridas y las injurias se multiplicaron.

Un espectro de dominación y de despojo empezó a flotar sobre los países indefensos. Varios pueblos sucumbieron. Y la injusticia se ha acentuado de tal suerte, en los últimos tiempos, que rotos ya los vínculos de antes, nos volvemos hoy hacia los Estados Unidos para gritarles: “Las mismas injusticias que la metrópoli cometió con vosotros, las estáis cometiendo ahora con nosotros, que no tenemos más defecto que el que vosotros teníais ayer: el ser débiles”.

No quiero preguntar lo que diría Washington, Jefferson o Lincoln si se levantaran hoy de sus tumbas ante las dos hazañas más recientes del imperialismo.

El empréstito de Nicaragua es quizá la más monstruosa de las negociaciones que se han intentado jamás en el mundo. Ese país está a punto de entregar sus aduanas sin recibir nada en cambio, porque el dinero que le prestan queda en manos de los mismos prestamistas. ¿Qué diríamos de un particular, que pidiendo mercancías a un comisionista europeo, celebrara un contrato de empréstito con el mismo comisionista y dejara el producto en poder de éste y le pagara crecidos intereses, al mismo tiempo que le enviara grandes cantidades de café, cuyo producto en venta fuera bastante para pagar las mercancías pedidas? Ni uno solo de los prestantes se atrevería a proponer en el orden personal un contrato semejante, porque hay principios superiores de pudor que limitan hasta la usura y el despojo. Sin embargo lo que ningún ciudadano osaría intentar aisladamente, se está haciendo en Nicaragua en nombre de todo un pueblo y al amparo de los pliegues de una bandera tradicional de libertad.

Se me dirá que la culpa la tiene el gobierno que acepta, pero así como según las leyes ningún hombre puede venderse y la moral civil

considera como nulo cualquier contrato en ese sentido, tampoco es admisible que una nación —mal representada por un gobierno que no quiero calificar— comprometa vergonzosamente su soberanía. Para que el derecho superior de control que los Estados Unidos se atribuyen se justifique en cierto modo, es necesario que esté basado sobre un sentimiento de responsabilidad, de honradez y de cultura superior, es necesario que contenga lecciones constantes de equidad y de alta justicia.

Si sólo trata de abusar de las inexperiencias, si lo único que se persigue es explotar los desfallecimientos de algunos hombres y la debilidad de ciertos pueblos, dígame claramente y no se disfrace con colores de redención y de evangelismo lo que no es más que un nuevo desborde de apetitos dentro del imperialismo internacional.

Bien sé que un gran pueblo como los Estados Unidos no puede ser responsable de estos actos. Esa política interpretará la manera de ver ciertas potencias financieras, traducirá el orgullo de determinado *parvenus* de la nacionalidad que quieren mostrar su fuerza como los enriquecidos muestran sus brillantes, pero no pueden expresar, repito, porque sería una catástrofe nacional, el verdadero sentir colectivo de los nobles puritanos que, huyendo hace varios siglos de la barbarie civilizada de Europa, vinieron a estas tierras vírgenes, creyendo en la equidad y en la justicia de Dios.

Por eso es bueno que sepan estas cosas aquí. Nosotros admitimos que la civilización de los Estados Unidos se refleje sobre el resto de América, aceptamos la natural y benéfica influencia que deben ejercer, pero no toleraremos que nuestros territorios sean un mundo sin control y sin ley, donde ciertos ciudadanos americanos se pueden permitir todo lo que la decencia y la moral reprueban dentro de su país natal.

El segundo hecho al que me he referido, es más significativo aún.

Dentro de poco tiempo el canal de Panamá habrá puesto en comunicación a los dos océanos y bajo la bandera de Norteamérica se habrá realizado una de las obras más colosales que ha intentado el hombre. Pero ese monumento de grandeza está edificado sobre una atrocidad, esa gloria nacional tiene una base de deslealtad.

No creo que haya memoria en la historia de las naciones de una injusticia tan ruda como la que se cometió en Colombia. Ante el atentado contra los derechos de un Estado nos hemos preguntado todos, de norte a sur de la América Latina: ¿son éstas las lecciones de civilización, de moralidad y de rectitud que dan los Estados Unidos

a los pueblos sobre los cuales se atribuyen un derecho de vigilancia paternal? Al violar descaradamente un tratado, nos enseñaron que los fuertes pueden faltar impunemente a su palabra; al pretender que el gobierno colombiano obligara a las cámaras a aprobar un compromiso, aconsejaron al Poder Ejecutivo que se levantara contra la constitución; al servirse de elementos infidentes para determinar la separación de la provincia, establecieron una prima en favor de las ambiciones, y al tratar tan duramente a Colombia después del despojo, parecen aprobar, en fin, que la doctrina de Monroe, que en las primeras épocas pareció salvaguardia para toda América, se ha convertido en instrumento de tiranía y que ya no significa como antes: “ningún país puede tener colonias en América”, sino que significa: “La América Latina es nuestro feudo colonial”.

¿Cómo asombrarse después de que volvamos los ojos hacia Europa o hacia el Japón, pidiendo el contrapeso y el equilibrio que la equidad de los Estados Unidos no nos quiere dar? ¿Cómo asombrarse de que toda la América Latina que, a pesar de sus divisiones es moralmente solidaria, se conmueva de norte a sur, aun en aquellas repúblicas que no han sido rozadas todavía?

Ya he tenido ocasión de decir que cuando tenemos una enfermedad en una mano, no está enferma la mano, está enferma la persona, está enfermo el cuerpo. Y es contra ese mal de imperialismo que amenaza extenderse a todo el continente, que traigo hoy la protesta de la opinión general de nuestras repúblicas, convencido de que el norteamericano, que es justo y perspicaz, comprenderá que sólo la equidad puede acercarnos de nuevo, porque el imperialismo podrá aterrorizar a nuestras autoridades, apoderarse de los resortes de nuestras administraciones y sobornar a los políticos venales, pero a los pueblos que sienten las diferencias que los separan del extranjero dominador, a los pueblos que no tienen acciones en las compañías financieras, ni intereses en el soborno y en la traición, a esos pueblos no los puede desarraigar ni corromper nunca nadie.

Habéis podido despreciar y desde ese punto de vista tenéis plena razón, a los políticos ambiciosos que abundan en algunas de nuestra tierras, a los conspiradores que vienen a pedir el oro extranjero para arruinar a su patria con una nueva revolución, a los presidentes que sólo quieren ser mantenidos en sus puestos, a toda la espuma que no debe pasar a vuestros ojos como nuestra representación nacional. Desde ese punto de vista, repito que tenéis mil veces razón; ¡despreciadlos profundamente, que nunca los despreciaréis tanto como

nosotros! Pero a los pueblos que supieron conquistar su libertad después de luchas admirables, a los pueblos que no son responsables de sus malos gobiernos, a esos no los podéis despreciar.

No somos una raza vencida y dispersa; sentimos, a pesar de todo, la cohesión que da un pasado común, glorias paralelas y destinos idénticos. Tenemos un punto de partida y un fin en la historia; y nadie puede permitirse tratar a colectividades cultas que han producido patriotas como Bolívar y San Martín, del mismo modo como trataríais a las hordas del Cambodge o del Congo.

¿Qué es lo que se nos reprocha en suma? ¿Cuáles son los pretextos de que se sirve el imperialismo para justificar su acción opresora? Los que más a menudo se invocan son nuestra incapacidad aparente para hacer valer la riqueza, y nuestras revoluciones. Según ciertos apasionados es inadmisibile que permanezcan inexplotados los tesoros, y hay que poner coto, en nombre de la civilización, a la inquietud bélica de nuestra raza. Pero, ¿a qué se reducen estos dos argumentos si los examinamos serenamente?

Basta dirigir una ojeada a la América Latina para comprender que no está probada la incapacidad de que se nos acusa. La prosperidad inverosímil de la Argentina, del Brasil y de Chile indican que también somos capaces de crear enormes conjuntos prósperos; y hasta prueban que para el libre crecimiento de ellos los Estados Unidos resultan un inconveniente, puesto que son las tierras donde no tienen ellos ninguna influencia, las que más vigorosamente han progresado y son las comarcas donde más estrecha vigilancia ejercen las que van quedando rezagadas en el movimiento general.

Pero, aun admitiendo que la Argentina no fuera El dorado moderno, que el Brasil no tuviera sus fabulosas exportaciones y que Chile no resultara uno de los pueblos más laboriosos del mundo, aceptando que nuestra América no produjera ni una planta de café, ni un grano de trigo ¿sería ésta una razón para venir a despojarnos? ¿Qué dirían muchos de los que están aquí si teniendo depositada en el banco desde hace algún tiempo una suma de dinero, pretendiera un extraño, un vecino, un transeúnte, apoderarse de ese dinero, argumentando que como la suma está improductiva, el poseedor no tiene derecho a conservarla? Todos sabemos que ese procedimiento tiene un nombre y una penalidad en todos los códigos. Cada pueblo, como cada individuo, conserva el derecho de dirigir su vida y nadie puede invocar razones para obligarle a obrar en contradicción con sus gustos.

En cuanto al reproche de las revoluciones, es el más artero que se nos puede hacer. Se necesita audacia para formularlo, cuando es precisamente el imperialismo el que ha abierto en Nueva York y Nueva Orleans una especie de bolsa de revoluciones, donde se especula con el desorden, con el hambre y con la ruina de muchos países hispanoamericanos. Porque ¿qué son sino una especulación vergonzosa bonos de quinientos pesos que se negocian por cincuenta y dan a un partido, en interés usurario, los medios de subvertir el orden en una república, obligando a ésta, no sólo a sufrir los perjuicios de la agitación, sino a pagar después multiplicados por diez los gastos de la misma tempestad que la arrasa? Si queréis evitar las revoluciones, en vuestra mano está. Lejos de dar dinero y armas a los aventureros que vienen a solicitar vuestro apoyo, entregando a cambio del poder girones de sus banderas, dadles lecciones de moralidad y de rectitud, declarando que cada pueblo debe arreglar sus asuntos dentro de sus propias fronteras.

Pero bien sabemos que las revoluciones han sido el mejor instrumento de la política imperialista. Con ayuda de ellas se ha extendido la influencia norteamericana por todo el Golfo de México. Cuando la revolución puede serles favorable, los imperialistas la provocan; cuando puede serles nociva la hacen imposible. Tres hombres han querido oponerse en estos últimos tiempos al imperialismo: Porfirio Díaz en México, Cipriano Castro en Venezuela, y Santos Zelaya en Nicaragua. Los tres han sido derrotados por levantamientos alentados por los imperialistas de este país. No me digáis que eran tiranos que cayeron al peso de sus crímenes. Ningún político está tan desprestigiado como el que rige los destinos de Guatemala y, sin embargo, el imperialismo lo sostiene, porque es su mejor apoyo en Centroamérica.

Algunas veces se ha llegado hasta a contribuir con soldados y armas para apoyar la revolución. Y yo me pregunto, yo pregunto a la opinión norteamericana, si es justo que un gran pueblo, que ha contraído responsabilidades históricas, en vez de corregir el convulsionismo de los países vecinos permita que algunos de sus ciudadanos lo estén fomentado con todas sus fuerzas para poder decir al mundo: ¿no veis? ¡Sólo habrá aquí paz si dominamos nosotros! ¿Es moral que un país que podía ser el educador de esas jóvenes democracias consienta en que se las esté corrompiendo y anarquizando, como un mal curador que fomenta en su pupilo la embriaguez y los vicios para minar su naturaleza, empujarlo al cementerio y apoderarse de su fortuna?

No sólo es un crimen que está cometiendo el imperialismo contra toda idea de justicia, sino un atentado que está realizando contra el mismo país que quiere engrandecer. De seguir así acabará por provocar en toda la América Latina un movimiento formidable de reprobación. Es una política que tiene que llevarnos a organizar la resistencia; y todos saben que los pueblos débiles tienen un arma formidable para combatir a los pueblos fuertes: la abstención.

¿Queréis ponernos en la obligación de renovar en toda la América Latina lo que hizo hace poco el pueblo de Bogotá con la Empresa Norteamericana de Tranvías, que tuvo que vender y retirarse porque nadie subía en ellos? ¿Queréis que vuestras mercaderías sean boicoteadas en todas nuestras ciudades y que el inmenso mercado que vuestra vecindad os asegura se os escape de las manos por seguir las inspiraciones de los imperialistas? Es indispensable que el pueblo americano sepa el alcance y las consecuencias de la política voraz que consiste en tragarlo todo y en enfermarse de indigestión.

Ya sabemos reflexionar y las razones que se invocan para justificar las intervenciones no engañan a nadie, porque con la misma lógica hubiera podido intervenir Europa en los Estados Unidos durante la Guerra de Secesión que ensangrentó durante cuatro años la mitad del Continente; con la misma lógica podríamos intervenir hoy en todos los Estados Unidos por corrupción de la vida pública cuando las grandes compañías financieras alteran el sufragio, por falta de seguridad individual cuando los malhechores detienen un tren y despojan a los viajeros, y por atentado contra la civilización y la cultura, cuando las hordas de blancos asaltan las prisiones para quemar en la plaza pública a los negros que no han comparecido ante la justicia.

Lo que se proyectó hace poco contra México y contra Cuba hubiera hecho correr, en caso de realizarse, un estremecimiento de inquietud por toda la América nuestra. Si los soldados de Norteamérica hubieran invadido aunque fuera temporalmente cualquiera de esos dos países hermanos, se habría levantado en todas partes una unánime protesta popular.

Y es para evitar los fatales antagonismos, que he querido venir a decir aquí la verdad. No puedo creer que la gloria de este pueblo, sus nobles instituciones, sus altos ideales, la atmósfera superior que aquí se respira, se refleje en los países tutelados por él en forma de opresión, de injusticia y de corrupción sistemática; no puedo creer que se realice la paradoja de un gran conjuro puro y lleno de

inspiraciones nobles, que crea con su solo contacto la desolación y la anarquía. Si el hecho se produce, es porque este pueblo ignora lo que se está haciendo en su nombre. Para que la política imperialista sea reprobada por él, bastará que la conozca.

Estamos en un momento difícil para la concordia y la fraternidad de América. La protesta está en todos los labios; de todas partes surgen la indignación y la cólera contra la política que pretende anular nuestras nacionalidades. Se está creando entre la América Latina y la América anglosajona un ambiente de antagonismo y de repulsión. Nuestro mutuo buen sentido debe evitar la ruptura. Nadie pretende oponerse a lo que los Estados Unidos pueden esperar legítimamente. Contra lo que nos sublevamos es contra la tendencia a tratarnos como raza subalterna y conquistable.

Tenemos quizá en las venas unas gotas de sangre exótica; pero no nos consideramos disminuidos por ello y nos sentimos tan grandes como ustedes, o más grandes que ustedes, por el cerebro y el corazón. La mejor prueba de que merecemos justicia es que tenemos la concepción de lo que ella debe ser y venimos a reclamar aquí, creyendo que los altos sentimientos tienen que acompañar siempre la acción de los pueblos grandes. Pero entiéndase que no venimos a implorar indulgencia.

Ustedes son un gran pueblo, ustedes son la nación más próspera del mundo, ustedes son un milagro de la historia, pero ustedes no lograrán nunca, ni con la diplomacia ni con la cañones, doblar la independencia, la rebeldía, el orgullo indomable, de nuestro gran conjunto, que está dispuesto a todos los sacrificios para preservar su autonomía en beneficio propio y en beneficio de la humanidad.

No quiero conocer la lucha en que estáis empeñados; debo y deseo ignorar las divisiones de vuestros partidos; pero en un momento en que se resuelve la orientación general de este gran país, hago votos por que Dios ilumine vuestra conciencia y os aleje del imperialismo y de todas las catástrofes que representa. El sentimiento de la opinión latinoamericana se puede condensar en una frase: Amigos, siempre; súbditos, jamás.¹

1 Conferencia pronunciada en la Universidad de Columbia, de Nueva York, el 9 de julio de 1912. (De *Las mejores páginas*. Araluce, Barcelona, 1929). Esta conferencia fue traducida al inglés y publicada en folleto bajo el título de *The future of Latin America*. Imprenta Las Novedades, 26 City, New York, 1912.

CARTA ABIERTA AL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

A las puertas de una nueva presidencia y de un nuevo régimen que anuncia propósitos de justicia reparadora, vengo hoy a decir toda la verdad a un gran hombre y a un gran pueblo. Los gobernantes están a veces alejados de la opinión general por grupos interesados en influenciarlos para satisfacer sus intereses de dominación o de negocio; y es menester que suba hasta ellos, para establecer el equilibrio, la voz de los que, sin ambiciones de dinero o de poder, sólo persiguen la equidad superior, que es el tesoro más alto de los siglos.

Ha llegado, señor, la hora de hacer justicia en el Nuevo Mundo; justicia para ciertas repúblicas hispanoamericanas, que desde hace muchos años sufren un odioso tratamiento; y justicia para los Estados Unidos, cuyas tradiciones están palideciendo al contacto de una política que no puede representar las aspiraciones de los descendientes de Lincoln y de Washington.

Acabo de recorrer toda la América española; he observado con detenimiento la situación del continente; y como conozco la sensatez del pueblo americano, como sé el respeto que tiene por los principios, abrigo la certidumbre de que para que cese la injusticia que nos agobia, me bastará con denunciarla.

Durante largos años, los Estados Unidos, que realizan dentro de sus fronteras la más alta expresión de la libertad en nuestro siglo, han estado defendiendo en nuestra América un espíritu que es la contradicción y la antítesis de sus principios y de sus leyes. Los particulares y las compañías financieras de esa nación parecen haber venido a algunos territorios, especialmente a la América Central y a las costas del Caribe, para falsear los principios del derecho civil,

y para violar los preceptos del derecho internacional, llegando, a veces, hasta a olvidar las reglas más elementales. Ciertas repúblicas van resultando un campo abierto a los malos instintos que no pueden manifestarse en los Estados de la Unión, combatidos como están por las responsabilidades y por la opinión pública.

Faltar a la palabra empeñada, burlar los contratos, amenazar, despojar a los individuos, introducir contrabandos, sobornar a las autoridades, empujar el desorden, han sido, según los casos, en varias de estas comarcas, cosas familiares para los que, por pertenecer a una gran nación, debían tener concepciones más altas de la responsabilidad individual.

Los gobiernos locales, a veces timoratos, no se han atrevido en la mayor parte de las circunstancias a perseguir a los delincuentes, amedrentados como están por el volumen de la América anglosajona o ligados como se hallan algunos por compromisos inconfesables; pero como consecuencia de tales procedimientos, los Estados Unidos se han convertido gradualmente en la nación más impopular entre nosotros. La hostilidad cunde entre las masas y en algunas regiones el ciudadano norteamericano tiene que recurrir frecuentemente a la estratagema de ocultar su nacionalidad y de hacerse pasar por inglés, para escapar a la mala voluntad que le circunda.

Nuestros pueblos son hospitalarios y generosos, señor presidente; en ellos existen innumerables compañías francesas, alemanas, inglesas, belgas, y para todos los negociantes respetuosos de nuestras costumbres tenemos siempre la mano fraternalmente extendida. El hecho de que la hostilidad esté localizada contra el norteamericano, prueba que no se trata de una antipatía irrazonada y general hacia el extranjero, sino de un movimiento de reacción directa contra procedimientos especiales de que somos víctimas.

En los Estados Unidos no se saben estas cosas; y yo tengo la certidumbre de que cuando la situación sea conocida, levantará mayor oleaje de reprobación que entre nosotros.

Ustedes representan una civilización que nació de una selección; que sustituyó, como punto de partida, el derecho moral a la fuerza bruta; que floreció al calor de nuestros ideales, como una reacción contra los viejos errores del mundo; y no sería lógico que cometieran con nosotros atentados tan dolorosos como los que Europa ha cometido en Asia o en África, porque al obrar así declararían que sus más grandes próceres se equivocaron al pretender fundar una

nueva nación sobre la justicia y proclamarían las bancarrota del perfeccionamiento humano y de la voluntad de Dios.

Los hombres que violentan el sentir del país extranjero en que actúan; las empresas constructoras que aprovechan las franquicias que les concede un contrato para inundar fraudulentamente el mercado de productos diversos, perjudicando así a los comerciantes e importadores; y los contratistas que, para no pagar los salarios atrasados a sus obreros, los intimidan y los persiguen, no pueden seguir pasando por los representantes del genio y de la civilización que trajeron al Nuevo Mundo los inmortales puritanos.

Así se ha abierto entre la América Latina y la América anglosajona una era de desconfianza que será perjudicial para todos. Los que ven con calma el conjunto de las cosas, saben que lo que ocurre es obra de individualidades aisladas. Un gran país penetrado de su alta misión histórica, no puede ser responsable de estas duplicidades. Si un pueblo que ha subido tan alto empleara bajos procedimientos, se suicidaría ante la historia; y no es posible que una gran fuerza renovadora del mundo y de la vida se atrofie y se anule antes de haber cumplido su misión. Pero los espíritus simplistas, que sólo juzgan por lo que observan en torno, empiezan a creer que los Estados Unidos tienen nociones diferentes de la justicia: una para ofrecerla a sus compatriotas y otra para aplicarla a los extranjeros; y que alimentan dos morales: una para el consumo nacional y otra para la exportación.

Además, nos sorprende y nos inquieta en la América Latina el apoyo demasiado visible que a estos hombres (que a menudo no han nacido en Norteamérica, o que se han naturalizado con el único fin de hacerse proteger) les prestan siempre los representantes oficiales de los Estados Unidos. Basta que uno de ellos se diga perjudicado en sus intereses, para que los cónsules y los ministros lo sostengan, y hasta para que sean requeridos los barcos y los soldados, sin averiguar antes los fundamentos de la queja, ni inquirir las razones que asisten a los unos y a los otros.

Bien sé que como todos los grandes pueblos tienen el deber de proteger la vida y la hacienda de sus nacionales en el extranjero, pero por encima de ese deber está un sentimiento de equidad suprema que prohíbe apoyar la injusticia, y una altivez superior que impide hacer cómplice a la nación de los errores que cometen algunos de sus hijos.

El censurable expansionismo político, que ha acompañado en estos últimos tiempos la legítima influencia comercial de los Estados Unidos, se ha valido a menudo de estos elementos para hacer surgir

pretextos de avance o de intervención, como se ha servido también de la debilidad de ciertos gobernantes hispanoamericanos (o de la impaciencia de los que aspiraban a suplantarlos en el poder) para obtener en algunas repúblicas concesiones y ventajas que perjudican a los naturales o comprometen la autonomía del país.

El sistema ha podido favorecer momentáneamente el desarrollo de los negocios, la prosperidad de determinados grupos financieros o el empuje autoritario del pueblo protector; pero la respetabilidad de los Estados Unidos ha sufrido quizá tan rudo golpe como la independencia de esas repúblicas, porque al tomar nacionalmente la responsabilidad de los atentados cometidos por los particulares, al fomentar las malas pasiones, al abusar de su grandeza, los Estados Unidos se han disminuido ante nuestros ojos y han aparecido con fuerza de corrupción, y no como punto de apoyo que nos ayude a perfeccionarnos.

La América del Norte tiene muchos millones de habitantes y la política expansionista sólo favorece a ínfima parte de ellos; en cambio, la reprobación por los actos cometidos alcanza a la colectividad entera, y resulta que lo que ganan en dinero algunos particulares, lo pierde en prestigio la enseña nacional. Antes os suponíamos fuertes y justos; ahora empezamos a creer que sólo sois fuertes. Y es por eso que se levanta la opinión, es por eso que hay una resistencia visible para confiar nuevos trabajos a las empresas de vuestro país. Tememos que se esconda en cada proposición un nuevo engaño. Además, la fuerza no basta para seducir y atraer a los pueblos, si no viene acompañada por la influencia moral.

Todo esto es lamentable, señor presidente. Los Estados Unidos pueden ser cada vez más grandes por su comercio y por la irradiación de su espíritu, sin humillar a nuestras nacionalidades, sin envenenar las luchas políticas o las rivalidades entre las repúblicas, sin perjudicarse ellos mismos. Al difundir de nuevo la confianza, harían renacer la corriente de fraternidad que en otros tiempos existió entre las dos Américas.

Por eso es que en estos momentos difíciles para el porvenir del Nuevo Mundo, en estos instantes históricos que pueden dar lugar a nuevas orientaciones de consecuencias incalculables, dejando de lado los agravios viejos y las cóleras justificadas, venimos, francamente, confiados en la nobleza del pueblo norteamericano, a hacer un llamamiento supremo a la justicia.

La América Latina es solidaria; tenemos la homogeneidad que nos dan el pasado, la lengua, la religión, los destinos; por encima de

nuestros patriotismos locales cultivamos un patriotismo superior; y aun aquellas regiones que están lejos de sentir el peso de tan duros procedimientos, se hallan impresionadas, más que por la amenaza material, por la injuria moral que ellos envuelven.

Deseamos que a Cuba se le quite el peso doloroso de la enmienda Platt; deseamos que se devuelva a Nicaragua la posibilidad de disponer de su suerte, dejando que el pueblo deponga, si lo juzga menester, a los que lo gobiernan apoyados en un ejército extranjero; deseamos que se resuelva la situación de Puerto Rico de acuerdo con el derecho y la humanidad; deseamos que se repare en lo posible la injusticia cometida en Colombia; deseamos que a Panamá, que hoy sufre las consecuencias de un pasajero extravío, se le conceda la dignidad de nación; deseamos que cese la presión que se ejerce en el puerto de Guayaquil; deseamos que se respete el archipiélago de Galápagos; deseamos que se conceda la libertad al heroico pueblo filipino; deseamos que México no vea siempre suspendida sobre su bandera la espada de Damocles de la intervención; deseamos que los desórdenes del Putumayo no sirvan de pretexto para habilidades diplomáticas; deseamos que las compañías que extralimitan su acción no se sientan apoyadas en sus injustas exigencias; deseamos que la República de Santo Domingo no sea ahogada por presiones injustificables; deseamos que los Estados Unidos se abstengan de intervenir oficiosamente en la política interior de nuestros países y que no continúen haciendo adquisiciones de puertos o bahías en el continente; deseamos que las medidas de sanidad no sirvan para disminuir la autonomía de las naciones del Pacífico; pedimos igualdad, pedimos respeto; pedimos, en fin, que la bandera estrellada no se convierta en símbolo de opresión en el Nuevo Mundo.

No es posible que se diga, señor presidente, que los norteamericanos han abandonado la coerción y los castigos corporales en la educación pública para emplear esos recursos atrasados en la educación política de nuestras nacionalidades; no es posible que vuestros ministros tengan en nuestras pequeñas ciudades la misión especial de amenazar; no es posible que los hombres pusilánimes que gobiernan en algunas débiles repúblicas sientan constantemente sobre sus espaldas el látigo del amo; no es posible que resulte que habiendo abolido en el siglo XIX la esclavitud para los hombres, la dejéis restablecer en el siglo XX para los pueblos.

No quiero insistir sobre el asunto, ni citar casos concretos, porque ésta no es una carta de lucha, sino un gesto de conciliación; pero

nuestra América tiene grandes heridas abiertas que es necesario no enconar. Hemos sufrido mucho. Lo que sube ahora es un clamor de pueblos que no quieren desaparecer. Si se probara, como algunos dicen, que los Estados Unidos ceden al ensancharse a una necesidad superior, que es independiente de su deseo, nosotros tendríamos que obedecer, al defendernos, al legítimo instinto de perdurar.

No ignoro que vosotros sois fuertes y que podríais ahogar muchas rebeliones, pero insisto en que por encima de la fuerza material está la fuerza moral. Un boxeador puede abofetear al niño que regresa de la escuela, y el niño no logra evitar ni devolver los golpes. Pero esto no establece un derecho, ni asegura la impunidad del agresor. Hay un poder supremo que se llama la reprobación general; y así como los niños están defendidos en las calles contra los atletas por la opinión pública, los pueblos están defendidos en la historia por la justicia suprema y por los principios superiores de humanidad.

Nosotros queremos y respetamos a los Estados Unidos, admiramos a ese gran país que debe servirnos de modelo en muchas cosas, deseamos colaborar con él en la obra de descubrir y valorar las riquezas del continente; y es para evitar el distanciamiento y los conflictos que de seguro brotarían mañana, dado el insostenible estado de cosas, que nos presentamos lealmente, sin orgullo y sin humildad, conscientes de nuestro derecho, ante el hombre que por la voluntad popular ha sido puesto al frente de una gran nación. No pedimos favores; reivindicamos lo que es nuestro, lo que conquistaron nuestros padres, lo que todos los pueblos están dispuestos a defender en cualquier forma: el honor y la dignidad. No queremos que la doctrina de Monroe, mal interpretada, sirva para crear en América en beneficio de los Estados Unidos, ni en beneficio de nadie, nuevos Egiptos y nuevos Marruecos.

No admitimos que nuestros países vayan desapareciendo uno tras otro. Tenemos confianza en nuestro porvenir. La mejor prueba de que la América Latina no está incapacitada para la vida autónoma, es la prosperidad sorprendente de algunas repúblicas del sur, casualmente aquellas que por su volumen y sus relaciones con Europa se hallan a cubierto de una decisiva influencia norteamericana. Para que las regiones que hoy atraviesan dolorosa crisis entren, a su vez, en una era análoga, es necesario, señor presidente, que las compañías financieras del norte se abstengan de complicar nuestros asuntos, que los sindicatos de Nueva York y de Nueva Orleans renuncien a favorecer revoluciones y que los Estados Unidos reanuden noblemente

la obra de acercamiento y de fraternidad que tan buenos resultados nos diera en los primeros años a los unos y a los otros.

Los hispanoamericanos han tomado conciencia de sus destinos; las querellas locales, por agrias que sean, no bastan para hacerles perder de vista sus intereses superiores; los países más sólidos, que ya han alcanzado próspera estabilidad, empiezan a sentir las responsabilidades históricas que sobre ellos pesan; y hay un movimiento visible, una agitación grave que no puede pasar inadvertida.

Vuestra presidencia, señor, marcará un gran momento de la política universal si, de acuerdo con la situación, dais fin a la táctica absorbente para volver a la sana tradición de los orígenes. La América sólo estará unida, la América sólo será realmente “para los americanos”, dando a esta palabra su amplia significación, cuando en el norte se tenga en cuenta que existen dos variedades de americanos, y cuando, sin vanas tentativas de preeminencia, con escrupulosa equidad, se desarrollen independientemente los dos grupos en una atmósfera deferente y cordial.

Repito que hay una gran ansiedad en América, señor presidente. El continente entero está pendiente de vuestros actos. Si la política cambia, la campaña que hemos emprendido cesará al instante y volveremos a ser los más entusiastas partidarios de esa gran nación. Si no cambia, surgirá una nueva causa de discordia entre los hombres y arreciará la agitación perjudicial para vuestro comercio, porque seguiremos defendiendo, cada vez con mayor energía, nuestros territorios, como vosotros, colocados en parecida situación, hubierais defendido los vuestros, seguros de cumplir con un deber y de contar con las simpatías del mundo.¹

1 De *La Patria Grande*, Ediciones Internacionales, Madrid. 1922.

LA RESISTENCIA DEL SUR

Después de las vicisitudes del viaje más impresionante que se pueda imaginar, después de haber sentido tantas veces que se humedecían los ojos al fraternizar con el espíritu de nuestras repúblicas hermanas, después de haber recorrido de norte a sur el continente en medio de un remolino de aclamaciones, que no iban dirigidas al humildísimo escritor sino al país, y a las ideas que él representa, confieso ingenuamente que creí haber agotado el fondo de todas las emociones. Pero me estaba reservada una suprema que entorpece mi palabra en estos instantes, al hallarme de nuevo, después de tantos años, en la patria en que nací, en la ciudad donde pasé mi primera juventud, la atmósfera que es más fundamentalmente mía.

Así como en el orden sentimental la ausencia pone a prueba el amor, en el orden nacional un largo alejamiento fortifica el apego y fidelidad al terruño. Mis ojos no se han apartado de América un solo momento. Durante dos o tres lustros mi única preocupación ha sido honrar el nombre argentino. He llegado hasta a sacrificar mis conveniencias de escritor para favorecer los intereses colectivos mientras tantos otros sacrifican los intereses colectivos para seguir medrando a favor de lo existente. Lo he jugado todo, mi pluma, mi palabra, mi cerebro, mi tiempo, mi energía, mi juventud, cuanto tenía y podía tener y, sin embargo, reconozco que estoy en deuda todavía. Ya he tenido ocasión de decir que un hombre sólo puede vivir fuera de la patria en forma de paréntesis. Por ínfimo que sea nuestro valor, por menguados que sean nuestros méritos, tenemos el deber de ofrendar nuestra vitalidad y nuestro empuje a la agrupación de que formamos parte.

Pero esto no quiere decir que vuelva a pedir puestos y honores. Yo no quiero ser nada. Yo no traigo a mi patria el triste presente de

una ambición más. Vuelvo con el alma henchida de sentimientos grandes, con el más vivo deseo de ser útil a mi continente, y a mi grupo, con el corazón desbordante de fraternidad para todos a pesar de las maldades que han llegado hasta mi puerta, pero vuelvo simple ciudadano modesto como de aquí salí, sin un título, sin una condecoración, sin una jerarquía, sin pretensiones, sin jactancias, sin engreimientos, sin habilidades, con un solo orgullo legítimo, con el orgullo de que si en Europa y en América he hablado a menudo en nombre de mi patria, no he hablado nunca en nombre de ninguna autoridad constituida y he podido decir siempre todas mis verdades en la suprema felicidad de las grandes independencias.

Mis palabras tardan tanto en llegar porque son dichas desde abajo; y no sé hoy mismo hasta qué punto interesarán las opiniones de un hombre que no ha ejercido nunca mando alguno, que no puede tener la más lejana influencia en los asuntos colectivos y que en la vida nacional no es más que una voz anónima, como la de cualquiera de los que están allí arriba, en las últimas galerías del teatro y de la sociedad. Pero creo que cuando un ciudadano vuelve al país en que nació, no sólo recupera sus derechos, sino también sus responsabilidades. Y entiendo que me incumbe hoy el deber de decir todo mi pensamiento. No pretendo dirigir, no aspiro a pontificar, sino a aprender con los míos. Pero traigo una sinceridad combativa y no me avengo a repetir la aventura de los extranjeros más o menos ilustres que para dejar un surco azul en el recuerdo halagan nuestras vanidades y se encogen después de hombros al volver al transatlántico.

Quiero declarar ante todo que no soy un adversario de los Estados Unidos como nación. Lejos de abrigar la más lejana antipatía contra ese pueblo, me declaro por el contrario un admirador de su progreso. Pero ante todo y por encima de todo soy hijo de mi tierra, ante y por encima de todo soy por mis costumbres, por mi cultura y por mis gustos un hispanoamericano, un indiolatino; y cuando veo que una ola, análoga a las olas que en distintas épocas de la historia han hecho desaparecer grandes conjuntos como el nuestro, cuando veo que una ola, digo, arrolla hoy en el norte a las repúblicas hermanas, cuando contemplo la situación de naciones que se debaten entre las rocas como niños desamparados, cuando siento la crispación de pueblos en cuyas entrañas está fomentando la táctica invasora nuevas disgregaciones crueles, cuando me descubro al pasar ante el cadáver de grupos que subsisten sólo de una manera aparente, cuando la dolorosa situación en que han caído muchas de las entidades

que nacieron de la misma revolución, muchos de los países cuyo origen y destino están ligados a los nuestros, no puedo contener el tumulto de mis indignaciones ante la injusticia consumada, ni acallar el hervor de mis inquietudes en lo que respecta al porvenir común. ¿Cuál será dentro de pocos años la suerte de la mayor parte de la América española?

Algunos me dicen: son procedimientos comunes a todos los grupos vigorosos; la prosperidad comercial busca pretexto para apoderarse de las zonas desorganizadas. Y al decir esto dicen bien y subrayan una verdad histórica. Pero ¿quiere ello decir que debemos someternos blandamente, que debemos admitir como fatal para todos, lo que sólo es resultado de la desidia de algunos? ¿Quiere esto decir que debemos olvidar los deberes de la solidaridad abandonando a los países afines; y, lo que es más grave, que debemos olvidar nuestros propios intereses, dejando que la ola se aproxime y ensanche, obstinados en no combatirla hasta que derribe nuestras puertas?

Yo creo que una raza que ha hecho fructificar la civilización en la mitad del mundo, que ha dado los más altos ejemplos de heroísmo, que conserva intacta su dignidad, que da hoy en algunas regiones la asombrosa medida de su genio, no puede resignarse a vivir fragmentariamente, agazapada detrás del dique que forman los cadáveres hermanos, confiando su única defensa en la distancia y en la fatiga del mar.

Tratemos de alcanzar, fríamente, sin apasionamientos engañosos, una visión exacta de la situación.

Llegando al fondo de las cosas, el Nuevo Mundo no está dividido, desde el punto de vista territorial, en América del Norte, América Central y América del Sur; ni está recortado, desde el punto de vista político, en veinte países diferentes. En el Nuevo Mundo hay dos porciones únicas, no me cansaré de decirlo.

En la parte superior del Continente, como en una enorme marmita que desborda, bullen cien millones de anglosajones. En la parte sur, cuya forma torturada e irregular parece imagen de nuestra vida, gesticulan desde la frontera norte de México hasta el cabo de Hornos, ochenta millones de neolatinos. Cada grupo, prisionero de sus antecedentes, es producto de las fundaciones coloniales de hace varios siglos. Arriba triunfa el carácter anglosajón, abajo persiste la concepción latina. Los pobladores del norte no se mezclaron con los grupos aborígenes, los del sur lo hicieron abundantemente. La educación, la lengua, la religión, las costumbres han sido siempre

opuestas. Cada zona tiene características especiales. Cada una de las fracciones revela un alma propia, y aunque cerremos los ojos no podrán confundirse nunca porque representan realidades e intereses antagónicos.

Si el grupo del norte hubiera respetado el grupo del sur, no habría existido entre ambos, sirviéndonos de una expresión vulgar, más que la natural incompatibilidad entre el aceite y el agua. Pero las repetidas anexiones que han arrancado a México la mitad de su territorio, la situación de Cuba y Nicaragua, la disgregación de Panamá, subrayada por las declaraciones recias del señor Roosevelt, la acción inadmisible que con pretextos de sanidad empieza a ejercer el gobierno norteamericano sobre los puertos del Pacífico, las palabras del mismo presidente Roosevelt al inaugurar la Exposición de San Luis: “Hemos empezado a tomar posesión del continente”, y la política toda de los últimos tiempos, con las sorpresas y los atentados que están en la memoria universal, prueban de una manera concluyente que los Estados Unidos aspiran a ejercer una hegemonía sobre el continente entero, como lo declaró el senador Preston, en 1838.

Nosotros en el extremo sur estamos, hoy por hoy, fuera de la zona del peligro actual. Entiéndase que no digo del peligro absoluto. Estamos fuera de la zona del peligro inmediato. El volumen de nuestras nacionalidades, unido a la situación geográfica, nos pone momentáneamente a cubierto de semejantes atentados. Pero esta relativa seguridad tiene dos espinas, una moral y otra material.

Desde el punto de vista moral, podemos preguntarnos si tenemos el derecho de ser egoístas hasta el punto de desligar nuestra suerte de las otras repúblicas hermanas, abandonando a los pueblos que nos ayudaron a conquistar la independencia, a los que con su esfuerzo lejano y en algunos casos con su colaboración directa, con sus propios capitales, contribuyeron a fundar nuestra patria, en aquellas épocas heroicas en que la América Latina palpitaba como un solo hombre al beso de la libertad. Podemos preguntarnos si en estos tiempos de comunicaciones rápidas estamos más lejos los unos de los otros que hace un siglo; y si, después de haber aceptado para sellar la independencia general la poderosa ayuda que Venezuela y Colombia irradiaban por intermedio de Bolívar, tenemos derecho a encogernos de hombros cuando esos y otros países necesitan nuestro apoyo para subsistir.

La segunda objeción es de orden material.

Las naciones no viven al día y los conjuntos depositarios de una bandera no pueden decir como el rey famoso: “después de mí,

el diluvio". Aun circunscribiendo la visión a los límites de nuestra patria inmediata, y aun admitiendo que seamos invulnerables, cabe preguntarse si nos conviene la marcha hacia el sur de un vecino poderoso que, fortalecido por la sumisión de casi todo un continente, nos arrinconaría de tal modo que no podríamos respirar. Imaginemos un hombre que posee un palacio. Sin tocar el edificio se le puede perjudicar. Si nuevas construcciones interceptan la luz, si desde fuera le cortan el agua, si los vecinos hacen excavaciones que agrietan los muros, podrá no haber sido violada la propiedad, pero resultará inhabitable. Cada pueblo necesita dos atmósferas, la que desplaza directamente y la que le rodea para darle oxígeno. Y nuestras naciones del sur, que son naciones productoras, no pueden permitir que las cerque una fuerza contra la cual no pueden luchar.

Por generosidad si nos declaramos altruistas, por prudencia si nos confesamos egoístas, sea cual sea la zona moral en que nos coloquemos, tiene que interesarnos a fondo la política norteamericana. Y yo entiendo que, si examinamos los procedimientos empleados en la América Central y en algunas otras repúblicas, tiene que encolerizarnos profundamente también. Nosotros, que hemos hablado siempre contra la agresividad de las grandes naciones, que hemos acompañado a los débiles en su lucha contra los fuertes, que hemos protestado cuando los ingleses esclavizaban a los boers, ¿cómo no hemos de vibrar ante la injusticia que hiere a los que son en cierto modo pedazos de nuestra historia?

Hay antecedentes y corrientes de continuidad que nadie desvía y si nuestras patrias inmediatas son un poco caprichosas, nuestra patria superior, la que comprende a todos los pueblos que hablan español y portugués en el Nuevo Mundo, está particularmente viva y hecha raíz. Nosotros no datamos de la independencia, nosotros datamos, con las mezclas y las inmigraciones que se han acumulado después de la conquista de América por los iberos y por nuestro punto de partida, nuestra formación, nuestra historia y nuestros gustos prolongados en el sur del Nuevo Mundo una tradición opuesta a lo que los Estados Unidos defienden en el norte.

Formamos un conjunto armónico, cuyos focos de atracción no deben estar en el extranjero, sino en los puntos de apoyo de la raza, en nuestras grandes ciudades, en México, en Río de Janeiro, en Santiago de Chile, en Buenos Aires. En vez de permitir la infiltración de espíritus diferentes, que contradicen las inclinaciones más íntimas, en vez de abandonar a los que resbalan, tomemos posesión

de nosotros mismos, abramos los brazos del continente, tengamos la noción de nuestra propia grandeza y busquemos los elementos de vida, de esperanza y de orgullo en la exaltación del sentimiento latinoamericano.

Acabo de recorrer casi toda la América Latina, y puedo decir que hasta llegar a estas repúblicas he venido caminando sobre la sombra que proyecta una mano crispada.

Lo primero que advertimos es la artera presión económica mediante capitales que no tienden a procurarse como los europeos un dividendo honorable, sino a desnacionalizar al país, colocando a sus habitantes en una situación subalterna que permita desembarcar soldados para proteger el ferrocarril como en Honduras, obtener del gobierno concesiones onerosas como en Costa Rica o desarrollar maniobras sutiles para apoderarse de las aduanas como en Santo Domingo. Esa acción abusiva se ha ido transformando en intervención política, que favorece al desorden y con pretexto de intereses materiales se opone en Cuba a la amnistía de los reos políticos; y contribuye, según las circunstancias, a derribar gobiernos como en Venezuela (Castro), o sostenerlos con ayuda de sus soldados como en Nicaragua. Si a éstos añadimos la intervención en los asuntos internacionales que prohíbe a México arrendar la bahía de la Magdalena al Japón, que se opone a que Cuba compre sus armamentos en Europa y que trata de impedir los canales del Atrato y de Tehuantepec, deteniendo así la riqueza de esas regiones y el adelanto del continente, tendremos una síntesis de la situación creada por ese Minotauro del siglo XX que se llama Imperialismo.

Más de uno se preguntará: ¿y qué han obtenido esos pueblos en cambio de tan rudo vasallaje? ¿Son ricos, son felices, son respetados? Repito que lo he recorrido todo, desde el extremo norte hasta aquí, y el espectáculo no puede ser más doloroso. Esos pueblos son inteligentes y particularmente aptos para el progreso, pero las regiones fertilísimas yacen a veces en la miseria, los países que dieron héroes y libertadores se debaten en la anarquía, la dignidad nacional está a la merced de los atentados y podemos llegar a la conclusión de que, lejos de ser una fuerza civilizadora, el imperialismo, como la sombra de ciertos árboles, marchita todas las espigas, puesto que, nacidas del mismo origen y de idéntica composición, son las repúblicas que están en más íntimo contacto con él las que menos han florecido y son nuestras naciones del sur que han crecido por así decirlo escondidas, hasta las cuales no ha llegado esa influencia,

las que hoy se elevan victoriosamente, cargadas de promesas, hacia el porvenir triunfal.

Hasta desde el punto de vista superior de los resultados finales, hay que proclamar la superioridad que sobre el imperialismo tiene la acción europea. Los europeos traen una colaboración cordial que reconforta, los norteamericanos una dominación despectiva que corrompe; los primeros tratan de despertar el valor de subir, los segundos el miedo de caer; aquéllos se dirigen a la inteligencia, éstos al instinto; los unos son el arado, los otros el terremoto; y para decirlo todo en una frase, mientras el paso de los unos ha levantado en Centroamérica y otros países un monumento de injusticia, la presencia de los otros nos ha dado en el sur tanta riqueza y libertad, que Europa puede volverse hoy con orgullo hacia la historia para decir: aquí está lo que hemos hecho en las regiones donde venimos derramando oro, pensamiento y emigración; aquí está la prueba palpable de la ventaja que tiene sobre el orgullo egoísta, la santa fraternidad de los hombres.

Ha llegado el momento de abrir los ojos. Cuando salí de Europa creí que el peligro estaba circunscrito a las Antillas. Ahora puedo decir, aquí, en el extremo sur, que lo tenemos a las puertas. El saneamiento de Guayaquil por los Estados Unidos, la influencia creciente en el Perú, donde aspiran a fiscalizar la sanidad de los puertos, y las intrigas para suscitar intervenciones y separatismo en el Putumayo ponen a las naciones fuertes del sur ante un dilema: o emprender una acción vigorosa contra el falso panamericanismo que sólo ha servido para legalizar la esclavitud de ciertas repúblicas, o inclinarse también mañana, bajo el huracán que trae casi hasta nuestras fronteras el flamear orgulloso de otros estandartes.

Ha llegado el momento de ver claro, dando tregua a las impresiones inmediatas y a las querellas locales. Dentro de la amplitud de la política internacional, nuestra situación ante el mundo está muy lejos de ser airosa. Si queremos aparecer como verdaderas naciones, tratemos de no vivir inclinados de norte a sur bajo una dependencia indirecta, más o menos visible según la zona y el radio en que se mueve cada república; tratemos de que los Estados Unidos, que están allá al norte, a una gran distancia, no intervengan en los asuntos de los países casi limítrofes con los nuestros, en los países que caen bajo nuestra esfera de acción; dejemos de ser al fin los vecinos humildes, los parientes pobres dentro de la vicia continental; y cuando nos hablen de protegernos con la doctrina de Monroe, sepamos levantar

la cabeza con orgullo para gritar que estas naciones del sur han llegado a la mayor edad, que estas naciones del sur están dispuestas a defenderse de todos los peligros, hasta del peligro que entraña el mismo pueblo protector.

La política norteamericana, tan agresiva en el norte, suele ser insinuante en el sur; allá se disfraza de oso y por aquí de cordero; pero nosotros debemos probar que ni los corderos nos enternecen ni los osos nos asustan; debemos declarar nuestra intención de ejercer una influencia benéfica sobre los pueblos afines, de presidir su desarrollo, de impedir que otra raza les imponga su tutela, de reservar para nuestra civilización esas enormes fuerzas de producción y de consumo; debemos mostrarnos dispuestos a reanudar la sana tradición de los orígenes, yendo económicamente, diplomáticamente e intelectualmente en auxilio de las naciones que se hunden porque no tienen en sí los elementos necesarios; debemos sustituir a la vieja concepción que de un gran conjunto armónico desprende un pedazo pequeño para decir “sólo esto me interesa”, otra concepción más consciente del pasado y del porvenir, más digna de nuestro vigor actual: “Allí donde hay un territorio latinoamericano en peligro, allí está nuestra patria”.

Al llegar a aquí, séame permitido acentuar mi franqueza. Yo no he hecho este viaje para adular a los pueblos, sino para decir lo que creo que es verdad. Observando bien la situación, encontramos que el punto de arranque de lo que ocurre, está, más que en las ambiciones de la gran república, en nuestros propios errores, en los errores de diverso carácter, pero concurrentes al mismo fin, de toda la América Latina.

El imperialismo necesitaba pretextos para dar color de legalidad a sus atropellos y las pequeñas repúblicas del norte los han proporcionado inconscientemente con sus discordias; el imperialismo necesitaba la abstención de nuestras naciones del sur y nos hemos adelantado a sus deseos, ignorando cuanto ocurría en esas tierras; el imperialismo necesitaba un continente dividido, y sin darnos cuenta de los resultados, sin recordar que el hervidero de regionalismos hizo que en Italia, antes de la unidad, se instalaran los franceses en Roma y los austríacos en Trieste, hemos agravado todos los días las divisiones, llegando a veces hasta a buscar el apoyo del enemigo común contra el vecino inmediato.

En este punto los anglosajones nos podrían servir de ejemplo. Al colocar por encima de los intereses locales los intereses nacionales,

al evitar apasionarse por fronteras secundarias para poder defender mejor la frontera obligatoria, al levantar en fin el espíritu hasta la concepción de la patria grande, ellos han puesto de relieve, sin quererlo, los vicios que nos disminuyen, las ingenuidades que nos desangran y los errores que, en caso de persistir, nos llevarían, (nada es más doloroso que aceptar la hipótesis) hacia la disolución final.

Apoyado sobre la base de esta dispersión, al adversario ha especulado con las timideces, tratando a ciertas repúblicas como a niños pequeños; y es hora de que, dando a nuestra política el volumen que verdaderamente debe tener, ayudemos a esos países a reaccionar saludablemente, haciéndoles comprender que ante una actitud resuelta el poderoso no puede atreverse a nada, porque sabe el perjuicio que una acción brutal le ocasionaría en América. Digámosles que es necesario vencer ante todo al invasor dentro de ellos mismos, en su propia conciencia, matando el respeto excesivo que le tienen; y que así como los anglosajones han hecho el *bluff* de las amenazas, conviene que, sostenidos por nosotros, hagan ellos el *bluff* de las resistencias, que las cosas están dispuestas de tal modo dentro de los equilibrios del mundo, que ni los unos ni los otros tendrán seguramente que moverse.

Hemos de ser los hermanos mayores y los guías de las repúblicas del norte, en las cuales hay tres grandes llagas que extirpar: las revueltas, que dejan libre la entrada en nombre de fingidos sentimientos de humanidad, a las intervenciones más dolorosas; las tiranías que hacen que muchos de esos pueblos sean doblemente esclavos del déspota local y esclavos del extranjero a quien ese déspota los libra a veces para perpetuarse en el poder; y la inacción económica, que hace a algunos grupos tributarios de la gran república y abre al imperialismo la brecha enorme de la conquista comercial.

Yo no sé si el porvenir reserva a nuestras repúblicas del sur el papel que Prusia o el Piamonte desempeñaron en la unidad de Alemania o de Italia, pero entiendo que debemos renunciar a la indiferencia y ejercer una acción eficaz sobre los núcleos que nos ven desde lejos con efusiva simpatía, que se enorgullecen del progreso nuestro como de cosa propia, que esperan un gesto que los reconforte, que han puesto en nosotros sus últimas esperanzas y por las cuales en realidad no hemos hecho nada hasta ahora. Ayudémoslos, primero con el ejemplo haciendo que nuestra vida nacional sea cada vez más honrosa y brillante, probando que los latinoamericanos pueden competir con los otros pueblos; y alentando a los que desfallecen

a depurarse y a luchar también para alcanzar parecidos resultados. Y ayudémoslos con la acción, llevando hasta esas repúblicas nuestra influencia diplomática, nuestra juventud creadora, para mayor gloria y provecho de nuestros países y de la civilización latina en el Nuevo Mundo.

Si ellos no se han defendido mejor, es acaso porque se han sentido solos en medio del continente: si algunos parecen inclinados a aceptar influencias extrañas es porque las influencias legítimas no se han hecho sentir. Dentro de la justicia suprema las responsabilidades caen por igual sobre los que allá arriba han dormido y sobre los que desde aquí abajo no han hecho nada para despertarlos.

En América hay dos grandes fuerzas: el norte y el sur, y no es posible dejar que la primera se imponga a la segunda. Entre la marea que sube y la marea que baja hay un gran caudal de aguas muertas. La marea que mejor hiera esas aguas, la que las anime y las arrastre, es la que durará.

La grandeza de mañana sólo puede ser posible sobre la base de un acuerdo entre nuestras repúblicas, primero de las cuatro más fuertes, y después, alrededor de ese núcleo de todas las demás. Miremos por encima del momento y en vez de multiplicar las causas de desunión, concertemos. Que la nación extranjera que lastima a cualquiera de nuestros países hiera al continente entero. En vez de empujarnos locamente para aparecer en primera fila, aprendamos a respirar cada cual según sus pulmones, pero todos en el mismo ritmo. En vez de colocar la suspicacia al servicio de la discordia póstuma entre San Martín y Bolívar, levantemos los ojos hasta los ideales de esos hombres. En vez de tener veinte egoísmos pequeños, tengamos un egoísmo grande, que los egoísmos, cuando son grandes, se ennoblecen y se convierten en orgullo salvador.

Y así, generosos, erguidos, respetados, dueños de nuestra América, lejos de tener que lamentar la mala fama que nos han hecho algunos —porque todos los pueblos tienen sus debilidades y si se invocan tan a menudo las nuestras es porque no tenemos el volumen necesario para hacérnoslas perdonar—, así erguidos, respetados, digo, podremos oponer triunfalmente en el mundo y en la historia, a los intereses norteamericanos, los derechos latinoamericanos; a las glorias anglosajonas, las estatuas latinas; a los apetitos del norte las ideales del sur.

Yo no digo que nos lancemos precipitadamente a la confederación. La enorme extensión del territorio, las dificultades de las

comunicaciones, los problemas locales, hacen que esa solución resulte prematura. Existen intereses nacionales muy legítimos que no es posible ignorar. Pero nada se opone a que cada república siga libre y soberana dentro de un plan general que preserve los intereses comunes; nada se opone a que reconquistemos la visión grandiosa de los héroes de hace un siglo que para asegurar la independencia de Venezuela comprendían que había que acabar con la dominación española en el Perú, nada se opone a que al conjuro del pasado, del presente y del porvenir, de los recuerdos, los peligros y las esperanzas, acerquemos nuestros corazones y nuestras banderas, formando con los patriotismos y los colores, desde las tierras mexicanas hasta los hielos del sur, por encima de las montañas que doblaron la cerviz ante nuestros ejércitos internacionales, el arco iris de paz y de grandeza de la seguridad colectiva.

Las necesidades nos llevan a ensanchar nuestra visión de las cosas. A la influencia del norte, hay que oponer la influencia del sur; a la fórmula “América para los americanos” hay que contestar, si no queremos llevar una vida subalterna, con otra fórmula que nace de las circunstancias presentes: “La América Latina para los latinoamericanos”.

La prosperidad de la Argentina, y el empuje que la incorpora por así decirlo a la falange de los pueblos europeos, toda la atmósfera de prosperidad y de gloria en que nos movemos, no puede hacernos olvidar que dada la extrema juventud del país y la exigüidad del número de sus habitantes, su suerte está ligada a la de las otras naciones hispanoamericanas y a la de la raza en general. “La verdad está prohibida implícitamente como una brutalidad para el amor propio del país”, decía Alberdi. Yo creo que hoy nos hallamos en una etapa superior. Por lo mismo que nos sentimos fuertes y triunfantes, por lo mismo que todo sube en torno, por lo mismo que un hálito de victoria nos acaricia las frentes y las almas, debemos tener la audacia de encarnarnos con el porvenir.

Se me ha hecho el reproche de no ser suficientemente argentino; pero, ¿la fuerza consiste en creerse capaz de un esfuerzo irrealizable? ¿Consiste el patriotismo en exagerar la situación ante los extraños y ante sí mismo? Yo creo que lo que más fortalece a los hombres y a los pueblos es la noción exacta de su propio valer. Y me pregunto si no se está deformando inmoderadamente la verdad, si no se está dando excesiva importancia a los hechos favorables y dejando en la sombra las circunstancias menos felices, si no se está envolviendo

a la nación en una funesta neblina de orgullo al hacerle creer que ya puede medirse con los grandes pueblos de la humanidad.

Por otra parte hemos sido siempre dentro de la historia de América una nación altruista y a nadie puede sorprender que nuestras frases vayan a llevar hoy una voz de aliento a las naciones hermanas, como ayer fueron los granaderos a caballo de San Martín. La victoria no da derechos, hemos dicho siempre noblemente, pero la victoria impone deberes; y en la victoria pacífica de nuestra nacionalidad tenemos la obligación de ayudar y defender a las hermanas más débiles.

La Argentina puede aspirar conjuntamente con las otras naciones importantes del sur a una influencia moral en las demás repúblicas latinas, pero encima de estos cálculos está el ímpetu sentimental que nos ha llevado a estar del lado del que sufre los azotes contra el que da los azotes, del lado de la víctima contra el verdugo, del lado del árbol que se dobla contra la tempestad que lo sacude.

Y antes de terminar voy a esbozar brevemente una cuestión de actualidad local. Como una confirmación de las ideas generales que acabamos de exponer, empezamos a notar en este país algunos fenómenos que sorprenden por su simultaneidad.

Primero. Un sindicato poderoso se impone a la voluntad del público pretendiendo monopolizar la exportación de las carnes, imposibilitando la vida de las empresas existentes y haciendo encarecer el artículo con gran perjuicio para los pobres. Ese sindicato es norteamericano.

Segundo. El más poderoso de los trust del petróleo tiene conocimiento de que se ha descubierto petróleo en nuestra república y se apresura a poner trabas al negocio para seguir imponiendo sus productos caros, obstaculizando así la evolución de nuestro país que a ejemplo de los mismos Estados Unidos tiene que pasar de la era ganadera y agrícola a la era industrial, y que si carece de combustible no podrá alcanzar esta evolución. Ese trust es norteamericano.

No hay que considerar estos hechos como cosas aisladas, sino como parte de un conjunto; y yo me pregunto qué es lo que han hecho nuestros hombres de Estado para afrontar la situación. Así como en el orden nacional inauguraron hace algunos años, con la ley de residencia, lo que podríamos llamar la política del miedo, en el orden internacional están practicando ahora, con sus genuflexiones, lo que podríamos llamar la diplomacia del pánico.

¡Ah! los hombres ponderados y prudentes, los hombres tranquilos y equidistantes que no creyeron en el vapor, en la electricidad, en

la aviación y en la democracia hasta que los vieron triunfar por el esfuerzo de los otros; los hombres que han vivido con mondaduras de ideas, que no han creado nada, que no han removido nada, que no han hecho más que perpetuar, que no han hecho más que recordar. ¡Ah! los hombres meticulosos y ordenados que no contentos con dormir pretenden imponer su sueño a los demás. Esos hombres están necesitando que la juventud y el pueblo les grite al fin:

¡Atrás, cadáveres, dad paso a la vida nueva!¹

1 Conferencia pronunciada en Buenos Aires, el 2 de julio de 1913. (De *Las mejores páginas*, Araluce, Barcelona, 1929)

LA SEGREGACIÓN DE LA PROVINCIA DE PANAMÁ DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA Y EL PARTIDO SOCIALISTA DE LA ARGENTINA

Cuando un hombre ha militado en un grupo político durante más de una década y se cree de pronto en la necesidad de separarse de él, contrae ante sus conciudadanos el compromiso de exponer las razones que le imponen esa actitud. Es lo que voy a hacer, sin animosidad y lo más brevemente posible, para que todos puedan conocer el origen y el carácter de la renuncia que presenté como miembro del Partido Socialista.

Buenos Aires, 21 de julio de 1913.

Señor director de *La Vanguardia*.

En el número del domingo he leído con sorpresa un suelto sobre el aniversario de la independencia colombiana, que termina así: “Como todas las repúblicas sudamericanas, este país estuvo mucho tiempo convulsionado por las guerras civiles. Panamá contribuirá, probablemente, a su progreso, entrando de lleno en el concierto de las naciones prósperas y civilizadas”.

Yo protesto contra los términos poco fraternales y contra la ofensa inferida a una república que merece nuestro respeto, no sólo por sus desgracias, sino también por su pasado glorioso y por su altivez nunca desmentida.

Al decir que Colombia entrará en el concierto de las naciones prósperas y civilizadas, se establece que no lo ha hecho aún y se comete una dolorosa injusticia contra ese país, que es uno de los más generosos y cultos que he visitado durante mi gira. Al decir que “Panamá contribuirá a su progreso”, se escarnece el dolor de un pueblo que, víctima del imperialismo, ha perdido, en las

circunstancias que todos conocen, una de sus más importantes provincias, y que resultaría “civilizado” por los que sirvieron de instrumento para la mutilación del territorio nacional.

Como esa nota sobre Colombia se ha publicado en el mismo número que traía un editorial con mi firma, y como la coincidencia podría dejar creer a algunos que comparto esas afirmaciones, me veo en la obligación de escribir esta carta y de declarar que estoy en completo desacuerdo con la noticia en cuestión, que me parece inútilmente ofensiva; añadiendo que, si la orientación de ese periódico le lleva a hablar despectivamente de las repúblicas hispanoamericanas, yo, que he dedicado una parte de mis energías a defender la fraternidad de nuestros pueblos, me encontraré en la dolorosa obligación de abstenerme de colaborar con él.- *Manuel Ugarte.*

Ninguna decisión pudo ser tan dolorosa para mí como ésta, porque al romper los lazos que me ligan a la agrupación a cuyo engrandecimiento he contribuido con el desinterés más absoluto durante toda mi juventud, desgarraba también, en el fondo de mi corazón, algunas de las mejores ilusiones. Pero el silencio en ciertos casos es una debilidad. La esperanza de que el equilibrio y los métodos serenos acabarían por sobreponerse a las inspiraciones tumultuosas me retuvo dentro del partido, a pesar de todas las desafinaciones, durante largos años.

Obligado por disciplina a callar mi censura ante determinados procedimientos, hice sentir, sin embargo, con la abstención en los debates y la ausencia en las representaciones, que no me consideraba solidario de tendencias que juzgo nocivas para el país. Alejado así de la vida activa, aceché desde Europa el momento favorable para intentar una intervención eficaz en el sentido de atenuar las asperezas y hacer posible una fuerza renovadora y vivificante dentro de las líneas claras que el buen sentido y la lógica impiden salvar.

Como lo declararé al adherirme al partido, soy un evolucionista, y es, basándome en esa tendencia conciliante, que he querido reaccionar desde mi regreso de Buenos Aires contra los excesos de fondo y de forma que han dado a nuestro socialismo un matiz especial. Después de comprobar con pena que mis esfuerzos han sido vanos, debo retirarme. Perdida la esperanza de impedir el error, reivindico por lo menos el derecho de no asociarme a él.

Como protesta contra los hechos consumados y en previsión de lo que comprendí que debía producirse después, decliné (como ya

había declinado antes una candidatura a diputado) la candidatura a senador que me brindó el Partido Socialista. No fue vana exhibición de desinterés, porque la austeridad democrática no consiste en rehusar sistemáticamente todos los puestos, sino en abstenerse de aceptarlos cuando se lastima la integridad de los principios. Fue un acto elemental de prudencia. El orgullo de ocupar un sillón en la Alta Cámara en medio de hombres representativos a los cuales respeto, no me ofuscó hasta el punto de impedirme ver el dilema que me acechaba: ser inconsecuente con mis ideas o serlo con el partido que me favorecía con su designación. Una vez en el Parlamento, hubiera tenido que burlar la confianza que en mí depositaba el grupo que me hacía candidato, desarrollando una acción extraña a sus preferencias, o hubiera tenido que ahogar mis convicciones personales para defender soluciones excesivas que considero contrarias al mismo fin humanitario que se persigue.

Había además una cuestión de responsabilidad. Aceptar era declararme colaborador en actos y propósitos que repruebo, contribuyendo a mantener una confusión penosa. No cabe recibir investiduras de un partido con el cual disintimos, porque el solo hecho de figurar como candidato patrocinado por él, indica que nos solidarizamos en el pasado y en el presente con su programa y sus procedimientos. Cuando asoma una divergencia o se advierte una incompatibilidad, lo pertinente es abstenerse hasta hacer prevalecer nuestra especial manera de ver las cosas, o separarse, delimitando el campo mental en que aspiramos a movernos. Las disonancias que he comprobado han sido tantas, que sólo voy a dejar constancia de algunas.

Desde el punto de vista de la táctica, yo he creído siempre, por ejemplo, que no debemos ir al Parlamento para poner obstáculos a la obra común, sino para colaborar en ella; y que en cada diputado que no comparte nuestras opiniones no debemos ver a un enemigo, sino un representante de otras corrientes, que existiendo en el país y reflejándose en la Cámara, tienen que regular, con nuestro asentimiento o sin él, la rapidez de nuestra propia corriente.

Entiendo además, que un grupo político no debe ser una entidad flotante donde cada elector hace entrar a su capricho las reivindicaciones que más le sugestionan, sino el rígido marco que encuadra las aspiraciones bien definidas de una parte de la nación y que los programas de doble fondo, hechos para atraer simultáneamente a los tímidos simpatizantes y a los sectarios extremos, así como la acción parlamentaria que se traduce en violencias de forma con las cuales se pretende ocultar la modestia de los resultados obtenidos,

no son procedimientos propios de una agrupación seria, máxime si ésta se anuncia como fuerza renovadora destinada a depurarlo todo.

Pienso, por otra parte, que en política interior, como en política internacional, hay que dejar de lado lo que se desea para hacer lo que se puede; y que urge deponer las teorías complicadas y las máximas imperiosas para encararnos buena y llanamente con la vida, porque si bien nuestra evolución política debe hacerse teniendo en cuenta los antecedentes sociológicos de los demás países, en ningún caso conviene forzar los acontecimientos para ajustarlos a reglas formuladas de acuerdo con necesidades y estados diferentes.

Tengo, abreviando, la seguridad de que un partido no es una cosa estancada y rígida, sujeta a la imperiosa voluntad de un pequeño círculo, sino un conjunto por el cual circula la sangre de controversia, preservando por igual el derecho de cada uno de los componentes; abrigo la certidumbre de que debe predicar el desinterés, haciendo sentir que la acción personal del ciudadano es a veces tan eficaz como la de los mandatarios, y que el leal soldado, para sacrificarse, no debe esperar a tener galones; y alimento, por fin, la convicción de que, renunciando a preocuparnos solamente de las ciudades, donde es fácil reclutar votos, conviene tener, por encima de los efímeros intereses electorales, la visión general de los destinos supremos del país.

Estas divergencias de procedimiento serían leves si no estuvieran agravadas en forma inadmisible por una honda incompatibilidad de pensamiento en lo que respecta al punto que considero más importante para el porvenir.

La tarea que las circunstancias exigen de los argentinos es inconciliable con la concepción que predomina en la junta directiva. Lejos de debilitar y disminuir la nacionalidad con ideologías y paradojas, debemos elevarla y desarrollarla, hacerla surgir cada vez más viviente, intensificar sus vibraciones, solemnizarla en las almas. Yo no puedo colaborar en lo que sería, a mi juicio, un suicidio nacional. Por encima de mis preferencias doctrinales soy argentino. Quiero el bien de la humanidad, en cuanto éste se enlaza con el bienestar de mi tierra, pero nunca sacrificaré un ápice de esos intereses a ideas generales o a preocupaciones extrañas. Es más: declaro que en un momento grave en que estuviera en juego la existencia de la patria, recurriría hasta a la ilegalidad y hasta a la injusticia para defender la salud y la perdurabilidad del grupo de que formo parte.

Cuando en el órgano oficial del Partido Socialista leo que “la patria, el patriotismo y la bandera, son para la clase que suda el

mendrugos diarios cuestiones respetables, pero secundarias”; cuando anoto que “por encima del amor a un solo pedazo de tierra debe privar el amor hacia la humanidad”, y cuando descubro que “no nos importa que un pueblo subsista o no” (*La Vanguardia*, 1 de agosto de 1913), compruebo una separación fundamental de sentimientos, un franco antagonismo de propósitos que, lejos de limitarse, como quieren dejar suponer algunos a las representaciones y a los símbolos, se extiende hasta la misma médula del principio de nacionalidad.

Bien sabemos todos que la patria no se hace con una afirmación obstinada, sino con una capacidad creciente; pero lo que el Partido Socialista disminuye con su actitud no es solamente la envoltura vistosa, sino la columna vertebral de la idea, porque así como al combatir las industrias, guiado por una concepción estrecha del bienestar obrero, compromete la elevación del país, al difundir la indiferencia y el renunciamiento alrededor de la bandera, pone en peligro los destinos futuros de la colectividad.

Soy amigo del pueblo hasta el punto de haber sostenido que los diputados del Partido Socialista no deben ser literatos ni doctores, sino obreros que lleven el Parlamento, ingenuas y palpitantes, sus legítimas reivindicaciones; pero partidario de un socialismo basado, no en la lucha de clases, sino en la colaboración de éstas, no puedo dejar de advertir que las cosas no son tan sencillas como a primera vista resultan, y que el problema de los tiempos modernos, lejos de reducirse a las relaciones del capital con el trabajo, abarca también, y muy especialmente, el problema de las relaciones entre la producción de un país y la de los otros países del globo.

Esta falta de solicitud por la prosperidad de la comarca en que actúa, ha hecho que el Partido Socialista hostilice hasta ahora a las fuerzas vivas del país y confunda los intereses particulares con los nacionales en una misma reprobación incomprensible. Se dice colectivista, y se niega a encarar las cosas desde un punto de vista colectivo. Quiere que se gobierne exclusivamente en favor de un grupo, aunque se anule el conjunto de que ese grupo forma parte. Y parece tener el criterio de los tripulantes de proa de un buque que quisieran incendiar el resto del mismo, sin advertir que la proa aislada no puede seguir flotando y que al destruir lo que juzgan inútil perecerían ellos también.

Creo firmemente que debemos dar satisfacción a las justas reivindicaciones del pueblo. Sin que nadie me pueda acusar de haberme improvisado con ello una fortuna o una situación, he sido

y seguiré siendo siempre socialista, pero de una manera serena y razonable, como puede serlo un hombre que, además de *El Capital* de Karl Marx, ha leído las rectificaciones de Bernstein y Kautsky, y la obra considerable de los impugnadores de la escuela materialista y del determinismo histórico. Este eclecticismo, dentro de la tendencia democrática, me llevó a aceptar el programa mínimo del partido, haciendo salvedades que, desde luego, no tocan al fondo, porque los programas varían, como lo prueba el hecho de que el Partido Socialista, que en el artículo 8º pide la abolición de la Ley de Residencia, sólo persiga ahora su modificación, y como lo establece más claramente aún la circunstancia de que después de reclamar en el artículo 10º la supresión del Senado, tenga hoy en él un representante, que no ha propuesto la disolución de la Alta Cámara, como lo aconseja su plataforma electoral.

Acepto, repito, el programa mínimo del Partido Socialista, pero no así los desarrollos y las prolongaciones que le quieren dar algunos. Para ello encuentro dos razones: primera, que sólo puede existir un proletariado feliz en una nación próspera, y segunda, que la preocupación de la justicia, por encomiable que sea, no debe sobreponerse al instinto de la conservación general.

Tengamos el valor de decirlo. Lo necesario en la Argentina de hoy no es “socializar los medios de producción” —lejana utopía que, si parece prematura en las naciones seculares de Europa, resultará más prematura aún en un país que no ha pasado por las etapas que, según los mismos teóricos, deben hacerla posible—; lo que se impone en la Argentina de hoy no es determinar catástrofes sociales, que nada justificaría, porque si bien entre nosotros, como en todas partes, hay muchas injusticias que corregir, no ha de ser tan dolorosa la situación en que aquí se halla el trabajador, cuando espontáneamente acude convencido de que, al pisar nuestras playas, mejorará su suerte.

Lo que verdaderamente urge es reglamentar el trabajo, explotar y poner en circulación los productos naturales y extender la civilización hasta los más lejanos territorios. Hagamos reformas económicas, elevemos la vida del obrero, honremos la labor, combatamos los latifundios y las herencias colaterales, etcétera, que esas son medidas de utilidad nacional, y los mismos que momentáneamente resulten perjudicados por ellas, comprenderán la necesidad superior que las determina; pero no hostilicemos ni la industria, ni el comercio, ni el capital creador.

Esas fuerzas, indispensables por mucho tiempo, hacen fructificar los territorios y son la fuente del mismo bienestar obrero, porque,

en resumen, ¿qué es lo que ha atraído a las multitudes que hoy quintuplican la población argentina, sino la seguridad de poder emplear con ventaja su inventiva o sus músculos en las empresas creadas y sostenidas por el capital individual?

Yo sé a lo que me expongo al romper el silencio y al decir antes que nadie estas cosas; pero no he buscado nunca lo que me convenía: he hecho siempre lo que debía hacer. Al expresar ahora mi pensamiento, soy consecuente con la manera de razonar que en el Congreso Socialista Internacional de Ámsterdam me hizo dar mi voto como delegado argentino a la tendencia moderada de Jaurès. La renovación que se espera no será obra de los caudillos de plaza pública ni de los doctrinarios de cenáculo, sino de los serenos observadores que sepan auscultar y satisfacer las exigencias de la nación.

Claro está que resulta mucho más fácil transportar literalmente las iniciativas o proyectos de Europa, que interrogar las necesidades especiales del propio país y coordinar las soluciones inéditas que deben remediarlas. Pero nosotros hemos sobrepasado la etapa de la imitación y podemos aspirar a crear vida propia, a pesar de la tendencia memorista que parece predominar entre algunos.

En la elaboración oscura de las sociedades, el mundo está asistiendo a cada paso a la creación de fuerzas nuevas. La Argentina es una de las que hoy se anuncian con más ímpetu. A medida que se engrandecen, las naciones ensanchan la órbita de su acción. Hemos entrado a movernos en el campo de la política internacional, y tenemos que estar preparados para las más lejanas ocurrencias, mirando por encima de los intereses egoístas las ineludibles necesidades del conjunto, no sólo en su estado actual, sino también en sus desarrollos posibles.

Siguiendo la evolución de los Estados Unidos, que fueron hasta 1860 una nación casi exclusivamente ganadera y agrícola y se transformaron después en gran potencia industrial, debemos aspirar a ser una nación completa, manufacturando, con ayuda del descubrimiento del petróleo, los productos; llenando en la medida de lo posible nuestras necesidades y tratando de irradiar fraternalmente sobre las naciones vecinas. No basta poseer la riqueza, es necesario saber utilizarla; y nosotros podemos hacer de Buenos Aires uno de los más vigorosos focos de vida y civilización que se hayan encendido jamás, si además de ser ricos, sabemos ser superiores por los ideales.

Teniendo la conciencia de la nacionalidad y el ansia inextinguible de escalar todas las cúspides, el porvenir nos pertenece, porque los pueblos se encumbran, más que con sus recursos, con su deseo

de subir, como los pájaros vuelan, más que con las alas, con la voluntad que los anima.

Cuando los historiadores de mañana juzguen este momento especial de la política argentina, se asombrarán de que ciertas ideas extrañas a nuestro conjunto hayan podido preocupar, aunque sea por un momento, la atención general. En todas partes hay socialismo, y su presencia es hasta un síntoma feliz, porque sólo en los países que han entrado o empiezan a entrar en la era industrial se advierte ese fenómeno; pero en ninguna parte ha tomado el carácter de subversión fundamental y de antinacionalismo agudo que aquí afecta.

Los socialistas norteamericanos son tan celosos de su origen, que en los congresos internacionales, donde siempre tratan de imponer su idioma, ostentan la escarapela de su país; los franceses han declarado que, en caso de guerra defensiva, serán los primeros en tomar las armas; los alemanes votan, como todos sabemos, los créditos cuantiosos que exige el ejército más formidable de Europa; y sólo aquí, donde la nacionalidad, por ser más nueva, necesita mayores entusiasmos unánimes para solidificarse, advertimos el resurgimiento de tendencias que sólo han defendido en estos últimos tiempos, al margen de sus propios grupos, los dos retardatarios del movimiento social europeo: Julio Guesde, en Francia, y Dómela Nieuwenhuis, en Holanda.

En esta forma, el movimiento socialista argentino es particularmente peligroso. Los hombres que lo conducen, halagados por triunfos accidentales, creen haber conquistado para realizar sus planes, el apoyo definitivo de una enorme masa de opinión. Entiendo que, con su violencia intransigente, se preparan un desengaño doloroso. Las cuantiosas fuerzas independientes que se han sumado en algunas elecciones a ese grupo y le han dado la victoria en la capital, miraban con simpatía la reacción que él encarna contra lo que todos censuramos, aplaudía el espíritu de reforma, de libre crítica y de contralor; pero no adoptaba, ni con mucho, los ideales extremos. La mayoría de los votantes ignoraba hasta la finalidad perseguida, y los mismos exaltados que defienden la subversión social han debido comprenderlo así, puesto que en época de elecciones suavizan las palabras y se dedican a propiciar ideas aceptadas por todos, dejando en la penumbra el verdadero programa.

Este es precisamente el método más peligroso, porque un partido que se presenta sin mostrar su finalidad y hablando de mansas reformas democráticas cuando aspira a destruir lo existente, tiene

que sorprender la buena fe de los electores y trae un factor de confusión y de equívoco a la vida pública del país. Más o menos atenuado por la habilidad personal o por las circunstancias, siempre será el hilo conductor del mismo propósito excesivo, mientras no declare perentoriamente que lo que persigue es una simple mejora de las condiciones de vida del obrero. Lo natural sería asumir en voz alta la responsabilidad de lo que se pretende. Aunque de antemano sepa el Partido Socialista que sus ideales, prematuros o inadmisibles, no alcanzarán el apoyo de la opinión pública, debe tener el valor de afrontar el fallo de la masa electora, sin recurrir a la sutileza, tanto más peligrosa cuanto más sonriente, de ir llevando mar afuera con pretexto de contemplar los astros a los que no quieren ahogarse por su propia voluntad.

Los que intervienen en la vida pública están siempre expuestos a encontrarse de pronto, por una sorpresa cualquiera, dueños del poder, y el pueblo tiene derecho a saber, de una manera clara y definida, cuáles son las soluciones que llevarían a las alturas; cuáles son, por encima de la crítica fácil de la oposición, las afirmaciones concretas que harían triunfar desde el gobierno.

El pensamiento de los que ejercen o aspiran a ejercer una acción eficaz debe destacarse con nitidez, sin vanos subterfugios y sin equidistancias, rompiendo con todo para llegar a la verdad; y lo que yo he perseguido al agitar en diversas ocasiones la opinión sobre este asunto, es que se especifique de una manera segura e inteligible para todos si el partido persigue reformas democráticas, sin amenazar lo que nos rodea, o si sueña, a mayor o menor plazo, en la revolución social. Que tome una actitud, que vaya a las elecciones a cara descubierta y que no siga usufructuando la situación equívoca de ser, para los de afuera, el amable instrumento de evolución de que hablaba Ferri, y para los de adentro, el bando iracundo de las reivindicaciones rojas.

La circunstancia de haber perdido luz y franqueza, me ha indisputado con los que no deseaban poner ante los ojos de los afiliados y del público ciertas verdades que podían hacer reflexionar; pero antes de alejarme, cumplo con el deber de decir en síntesis las causas que me han obligado a recuperar mi libertad.

El Partido Socialista es enemigo del Ejército; y yo creo que así como no se concibe un banco sin cerraduras, no puede existir un país próspero sin una fuerza, respetada por todos, que garantice su desarrollo. El Partido Socialista es enemigo de la religión; y yo

entiendo que, sin perjuicio de estudiar las reformas implantadas en otros países, debemos respetar las creencias de la mayoría de los argentinos. El Partido Socialista es enemigo de la propiedad; y yo pretendo que siendo aquí la propiedad la recompensa y la sanción del trabajo, podemos perseguir su fraccionamiento y hacerla evolucionar de acuerdo con la ley, sin pretender en ninguna forma su abolición. El Partido Socialista es enemigo de la patria; y yo quiero a mi patria y a mi bandera.

Las teorías sólo elevan y engrandecen a los pueblos a condición de no estar en pugna con las realidades, y lo que los hombres políticos deben mirar por sobre todas las cosas es la realidad del momento histórico en que gesticulan. Por otra parte, el verdadero altruismo no consiste en imponer a todos tercamente la equidad parcial y momentánea que conciben algunos, sino en tratar de ver las cosas desde el punto de vista de cada uno de los conciudadanos, en tener tantas personalidades como situaciones o mentalidades existen, y en hacer abstracción de sí mismos para expresar la síntesis del corazón del país.

Al alejarme de la lucha, sin entrar en compromisos ni en intrigas, conservando la integridad de mi carácter, no abrigo el menguado propósito de crear una agrupación disidente; pero si, como consecuencia de estas líneas y alrededor de las ideas aquí expuestas, se congrega un núcleo independiente, será un síntoma de reacción feliz, y me consideraré en el deber de asumir hasta el fin la responsabilidad del movimiento que he determinado.

Sintiendo separarme de los modestos militantes, tan sinceros como yo en sus ímpetus, vuelvo, por el momento, a la literatura, convencido de que al distanciarme del partido al cual he servido siempre y del cual no he aceptado nunca ninguna delegación, cumplo con mi deber de argentino y de amigo de la democracia, y seguro también de que, al pensar como pienso, soy acaso más socialista que los que pretenden acaparar el título, porque en vez de buscar la realización de un imposible, persigo la grandeza de la colectividad.¹

1 De *La Patria Grande*, Ediciones Internacionales, Madrid, 1922. El desacuerdo con el Partido Socialista de la República Argentina, al cual perteneció el autor durante más de diez años, se inició a raíz de la carta transcrita. De este manifiesto, escrito en plena lucha, han sido suprimidas las inevitables violencias de la polémica, para mantener solamente la parte ideológica y doctrinal. (Nota del Editor)

ÍNDICE

Prólogo. El gran viaje sudamericano.....	5
<i>Santiago Cafiero</i>	

PRIMERA PARTE

La doctrina Monroe	11
Política colonial.....	15
La mediación de México	17
Pequeña política.....	23
Frente a un ideal.....	27
1920. La guerra, el socialismo y las naciones débiles	31
Cuestiones económicas. El petróleo	39
Temas argentinos	45

SEGUNDA PARTE

México, Nicaragua y Panamá: en el corazón de la América Latina	59
En apoyo de Sandino	67
Industria propia o extranjera	71
Brasil, hermano en la gran familia.....	73
La enajenación de la riqueza nacional	75
Educación y latinismo	77
Estados Unidos y nosotros	79
Conocemos lo ajeno e ignoramos lo propio.....	81
La naturaleza del imperialismo.....	83
Panamericanismo y latinoamericanismo	85

Renuncia a una candidatura del Partido Socialista.....	91
La guerra de independencia fue una guerra civil	93
Los pueblos del sur ante el imperialismo norteamericano.....	107
Carta abierta al presidente de los Estados Unidos	117
La resistencia del sur	125
La segregación de la provincia de Panamá de la república de Colombia y el Partido Socialista de la Argentina.....	139